

# **LA HABITACIÓN CERRADA Y OTROS CUENTOS DE TERROR**

**H. P. Lovecraft & A. Derleth**

## El Superviviente

*Algunas casas, al igual que ciertas personas, delatan a primera vista su predilección por lo maligno. Quizá sea el efluvio de hechos perversos ocurridos bajo determinado techo, que permanece mucho tiempo después de que sus realizadores se hayan ido, lo que hace que se le pongan a uno la carne de gallina y los pelos de punta. Algo de la pasión del ejecutor del acto, y del horror sentido por su víctima, entra en el corazón del inocente espectador, quien repentinamente se vuelve consciente de un hormigueo nervioso, de un escalofrío en la piel y en la sangre...*

*Algernon Blackwood*

Me había propuesto no volver a hablar o escribir sobre la casa Charriere tras mi huida de Providence en la noche del horrible descubrimiento —hay recuerdos que todo el mundo desea suprimir, creer que no son ciertos, borrarlos de su existencia— pero me veo obligado a transcribir ahora mi breve estancia en la casa de la calle Benefit, y mi precipitada huida de ella. Lo hago por si algún inocente fuese sometido a presiones injustas por parte de la policía, deseosa de hallar alguna explicación a su horrible descubrimiento. Ese horror lo experimenté, antes que cualquier otro humano, ante la vista de algo ciertamente mucho más terrible que cuanto haya podido verse después, al cabo de tantos años, tras pasar la casa a ser propiedad municipal, como sabía que ocurriría algún día.

Ciertamente, no cabe esperar de un anticuario que esté tan instruido en lo que respecta a ciertas antiguas sendas del conocimiento humano como en lo que concierne a casas antiguas. Sin embargo, cabe pensar que, inmerso en la investigación del hábitat humano, tropiece en ocasiones con ciertos misterios considerablemente más complejos que la fecha de un pabellón o la procedencia de un techo estilo holandés, y logre sacar de ellos determinadas conclusiones, por increíbles, horribles, espantosas o aun condenables —¡sí, condenables!— que sean. En los lugares frecuentados por los anticuarios es bien conocido el nombre de Alijah Atwood; no digo más por modestia, pero cualquier persona que tenga interés en buscar referencias encontrará, en esos directorios dedicados a la información para anticuarios, más de un párrafo que trata de mí.

Vine a Providence, Rhode Island, en 1930, con la intención de visitarla brevemente y seguir luego hacia Nueva Orleans. Pero vi la casa Charriere en la calle

Benefit, y me atrajo como sólo un anticuario puede ser atraído por una casa extraña y solitaria en una calle de Nueva Inglaterra, que no era de la misma época, una casa de cierta antigüedad, con un aura indescriptible que atraía y repelía al mismo tiempo.

Se decía de la casa Charriere que estaba embrujada, pero eso suele decirse de cualquier casa vieja y abandonada del nuevo o del viejo mundo, e incluso —si he de fiarme de los solemnes artículos del *Journal of American Folklore*— de las viviendas de los indios americanos, australianos, polinesios y muchos otros. No es mi intención escribir sobre fantasmas; me bastará decir que ha habido, en el ámbito de mi experiencia, ciertas revelaciones sin explicación científica alguna, aunque soy lo suficientemente racional como para pensar que dicha explicación puede llegar a encontrarse alguna vez, cuando el hombre utilice para su interpretación un procedimiento científico correcto.

En este sentido, estoy seguro de que la casa Charriere no estaba embrujada. Ningún fantasma transitaba por sus habitaciones haciendo sonar sus cadenas, ninguna voz exhalaba lamentos a la medianoche, ninguna figura sepulcral aparecía a la hora de las brujas para anunciar una muerte próxima. Pero nadie podía negar que la casa estaba rodeada por un halo no sé si de terror, de perversión o de horribles misterios; si llego a ser un hombre menos insensible, esa casa, sin duda, me hubiese hecho perder la razón. El halo resultaba menos corpóreo que en otras casas que he conocido, pero sugería la existencia de secretos inconfesables no percibidos en mucho tiempo por ningún ser humano. Sobre todo, transmitía una poderosa sensación del paso de los siglos, pero de siglos muy anteriores a la propia edad de la casa; sugería edades remotas, cuando el mundo era joven. Y era curioso, porque la casa, aunque vieja, tenía menos de tres siglos.

La observé primero como anticuario, encantado de descubrir una casa, entre otras características de Nueva Inglaterra, perteneciente al estilo de Quebec del siglo XVII. Era, por tanto, tan diferente de las vecinas que habría llamado la atención de cualquier viandante. Había visitado muchas veces Quebec, lo mismo que otras ciudades viejas del continente americano, pero en esta primera visita a Providence no venía particularmente en busca de antiguas viviendas, sino para ver a un colega anticuario de renombre. Fue camino de su casa, situada en la calle Barnes, cuando pasé por la casa Charriere. Al observar que no estaba habitada, decidí alquilarla para mí. De todos modos, puede que no lo hubiese hecho de no haberme incitado la peculiar aversión de mi amigo a hablar de la casa y el hecho de mostrarse reacio a que yo me acercase a aquel lugar. Quizá sea injusto con él, ahora que miro hacia atrás y recuerdo que el pobre hombre, sin saberlo ninguno de los dos, estaba ya en su lecho de muerte. Sea como sea, hablé con él en su habitación, sentado al borde de la cama, en lugar de hacerlo en su despacho. Fue allí donde le pregunté acerca de la casa, describiéndosela para que no hubiese dudas respecto a cuál me refería, ya que por entonces yo no sabía el nombre ni nada acerca de ella.

Un hombre llamado Charriere, un cirujano francés venido de Quebec, había sido su dueño. Pero mi amigo Gamwell no sabía quién la había construido. A Charriere sí le había conocido. «Un hombre alto, de piel áspera. Le vi poco, pero nadie lo vio mucho más. Se había retirado de la medicina» dijo Gamwell. Cuando éste conoció la casa, el doctor Charriere ya vivía en ella, como debieron hacerlo sus antepasados, aunque esto Gamwell no podía asegurarlo. El doctor Charriere había llevado una vida recluida y había muerto hacía tres años, en 1927, según la noticia oficial aparecida en su día en el *Journal* de Providence. La fecha de la muerte del doctor Charriere fue la única que Gamwell pudo indicarme; todo lo demás se mantenía a oscuras. La casa sólo había sido alquilada una vez: la había ocupado durante un corto período de tiempo un profesional y su familia, pero la dejaron después de un mes, quejándose de la humedad y de los malos olores del vetusto edificio. Desde entonces se encontraba vacía, pero no podía ser destruida, ya que el doctor Charriere había dejado en su testamento una considerable suma de dinero para pagar los impuestos durante muchos años —algunos decían que veinte— y garantizar que la casa estaría allí en el caso de que los herederos del cirujano la reclamasen. El doctor Charriere, en una carta, había hecho vagas referencias a un sobrino que hacía su servicio militar en Indochina. Todos los intentos para encontrar al sobrino habían sido inútiles, y ahora se dejaba que la casa siguiese en pie hasta que expirase el período de tiempo que el doctor Charriere había estipulado en su testamento.

—Voy a alquilarla —le dije a Gamwell.

Enfermo como estaba, mi colega anticuario se apoyó sobre un codo para incorporarse en el lecho y expresar su disconformidad.

—Un capricho pasajero, Atwood. Olvídelo. He oído cosas inquietantes acerca de esa casa.

—¿Qué cosas? —le pregunté llanamente.

Pero de esto no quiso hablar; movió la cabeza ligeramente y cerró los ojos.

—Pienso verla mañana —continué.

—No encontrará en ella nada que no pueda encontrar en Quebec, créame —recalcó Gamwell.

Pero, como dije antes, su extraña manera de oponerse a mi deseo de visitar la casa no contribuyó sino a aumentar tal deseo. No pensaba quedarme allí para siempre: solamente alquilarla por seis meses más o menos, como centro de operaciones mientras visitaba los alrededores de la ciudad y los caminos y paseos de Providence en busca de antigüedades de esa región. Finalmente Gamwell accedió a darme el nombre de la firma de abogados en cuyas manos Charriere había dejado su testamentaria. Después de haber solicitado una entrevista con ellos y vencido el escaso entusiasmo con que acogieron mi proposición, me convertí en el amo de la vieja casa Charriere por un período de no más de seis meses, que podían ser menos, si así lo decidía.

Tomé posesión de la casa en seguida, aunque me dejó algo perplejo comprobar que se había instalado agua corriente, pero en cambio carecía de corriente eléctrica. Entre el mobiliario de la casa, que permanecía tal como quedó a la muerte del doctor Charriere, encontré para alumbrado una docena de lámparas de varias formas y épocas, algunas aparentemente con más de un siglo de antigüedad. Esperaba hallar la casa llena de telarañas y de polvo, pero cuál no sería mi sorpresa cuando comprobé que no era así. Y eso que, según tenía entendido, los abogados —la firma Baker & Greenbaugh— no estaban encargados de la limpieza de la casa durante ese medio siglo que —según lo estipulado en el testamento del doctor Charriere— podía transcurrir hasta que se presentara a tomar posesión su único heredero.

La casa correspondía exactamente a la imagen que me había hecho de ella. Abundaba la madera. En algunas habitaciones cuyas paredes habían sido empapeladas el papel se había despegado, y en otras, el yeso había ido adquiriendo, con el paso de los años, un tono amarillento. Las habitaciones eran irregulares y daban la impresión de ser o muy grandes o demasiado pequeñas. Había dos plantas, pero se veía que el piso de arriba no había sido utilizado nunca. El de abajo, sin embargo, conservaba las huellas de su antiguo ocupante, el cirujano. Una de las habitaciones le había servido de laboratorio, y otra anexa, de despacho. Ambos cuartos parecían haber sido abandonados recientemente en el curso de alguna investigación, como si su último y efímero ocupante —*post-mortem* Charriere— no hubiese penetrado en ellos. No me causó extrañeza, ya que la casa era suficientemente grande como para poder vivir en ella sin necesidad de utilizar aquellos dos cuartos. Tanto el despacho como el laboratorio se hallaban en la parte de atrás de la casa y daban sobre un jardín frondoso, lleno de arbustos y árboles. Extendido a lo largo de toda la parte posterior de la casa, este jardín era de un tamaño muy considerable, ya que ocupaba el ancho de tres solares y en profundidad equivalía a uno. Remataba en un muro de piedra muy alto que lindaba con la calle de atrás.

El estado en que se habían quedado el laboratorio y el estudio indicaban que, sin lugar a duda, el doctor Charriere se hallaba en plena investigación cuando le llegó su hora. Por mi parte, confieso que la naturaleza de su trabajo me intrigó desde el primer momento. Parecía evidente que no se trataba de algo ordinario. La vista de los extraños y casi cabalísticos dibujos, que parecían cuadros fisiológicos de diversas especies de saurios, me indujo a pensar que la labor de investigación emprendida por el doctor Charriere iba más allá del simple estudio del hombre. Entre aquellos saurios, los más destacados eran del orden *Loricata* y de los géneros *Crocodylus* y *Osteolaemus*, pero había también otros dibujos representando el *Gavialis*, el *Tomistoma*, el *Gaiman* y el *Alligator*, así como algunos otros reptiles de esta misma especie, aunque anteriores y que correspondían al período Jurásico. De todas maneras, sé que no fue esa primera ojeada y la curiosidad que despertó en mí lo que me impulsó a profundizar mi estudio de la extraña investigación del doctor Charriere. Lo que me

arrastró realmente fue ese halo de misterio — perceptible para un anticuario — que se desprendía de toda la casa.

La casa Charriere me impresionó desde el primer momento, pues era una casa totalmente de su época, salvo en el hecho de la posterior instalación de agua corriente. Tenía la impresión de que había sido el doctor Charriere quien la había construido. Gamwell, en el curso de la conversación curiosamente elíptica que habíamos mantenido, no me había dado a entender lo contrario. Pero tampoco había mencionado la edad que tenía el cirujano el día de su muerte. Suponiendo que hubiera muerto a los ochenta años, no podía haber sido él quien había edificado la casa, ya que ésta había sido construida alrededor de 1700, ¡dos siglos antes de la muerte del doctor Charriere! Pensé, por lo tanto, que el nombre que llevaba la casa era el del último propietario y no el del constructor. Buscando una explicación racional respecto a este punto, descubrí algunos hechos desagradablemente inverosímiles.

Por un lado, la fecha del nacimiento del doctor Charriere no aparecía en ningún sitio. Busqué su tumba: curiosamente, se hallaba en la propia finca. Había solicitado y obtenido permiso para ser enterrado en el jardín. La sepultura estaba junto a un viejo y gracioso pozo que parecía haber sido construido más o menos al mismo tiempo que la casa y permanecía intacto, con su techo, su cubo y otros accesorios, sin duda tal como habían estado desde que se construyó la casa. Eché una ojeada a la lápida en busca de la fecha de nacimiento, pero con desazón observé que en la piedra sólo aparecían su nombre: Jean-François Charriere; su profesión: cirujano; los lugares en los que había residido o trabajado: Bayona, París, Pondichéry, Quebec, Providence; y el año de su muerte: 1927. No había nada más, pero era suficiente para permitirme seguir investigando más a fondo. Escribí en el acto a amistades de varios lugares en donde podían investigarse los hechos.

Dos semanas después tenía ante mí los resultados de dichas investigaciones. Pero lejos de quedar satisfecho, me hallaba más perplejo que nunca. Había empezado por dirigirme a un corresponsal de Bayona, dando por supuesto que, ya que éste era el primer lugar mencionado en la lápida, Charriere había nacido allí. Luego pedí informes a París, después a un amigo de Londres que podía tener acceso a los archivos de los asuntos británicos en la India, y finalmente a Quebec. Salvo una relación de fechas, no obtuve ninguna información interesante. Un Jean-François Charriere había nacido, efectivamente, en Bayona ¡en el año 1636! El nombre no era desconocido en París, ya que un joven de diecisiete años, llamado Jean-François Charriere, había estudiado con el exiliado monárquico Richard Wiseman, en 1653, y durante los tres años siguientes. En Pondichéry, y luego en Caronmandall, en la costa india, un tal doctor Jean-François Charriere, cirujano del ejército francés, había prestado servicio desde 1674 en adelante. Y en Quebec, el dato más antiguo que aparecía del doctor Charriere se remontaba a 1691. Había practicado en esa ciudad durante seis años, y abandonó posteriormente la ciudad con destino desconocido

Evidentemente, sólo podía llegarse a una conclusión: el doctor Jean-François Charriere, nacido en Bayona en 1636 y cuyo último paradero conocido había sido Quebec, precisamente el mismo año en que se construyó la casa Charriere de la calle Benefit, era un antepasado del cirujano que había vivido en la casa y llevaba el mismo nombre. Pero, y aunque así fuese, había una laguna absoluta entre el año 1697 y la vida del último habitante de la casa, pues en ningún sitio aparecían datos relativos a la familia de ese primer Jean-François Charriere. No había ningún dato respecto a la existencia de una señora Charriere o de hijos, que necesariamente debieron existir para que continuase su descendencia hasta el presente siglo. Todavía cabía suponer que el viejo señor que había venido de Quebec era soltero y que, al llegar a Providence, había contraído matrimonio. Tendría entonces sesenta y un años, Pero la lectura del registro no revelaba que ese matrimonio se hubiese realizado. Aquello me desconcertó, aunque sabía, como anticuario, las dificultades que representaba la búsqueda de datos. La desilusión, pues, no fue tan grande como para hacerme abandonar mis investigaciones.

Opté por un nuevo procedimiento, y me dirigí a la firma Baker & Greenbaugh para solicitar información acerca del doctor Charriere. Allí tropecé con algo más extraño todavía, pues al preguntar acerca del aspecto físico del cirujano francés, ambos abogados se vieron obligados a admitir que nunca lo habían visto. Todas sus instrucciones habían llegado por carta, junto con unos cheques por un valor muy elevado. Habían trabajado para el doctor Charriere durante los seis años que precedieron a su muerte, y desde entonces hasta la fecha. No habían sido empleados por él anteriormente.

Les pregunté acerca de ese «sobrino», puesto que la existencia de un sobrino implicaba la existencia, por lo menos en alguna época, de un hermano o una hermana de Charriere. Pero por ese camino tampoco conseguí la menor información. Gamwell me había informado mal: Charriere no había especificado que se refería a un sobrino, sino que había dicho: «el único varón superviviente de mi familia». Se había pensado que este superviviente podía ser un sobrino, pero toda pesquisa había sido inútil. De todas maneras, el testamento del doctor Charriere decía que no era preciso buscar a su heredero porque él mismo se dirigiría a la firma Baker & Greenbaugh, bien por carta o personándose en unos términos inconfundibles que no darían lugar a dudas. Ciertamente había algo misterioso. Los abogados no lo negaban. Pero también resultaba evidente que habían sido muy bien recompensados por la confianza que había sido depositada en ellos y que no iban a traicionarla contándome más de lo que me habían contado. Después de todo, según dijo razonablemente uno de los abogados, sólo habían transcurrido tres años desde la muerte del doctor Charriere, y quedaba aún tiempo suficiente para que el heredero superviviente se presentase.

Después de aquel fracaso, recurrí de nuevo a mi viejo amigo Gamwell, que seguía en cama y se encontraba aún más débil. Su médico de cabecera, con quien me

crucé cuando salía de la casa, me dio a entender por primera vez que Gamwell quizá no volvería a levantarse, y me pidió que procurara no excitarle, ni cansarle con muchas preguntas. Sin embargo, estaba decidido a averiguar todo lo que pudiese acerca de Charriere, pese a que la primera sorpresa me la llevé yo ante el escrutinio al que me sometió Gamwell. Parecía como si mi amigo esperara que una estancia de menos de tres semanas en la casa Charriere me hubieran alterado incluso mi aspecto físico.

Charlamos un rato, y le expuse el motivo de mi visita; expliqué que había encontrado la casa muy interesante y que, por lo tanto, deseaba conocer algo más de su último ocupante. Gamwell había mencionado que le vio alguna vez.

—Fue hace muchos años —dijo Gamwell—. Si han pasado tres años después de su muerte, déjame pensar... debió de ser en 1907.

—¡Pero eso fue veinte años antes de que muriese! —exclamé asombrado.

De todas formas, Gamwell insistió en que ésa era la fecha.

—¿Y qué aspecto tenía? —Insistí con la pregunta.

Desgraciadamente, la senilidad y la enfermedad habían invadido el vivo intelecto del viejo.

—Coges un tritón, lo haces crecer un poco, le enseñas a andar sobre sus patas traseras, lo vistes con ropas elegantes —dijo Gamwell— y ya tienes al doctor Jean-François Charriere. Sólo que su piel era áspera, casi callosa. Un hombre frío. Vivía en otro mundo.

—¿Cuántos años tenía? —le pregunté— ¿Ochenta?

—¿Ochenta? —se quedó pensativo—. La primera vez que le vi, yo no tenía más de veinte años y él no aparentaba más de ochenta. Y hace veinte años, mi querido Atwood, no había cambiado. Parecía tener ochenta años aquella primera vez. ¿O sería la perspectiva de mi juventud? Quizá. Parecía tener ochenta años en 1907. Y murió veinte años después.

—Es decir, a los cien.

—Tal vez.

En fin, tampoco Gamwell pudo proporcionarme gran ayuda. De nuevo, nada específico, nada concreto, no se perfilaba ningún hecho. Sólo una impresión, un recuerdo de alguien, pensaba yo, hacia el cual Gamwell sentía antipatía, aunque él mismo no hubiese sabido decir por qué. Tal vez celos de tipo profesional, que Gamwell no quería reconocer, falseaban sus propios elementos de juicio.

A continuación me dirigí a los vecinos. Casi todos eran jóvenes y sus recuerdos del doctor Charriere eran escasos. Sólo le recordaban como un tipo indeseable porque coleccionaba lagartos, así como otros bichos de esa clase, y se rumoreó que realizaba diabólicos experimentos en su laboratorio. La única anciana era una tal señora Hepzibah Cobbett. Vivía en una casita de dos plantas justo detrás de la valla que limitaba el jardín de la casa Charriere. La encontré muy apagada. Estaba en una silla de ruedas que empujaba su hija, una mujer de nariz aguileña y fríos ojos azules,



inquisidores detrás de sus quevedos. Pero la anciana se animó cuando mencioné el nombre del doctor Charriere, y cuando supo que yo vivía en la casa, empezó a hablar.

—No vivirá ahí mucho tiempo, acuérdesse de mis palabras. Es una casa endemoniada —dijo con una fuerza que, de pronto, degeneró para convertirse en un parloteo senil—. Más de una vez le he observado. Un hombre alto, jorobado como una hoz, con una perilla pequeña, igual que la de una cabra. ¿Y qué era aquello que reptaba entre sus pies? Una cosa negra y larga, demasiado grande para ser una serpiente; pero yo pensaba en serpientes cada vez que miraba al doctor Charriere. ¿Y qué eran esos gritos durante la noche? ¿Y qué era lo que ladraba ante el pozo? ¿Un zorro? Ya. Yo sé lo que es un perro y lo que es un zorro. Era como un alarido de una foca. He visto cosas, eso sí, pero nadie cree a una anciana con un pie en la tumba. Y usted, usted tampoco me hará caso, porque nadie lo hace.

¿Qué podía deducir de todo esto? Quizá la hija tenía razón cuando dijo, al despedirme:

—No haga caso de las divagaciones de mi madre. Padece arteriosclerosis, lo que, en ciertas ocasiones, le debilita la mente.

Pero yo no pensaba que la señora Cobbett fuera una débil mental. Recordaba el brillo tan vivo de sus ojos mientras estaba hablando. Parecía estar en posesión de un secreto tan prodigioso que ni su guardián, la severa e inflexible hija que permanecía inmóvil junto a ella, hubiera podido percibir o imaginar siquiera sus contornos.

Los desengaños me esperaban a la vuelta de cada esquina. La suma de los datos que había conseguido reunir basta entonces no me proporcionaba mayor información que cada dato aislado. Archivos de periódicos, bibliotecas, registros, lo intenté todo. Pero lo único que podía encontrarse era la fecha en que se había construido la casa: 1697, y la de la muerte del doctor Jean-François Charriere. Si algún otro Charriere había muerto en esta ciudad, no había señal de ello en ningún sitio. Me parecía inconcebible que todos los miembros de la familia Charriere, anteriores al antiguo inquilino de la casa de la calle Benefit, hubiesen muerto fuera de Providence, y sin embargo debía de haber sucedido así, ya que no encontraba otra explicación posible.

En la casa descubrí un retrato. Pese a que no llevaba ningún nombre inscrito, por las iniciales J. F. C. supuse que se trataba del doctor Charriere. El cuadro, que estaba colgado en un rincón apartado y casi inaccesible del piso superior, representaba una cara delgada y ascética, con una barba desordenada; lo que más resaltaba en ese rostro eran los pómulos salientes que acentuaban el hundimiento de las mejillas y el brillo de los ojos negros. En general, su aspecto era desvaído y siniestro.

En vista de la imposibilidad de obtener más información por otros medios, decidí dedicarme de nuevo al examen de los papeles y libros dejados en el despacho y el laboratorio del doctor Charriere. Hasta entonces me había ausentado mucho de

la casa en busca de información acerca del pasado del doctor Charriere, y ahora me había recluso en ella casi con la misma obstinación. Quizá debido a esta reclusión percibí con mayor fuerza el halo misterioso de la casa —a nivel psíquico tanto como físico—. Ahora, por vez primera, llegaba a notar la extraña mezcla de *olores* que habían decidido al efímero inquilino y a su familia a abandonar la casa apenas alquilada. Algunos de ellos eran los aromas típicos y comunes de todas las casas viejas, pero otros me eran totalmente desconocidos. Sin embargo, logré identificar fácilmente el olor predominante: lo había percibido ya en otras ocasiones, en jardines zoológicos y en las proximidades de ciertos pantanos de aguas estancadas. Se trataba de un miasma que, con una fuerza increíble, sugería la presencia cercana de reptiles. Cabía admitir la posibilidad de que ciertos reptiles hubiesen llegado, a través de la ciudad, hasta el refugio que les podía proporcionar el jardín de la casa Charriere. En cambio, lo que sí parecía inconcebible era que hubiese llegado hasta allí una cantidad tan grande de ellos como para llenar la casa entera de su hedor. Pero por mucho que busqué no logré encontrar el lugar de donde emanaba ese olor a reptil, ni dentro ni fuera de la casa. Cuando se me ocurrió que podía provenir del pozo, pensé que sin duda se trataba de una ilusión mía, provocada por mi deseo de encontrar alguna explicación racional.

El olor persistía. Noté también que aumentaba con la lluvia, pues es bien sabido que con la humedad se acentúan los olores. Como la casa también estaba húmeda, la brevedad de la estancia del último inquilino era comprensible. Lo cierto era que éste no se había equivocado. A mí, personalmente, si bien aquel hedor llegó a desagradarme en ocasiones, no me inquietaba —al menos— no tanto como me inquietaban otros aspectos de la casa.

Parecía que la vieja casa había empezado a protestar contra mi intromisión en el despacho y en el laboratorio. En efecto, empecé a tener ciertas alucinaciones que se hicieron cada vez más frecuentes. Por una parte, durante la noche oía un extraño ladrido que parecía provenir del jardín. Por otra parte, y también durante la noche, veía algo como una extraña y encorvada figura de reptil rondando por el jardín, cerca de las ventanas del despacho. Pese a que esta y otras visiones se repetían, me empeñé en considerarlas como meras alucinaciones personales. Lo conseguí hasta aquella fatídica noche en que oí un ruido esta vez inconfundible: era como si alguien se estuviera bañando en el jardín. Me desperté de mi sueño convencido de que ya no estaba solo en la casa. Me levanté, me puse la bata y las zapatillas, encendí una lámpara y corrí hacia el despacho.

Lo que mis ojos presenciaron allí me indujo a creer que estaba soñando aún. Mi pesadilla parecía generada directamente por la naturaleza de ciertas lecturas que acababa de hacer indagando entre los papeles del doctor Charriere. Porque se trataba de una pesadilla, en ese momento no me cabía la menor duda, aunque apenas pude divisar al intruso, el intruso que había penetrado en el despacho, llevándose unos papeles del doctor Charriere. La luz amarillenta y tenue de la lámpara que mantenía

en alto me cegaba parcialmente. Tan sólo veía brillar algo negro y como viscoso. Luego, en el momento en que saltaba por la ventana abierta hacia la oscuridad del jardín, pude verlo entero. Aquello no duró más que un instante, pero me pareció que llevaba un traje muy ajustado al cuerpo y hecho de un extraño material áspero y oscuro. No habría dudado en perseguirlo si no hubiera visto, a la luz de la lámpara, una serie de cosas inquietantes.

El intruso había dejado sus huellas en el suelo. Eran pisadas irregulares y mojadas. Pero lo más extraño era la forma misma de los pies que dibujaban: unos pies anormalmente anchos, con uñas tan largas que habían dejado su marca delante de cada dedo. En el lugar en que el intruso había permanecido inclinado sobre los papeles había charcos de agua. El ambiente estaba saturado de ese fuerte olor a reptil, el mismo que yo había comenzado a aceptar como parte integrante de la casa, pero tan fuerte ahora que me sentí tambalear y estuve a punto de desmayarme.

Sin embargo, mi interés por los documentos era más fuerte que el miedo o la curiosidad. En ese momento la única explicación racional que se me ocurrió fue que uno de los vecinos que atribuían ciertos poderes maléficos a la casa Charriere —y habían decidido no abandonar sus gestiones hasta conseguir que fuese destruida—, había estado nadando antes de venir a invadir el estudio. Aquella circunstancia me parecía poco convincente pero si la rechazaba ¿cómo explicar entonces lo que yo mismo acababa de presenciar?

Fijándome en los documentos, noté inmediatamente la desaparición de varios de ellos. Afortunadamente, los que faltaban eran los que había leído ya y que había dejado amontonados en una pila, sin ordenarlos siquiera. No lograba entender el valor que aquellos papeles podían tener para nadie, a no ser que alguna otra persona estuviera tan interesada como yo, quizá con el fin de reclamar para sí la propiedad de la casa y los terrenos. Todos ellos eran apuntes relativos a la longevidad de los cocodrilos, los caimanes y otros reptiles. Para mí, era ya evidente desde hacía algún tiempo que el doctor Charriere se había volcado de forma obsesiva en el estudio de la longevidad de los reptiles y de sus causas con el fin de aprender cómo el hombre podría llegar a alargar su propia vida. Hasta entonces nada en esos apuntes me había inducido a pensar que el doctor Charriere hubiera descubierto los secretos de esa longevidad. Tan sólo algunos párrafos alarmantes sugerían la posibilidad de que hubiera sometido a «operaciones» a alguien —no especificaba quién— con el fin de alargarle la vida.

En realidad, existía también otra clase de notas escritas, según me pareció a mí, por el doctor Charriere. Sin embargo, en su contenido se apartaban de la investigación más o menos científica seguida por éste en torno a la longevidad de los reptiles. Se trataba de una serie de enigmáticas referencias a ciertas criaturas mitológicas, entre las cuales dos eran frecuentemente citadas: «Cthulhu» y «Dagon». Eran, por lo visto, deidades del mar en alguna mitología muy antigua y de la que nunca había oído hablar hasta entonces. Los misteriosos apuntes se referían también

a otros seres (¿hombres?), llamados 'Los Profundos', que gozaban de una longevidad muy larga y estaban al servicio de esos dioses antiguos. Eran evidentemente unos seres anfibios que vivían en las profundidades de los océanos. Entre aquellos apuntes se encontraban las fotografías de una estatua monolítica particularmente horrenda y con marcados rasgos saurios. Estaban acompañadas del texto siguiente: «Costa Este de la Isla de Hivaoa, Marquesas. ¿Idolo?» En otras fotografías aparecía un tótem de los indios de la costa noroeste. Su parecido con la primera estatua era inquietante: la misma anchura, los mismos rasgos acusados de reptil. Sobre una de esas fotos, el doctor Charriere había anotado: «Tótem de los indios Kwakiutl. Estrecho de Quatsino. Parecido a los contruidos por ind. Tlingit.» Estas extrañas anotaciones demostraban claramente que su autor estaba dispuesto a estudiar cualquier antiguo rito de brujería, cualquier superstición religiosa primitiva, con tal de que aquello le sirviera para alcanzar su objetivo.

No tardé mucho en darme cuenta de cuál era la naturaleza de ese objetivo. El doctor Charriere, evidentemente, no se había volcado en el estudio de la longevidad por puro amor al estudio. No, lo que él pretendía con ello era conseguir alargar su propia vida. Y en sus apuntes ciertos indicios espeluznantes daban a entender que, al menos parcialmente, había tenido éxito. Este era un descubrimiento desagradable, que me impedía apartar de mi mente el recuerdo del extraño misterio que envolvía los últimos años y la muerte del primer Jean-François Charriere, cirujano también, así como el nacimiento del último doctor Jean-François Charriere, muerto en Providence en el año 1927.

Aunque los acontecimientos de aquella noche no me habían asustado excesivamente, opté por comprar una pistola Luger de segunda mano y una linterna. La lámpara me había impedido ver durante la noche, cosa que, en idénticas circunstancias, no me ocurriría con una linterna. Si el visitante nocturno había sido uno de los vecinos, estaba seguro de que esos papeles no harían otra cosa que llamar su atención y, tarde o temprano, volvería. Ante esa posibilidad deseaba estar preparado. En caso de que sorprendiera nuevamente al merodeador en la casa que yo había alquilado, estaba decidido a disparar si no obedecía a mi orden de alto. Por supuesto, era un caso extremo al que no deseaba llegar.

La noche siguiente reanudé mi lectura de los libros y papeles del doctor Charriere. Era indudable que muchos de los libros habían pertenecido a antepasados suyos, pues databan de siglos atrás. Una de las obras, escrita por R. Wiseman y traducida del inglés al francés, apoyaba la tesis de una relación existente entre el doctor Jean-François Charriere, alumno de Wiseman en París, y ese otro cirujano del mismo nombre que había vivido hasta hacía poco en Providence, Rhode Island.

En conjunto, era un curioso batiburrillo de libros. Los había en casi todos los idiomas conocidos, desde el francés hasta el árabe. Me era imposible traducir la mayor parte de los títulos, aunque leía francés y tenía ciertas nociones de otras lenguas románicas. Me era totalmente incomprensible el significado de un título

como *Unaussprechlichen Kulten*, de Von Junzt, y si sospechaba que se trataba de un libro del mismo estilo que el *Cultes des Goules*, del conde d'Erlette, era porque se hallaba colocado junto a él. Libros de zoología estaban mezclados con gruesos tomos que trataban de antiguas culturas. Y en esa mezcolanza se encontraban publicaciones como *Un Estudio sobre la Relación Existente entre los Habitantes de Polinesia y las Culturas del Continente Suramericano con Especial Referencia a Perú*; *Los Manuscritos Pnakóticos*; *De Furtivis Literarum Notis*, de Giambattista Porta; la *Criptografía*, de Thicknesse; el *Daemonolatreia*, de Remigius; *La Era de los Saurios*, de Banfort; una colección del *Transcript*, de Aylesbury, Massachusetts, etcétera. Era indudable que, por su antigüedad, muchos de estos libros eran valiosísimos. Gran cantidad de ellos habían sido editados entre 1670 y 1820 y se encontraban en perfecto estado de conservación, pese a haber sido constantemente manipulados.

Sin embargo, aquellas obras tenían poco interés para mí. A veces pienso que por no haber dedicado un poco más de tiempo a su examen perdí en esa ocasión la oportunidad de aprender aún más de lo que aprendería luego; pero el dicho afirma que tener demasiados conocimientos acerca de temas que el hombre haría mejor en ignorar es más pernicioso que tener pocos. Otro de los motivos que me impulsaron a abandonar tan pronto el examen de todos aquellos libros fue un descubrimiento que hice. Oculto entre ellos encontré algo que, a primera vista, me pareció un diario. Un examen más minucioso me convenció de que aquello no era tal cosa, sino una simple libreta, porque las primeras fechas apuntadas en ella eran tan remotas que no podían corresponder a ningún momento de la vida del doctor Charriere, por muchos años que hubiese logrado vivir. Y sin embargo, era evidente que, desde las primeras y más antiguas hojas hasta las últimas y más recientes, todas las anotaciones habían sido escritas por la misma mano. En todas ellas se reconocía la pequeña y angulosa letra del difunto cirujano. Supuse entonces que, recopilando viejos papeles, el doctor Charriere había encontrado ciertas notas de su interés y decidido copiarlas en su libreta para poder tenerlas reunidas y ordenadas por orden cronológico. Además de las anotaciones, en aquellas páginas figuraban también unos dibujos que producían indudablemente una gran impresión, pese a la poca maestría con que habían sido realizados. En cierto sentido, recordaban a las primeras obras de ciertos artistas autodidactas.

La primera página del manuscrito empezaba con la nota siguiente: «1851. Arkham. Aseph Goade, P.» A continuación venía lo que me pareció ser el retrato de Aseph Goade. Era un dibujo en el que determinados rasgos de su fisonomía —más propios de un batracio que de un hombre— habían sido intencionadamente realzados. Tenía la boca anormalmente ancha, los labios como de cuero cuarteado, la frente muy baja y ojos que parecían recubiertos por una membrana; era una fisonomía chata, claramente similar a la de una rana. El dibujo ocupaba casi la totalidad de la página. Del texto que le acompañaba deduje que se trataba del relato del descubrimiento —en el campo de la pura investigación intelectual, pues era

imposible de toda evidencia que existiera semejante criatura— de una especie subhumana (¿podía la inicial «P» referirse a «Los Profundos», cuyo nombre había leído en notas anteriores?) Para el doctor Charriere, en cambio, aquel ejemplar de esa especie subhumana era una realidad, una verificación en el curso de su investigación, que le permitiría demostrar la existencia de un parentesco entre el batracio y el hombre y, por lo tanto, entre éste y el saurio.

A continuación venían otros apuntes de la misma naturaleza. La mayoría de ellos eran un tanto ambiguos —quizá a propósito— y, a primera vista, parecían no tener ningún sentido. ¿Qué podía yo sacar de una página como ésta?:

1857 San Agustín. Henry Bishop. Piel cubierta de escamas aunque no ictiológicas. Debe tener 107 años. Ningún proceso de degeneración. Todos los sentidos muy agudos. Origen incierto, algunos antepasados dedicados al comercio en Polinesia.

1861. Charleston. Familia Balzac. Piel de las manos cubierta de costras. Mandíbula doble. Toda la familia presenta las mismas características. Anton 117 años. Anna 109 años. Infelices lejos del agua.

1863. Innsmouth. Familias Marsh, Waite, Eliot y Gilman. El Capitán Obed Marsh, comerciante en Polinesia, contrajo matrimonio con una nativa. Todos con características faciales similares a las de Aseph Goade. Vida apartada. Las mujeres raras veces vistas por las calles, pero mucha natación durante la noche —familias enteras nadando en dirección al Arrecife del Diablo, mientras el resto de la ciudad permanecía en sus casas—. Notable relación con P. Tráfico considerable entre Innsmouth y Ponapé. Algunas ceremonias religiosas secretas.

1871. Jed Price, atracción de ferias. Conocido como el «Hombre Caimán». Aparece en estanques llenos de caimanes. Aspecto saurio. Mandíbula hundida. Reputado por sus dientes puntiagudos, pero imposible determinar si eran naturalmente así o si habían sido afilados.

Esta era en general la sustancia de las anotaciones reunidas en la libreta. Aquellas notas hacían referencia a diversos puntos del continente, desde el Canadá hasta México, pasando por la Costa Este de Norteamérica. Desde aquel momento se hizo patente la extraña obsesión del doctor Jean-François Charriere, que le empujaba a comprobar la longevidad de ciertos seres humanos que, en sus mismos rasgos, parecían mostrar algún parentesco con antepasados saurios o batracios.

Indudablemente, si se conseguía admitir la realidad de aquellos hechos —sin interpretarlos como una pintoresca y colorida descripción de personas marcadas por ciertos acusados defectos físicos— cabía reconocer el peso de la evidencia buscada

por el doctor Charriere para corroborar extraña y provocativamente su propia creencia. Sin embargo, y en muchos aspectos, el cirujano no había pasado de hacer puras conjeturas. Parecía que lo único que pretendía era establecer una relación entre los datos recopilados. Esa relación la había buscado en las doctrinas de tres civilizaciones distintas. La más conocida estaba contenida en las leyendas vudús de la cultura negra. Inmediatamente después, la doctrina que había generado los cultos a los animales en el antiguo Egipto. Finalmente, la tercera y la más importante de todas, según las anotaciones del cirujano, era una cultura completamente extraña y tan vieja como la tierra misma, o más aún. Era la civilización de unos Dioses Arquetípicos, de su terrible e incesante conflicto con los Primigenios, tan primitivos como ellos mismos y que se llamaban Cthulhu, Hastur, Yog-Sothoth, Shub-Niggurath, Nyarlathotep y nombres similares. Esos tenían a su servicio unos seres tan extraños como podían serlo el Pueblo Tcho-Tcho, los Profundos, los Shantaks, los Abominables Hombres de las Nieves, y otros más. Al parecer, algunos de ellos eran seres subhumanos; en cuanto a los demás, o eran criaturas en vía de transformación, o no eran humanos en absoluto. El resultado de la investigación del doctor Charriere era fascinante, pero en ningún momento había establecido y menos aún comprobado una relación definitiva. Se encontraban ciertas referencias a los saurios en el culto vudú; existían relaciones similares con la cultura religiosa del antiguo Egipto; y aparecían oscuras y sugerentes referencias a una relación con los saurios representados por el mítico Cthulhu, en una época anterior al *Crocodylus* y al *Gavialis*; y aún antes del *Tyrannosaurus* y del *Brontosaurus*, del *Megalosaurus* y otros reptiles de la era mesozoica.

Además de estas interesantes notas, había diagramas de lo que parecían ser extrañísimas operaciones y cuya naturaleza no comprendía en ese momento. Aparentemente habían sido copiados de antiguos textos, entre ellos una obra de Ludvig Prinn, titulada *De Vermis Mysteriis*, frecuentemente citada como fuente de referencias y que me era también totalmente desconocida. Las operaciones en sí mismas sugerían una *raison d'être* demasiado aterradora para poder aceptarla; una de ellas, por ejemplo, cuyo propósito era estirar la piel, consistía en realizar muchas incisiones para «permitir el crecimiento». Otra explicaba cómo un sencillo corte en cruz en la base de la columna vertebral era suficiente para lograr «una extensión del hueso de la cola». Lo que estos fantásticos diagramas sugerían era demasiado horrible para ser contemplado, pero sin duda formaba parte de la extraña investigación realizada por el doctor Charriere. A partir de ese momento, su reclusión me pareció sobradamente justificada: un estudio como éste no podía llevarse a cabo más que en secreto si se quería evitar la burla de todos los científicos.

En estos papeles pude leer también la descripción de esas experiencias. Estaban relatadas de tal modo que no podía tratarse más que de experiencias vividas por el propio narrador. Sin embargo, eran anteriores a 1850 —en algunos casos en varias décadas— aunque, como todas las demás notas, estaban escritas de puño y letra del

doctor Charriere. En este caso preciso, era indudable que no se trataba del relato de experiencias ajenas. No me quedaba ya otra opción que la de admitir que era más que octogenario en el momento de su muerte, y muchísimo más, tanto que empecé a sentirme molesto y a no poder apartar de mi mente a ese otro doctor Charriere que había existido antes que él

La suma total del credo del doctor Charriere tenía como resultado la poderosa e hipotética convicción de que el ser humano podía, por medio de operaciones y otras prácticas tan extrañas como macabras, obtener algo de la longevidad característica de los saurios; que a la vida de un hombre se le podía añadir tanto como siglo y medio, o quizá dos siglos. Al finalizar ese período, el individuo se retiraba a algún lugar húmedo para dejarse caer en un estado de semiinconsciencia, que venía a ser una especie de gestación, hasta el momento en que se despertaba, con ciertas alteraciones en su aspecto y comenzaba otra larga vida. Dados los *cambios* fisiológicos que sufría durante aquellos períodos de gestación, el individuo se adaptaba a un modelo de existencia distinto en cada una de sus vidas. Para justificar esta teoría, el doctor Charriere se había apoyado únicamente en un gran número de leyendas, algunos datos de naturaleza similar, y relatos especulativos de curiosas mutaciones humanas que se habían dado en los últimos doscientos noventa y un años. Esa cifra cobró un significado mayor para mí cuando caí en la cuenta de que ese era justo el tiempo que había transcurrido desde la fecha de nacimiento del primer doctor Charriere hasta el día de la muerte del otro cirujano. No obstante, en todo ese material no había nada que sugiriera un procedimiento concreto de tipo científico, con pruebas aducibles. Sólo se daban indicios y vagas sugerencias, quizá suficientes para llenar de horribles dudas y de un convencimiento espantoso y a medio cuajar a un lector fortuito, pero que no podían llegar a satisfacer el rigor de cualquier hombre de ciencia.

¿Hasta qué punto habría seguido profundizando en la investigación del doctor Charriere? Lo ignoro.

Quizá habría ido mucho más lejos si no hubiera ocurrido *aquello* que me hizo gritar de horror y huir de la casa de Benefit Street, dejando que ella y su contenido siguiesen esperando al superviviente que, ahora sí lo sé, no se presentará nunca. Ahora ya no tiene remedio; la casa es propiedad municipal y será destruida.

Estaba examinando estos «hallazgos» del doctor Charriere, cuando me di cuenta, con eso que la gente llama el «sexto sentido», de que estaba siendo observado detenidamente. No queriendo volverme, hice lo siguiente: abrí mi reloj de bolsillo y colocándolo delante de mí utilicé el pulido y brillante interior del estuche a modo de espejo, para que en él se reflejaran las ventanas que estaban a mis espaldas. Y vi ahí, reflejada difusamente, la más horrible caricatura que pueda imaginarse de un rostro humano. Me dejó tan estupefacto que, sin pensarlo, volví la cabeza para observarlo directamente. Pero no había nada en la ventana, excepto la sombra de un movimiento. Me levanté, apagué la luz, y me acerqué a la ventana. Una silueta alta, curiosamente encorvada que, medio agachada y arrastrando los pies, se dirigía hacia



la oscuridad del jardín: ¿fue realmente eso lo que vi? Creo que sí. Pero no estaba tan loco como para perseguirle. Quienquiera que fuese, vendría otra vez, como había venido la noche anterior.

De modo que, mientras esperaba, me puse a sopesar las distintas explicaciones que me venían a la mente. Impresionado aún por mi visitante nocturno, confieso que coloqué, encabezando la lista de sospechosos, a los vecinos que se oponían a que la casa Charriere siguiese en pie. Posiblemente pretendían asustarme para que me marchara, pues ignoraban que mi estancia en la casa iba a ser tan breve. Cabía pensar también en la posibilidad de que hubiese algo en el estudio que deseaban obtener. Pero esa eventualidad no me pareció muy convincente, porque si tal era su intención, habían tenido tiempo de sobra para conseguirlo durante el largo período en que la casa estuvo deshabitada. Lo cierto es que en ningún momento se me ocurrió pensar en la verdadera explicación de los hechos. No soy más escéptico que cualquier otro anticuario; pero la aparición de mi visitante, lo confieso, no me sugirió nada que hubiera podido relacionar con su verdadera identidad, a pesar de todas las circunstancias coincidentes que podían tener cierto significado para mentes menos científicas que la mía.

Sentado allí en la oscuridad, me sentía más impresionado que nunca por la atmósfera de la vieja casa. La misma oscuridad parecía tener vida propia; no le influía la vida de Providence que la rodeaba y que, sin embargo, se hallaba tan lejos. Estaba poblada de residuos psíquicos dejados por el paso de los años: el olor persistente de la humedad, sumado a ese otro tan peculiar y característico de ciertas zonas en los parques zoológicos donde viven los reptiles; el olor a madera vieja mezclado con ese otro que desprendía la piedra de las paredes en el sótano, aroma de material descompuesto porque, con el tiempo, la madera tanto como la piedra habían ido deteriorándose. Pero había algo más: el vaporoso indicio de una presencia animal, que parecía incrementarse de minuto en minuto.

Estuve esperando así cerca de una hora, antes de percibir algún ruido.

Cuando lo oí, fue irreconocible. Al principio me pareció que era un ladrido, algo muy similar al sonido emitido por los caimanes; pero pensé que sería mi imaginación febril, y que no había sido más que el ruido de una puerta al cerrarse. Pasó algún tiempo antes de que volviese a oír algún otro sonido: el crujido de unos papeles. ¡El intruso había logrado entrar en el estudio delante de mis propias narices sin que lo advirtiera! Estaba estupefacto y encendí la linterna que tenía enfocada hacia la mesa.

Lo que vi fue algo increíble, espantoso. Lo que allí había no era un hombre, sino la absoluta desfiguración de un hombre. Sé que en ese mismo instante pensé que perdería el conocimiento. Pero el sentido de la necesidad ante el eminente peligro me invadió y, sin pensarlo, disparé cuatro veces. Por la poca distancia que nos separaba, sabía positivamente que cada disparo había dado en el cuerpo bestial que se inclinaba sobre la mesa del doctor Charriere en el oscuro estudio.

De lo que sucedió inmediatamente después, afortunadamente recuerdo muy poco: un cuerpo revolcándose, la huida del intruso, y mi confusa carrera en persecución. Era evidente que le había herido, porque había manchado el suelo de sangre, desde la mesa del estudio hasta la ventana por la que había saltado, atravesando y rompiendo el cristal. Salí afuera y, a la luz de mi linterna, seguí las huellas sangrientas. Aunque no hubiera estado desangrándose, el fuerte olor que despedía y que se percibía en el aire de la noche me habría permitido seguirle.

Me llevó por el jardín, no muy lejos de la casa, directamente al borde del pozo que estaba detrás de ella. Desde allí, las huellas seguían hacia *el interior del pozo*. A la luz de la linterna, vi entonces, y por primera vez, los escalones, hábilmente contruidos, que bajaban al oscuro interior. Era tan grande la pérdida de sangre que encharcaba el borde del pozo, que estaba seguro de haber herido mortalmente al intruso. La confianza de que así había sido me impulsó a seguirle más adentro, a pesar del eminente peligro.

¡Ojalá hubiese dado media vuelta y me hubiese alejado de aquel maldito lugar! Pero seguí adelante y bajé por las escaleras situadas contra la pared del pozo, que no conducían a la superficie del agua, sino a un agujero, el cual comunicaba con un túnel que atravesaba el muro del pozo y se adentraba profundamente en el jardín. Movido ahora por un ardiente deseo de conocer la identidad de mi víctima, me introduje en el túnel, sin apenas darme cuenta de la húmeda tierra que manchaba mi ropa. Con la linterna alumbraba hacia delante, y tenía mi arma preparada. Más allá había una especie de caverna —lo suficientemente grande como para que cupiera un hombre arrodillado— y, en medio de la luz emitida por mi linterna, apareció un ataúd. Al verlo dudé un instante, pues me di cuenta que la desviación del túnel conducía a la tumba del doctor Charriere.

Pero había llegado demasiado lejos para poder retroceder.

El hedor en este espacio era indescriptible. La atmósfera del túnel entero estaba impregnada de ese nauseabundo olor a reptil, pero ahora se había vuelto tan denso que tuve que hacer un gran esfuerzo para acercarme al ataúd. Llegué a él y vi que estaba destapado. Los charcos de sangre llegaban hasta el mismo féretro que habían manchado. Con una mezcla de curiosidad y de temor ante lo que iba a ver, me incorporé cuanto pude. Temblando, alumbré con la linterna el interior del ataúd...

Habrà quien diga que mi memoria no es muy de fiar, dada la cantidad de años que han transcurrido, pero lo que vi allí ha quedado grabado para siempre en mi memoria. Bajo la luz de mi linterna yacía un ser que acababa de morir, y cuya existencia implicaba una serie de cosas espeluznantes. Esta era la criatura que yo había matado. Mitad hombre, mitad saurio, era el macabro recuerdo de lo que una vez había sido un ser humano. Sus ropas estaban rotas, desgarradas por las horribles mutaciones de su cuerpo; la piel, cubierta de costras; sus manos y sus pies descalzos eran planos, de aspecto fuertes, parecidos a unas garras. Aterrado, noté también el apéndice en forma de cola que había crecido en la base de la columna vertebral, y su

mandíbula horriblemente alargada, una mandíbula de cocodrilo en la que aún crecía una mota de pelo, como la barba de una cabra...

Todo esto fue lo que vi antes de poder abandonarme a un desmayo bienhechor, pues ya había reconocido lo que yacía en el ataúd. Había permanecido allí desde 1927 en una semiinconsciencia cataléptica, esperando el momento de volver a la vida, con un aspecto horrorosamente alterado. Era el doctor Jean-François Charriere, cirujano, nacido en Bayona en el año 1636 y «muerto» en Providence en 1927. ¡Ahora ya sabía que el superviviente de quien hablaba en su testamento no era otro que él mismo, nacido otra vez, devuelto a la vida por el conocimiento endemoniado de ritos más antiguos que la propia humanidad, y ya olvidados, tan antiguos como los primeros días de la tierra, cuando las grandes bestias luchaban y se destruían entre sí!

## El Día De Nahum Wentworth

Al norte de Dunwich hay un vasto territorio abandonado que, tras sucesivas ocupaciones por gente de Nueva Inglaterra, canadienses de origen francés que vinieron después de ellos, italianos, y finalmente polacos, ha recuperado en gran parte su estado salvaje. Los primeros habitantes vivieron de la tierra pedregosa y de los bosques que, entonces, cubrían aquella tierra. Pero no se cuidaron de repoblarla, ni de conservar su recursos, y las generaciones sucesivas acabaron con la poca riqueza que quedaba. Los que vinieron después, pronto se cansaron de intentar hacerla fértil y se marcharon a otros lugares. Es una parte de Massachusetts que no atrae demasiado a la gente. Las casas que un día se levantaron orgullosas están hoy tan abandonadas que resultaría imposible vivir en la mayoría de ellas con una cierta comodidad. En las laderas menos abruptas quedan algunas granjas con tejados a la holandesa, viejos edificios que, encaramados sobre plataformas rocosas, meditan acerca de los secretos de muchas generaciones de Nueva Inglaterra; pero las huellas del abandono se ven por todas partes: en las desmoronadas chimeneas, en las abombadas paredes, en las ventanas rotas de las casas y los establos. Varias carreteras cruzan aquel territorio, pero nada más desviarse de la general, que atraviesa el gran valle al norte de Dunwich, se encuentra uno con caminos que no son más que sendas surcadas, tan poco utilizadas como la mayoría de las casas del territorio. Se respira en este lugar una inconfundible atmósfera de vejez y soledad, pero también de maldad. Existen zonas de bosque jamás tocadas por el hacha; existen sombrías cañadas con enredaderas y arroyos sumidos en una oscuridad ininterrumpida, incluso en días de deslumbrante sol. En todo el valle brotan pocas señales de vida, aunque existen unos cuantos habitantes reclusos en algunas de las granjas ruinosas. Incluso los halcones que vuelan a lo lejos en las alturas, nunca se entretienen demasiado en el lugar, y las grandes bandadas de cuervos atraviesan el valle sin descender a buscar una presa. Hace mucho tiempo, tenía fama de ser un territorio en el que se practicaba el Hexerei (ceremonias religiosas dedicadas supersticiosamente a las brujas), y aún en la actualidad perdura esa triste fama. No es un territorio para detenerse en él demasiado tiempo, ni tampoco el más apropiado para atravesarlo de noche.

Pero fue precisamente de noche, en el verano de 1927, cuando hice mi último viaje al valle, a la vuelta de Dunwich, adonde había ido a llevar una estufa.. No hubiera pasado por la zona situada al norte del pueblo abandonado de no haber tenido que hacer otra entrega, y al caer la tarde decidí internarme en el valle en lugar de rodearlo para alcanzar el otro extremo. La poca luz que había alumbrado Dunwich era ya prácticamente nula al llegar al valle, y pronto oscurecería por

completo: el cielo estaba nublado por unas nubes muy bajas, casi a la altura de las colinas, de modo que me encontraba, por así decirlo, en una especie de túnel.

Muy poca gente transitaba por aquella carretera: podían tornarse otras para llegar al otro lado del valle, y estaba ésta tan abandonada, y los matorrales tan crecidos, que pocos conductores se arriesgaban a utilizarla. Todo habría ido bien, puesto que la carretera me llevaba en línea recta hasta mi punto de destino, y no había necesidad de abandonar la carretera general, de no haber sido por dos hechos inesperados. Empezó a llover poco después de dejar Dunwich. Había estado muy nublado durante toda la tarde, y ahora por fin se abrió el cielo y empezó a jarrear. La carretera brillaba bajo las luces de mi coche, y esas luces pronto iluminaron algo más. Había recorrido unas quince millas cuando me tropecé con una pequeña barrera en la carretera cuya señal me obligaba a desviarme. Más allá de la barrera se podía ver que la carretera estaba tan destrozada y en tan mal estado que era imposible circular por ella. Me desvié con cierto recelo. Si hubiera hecho caso a mi impulso de volver a Dunwich para coger otra carretera, me habría librado de las malditas pesadillas que desde aquella noche de horror me han inquietado.

Pero no lo hice. Había recorrido demasiado camino como para perder el tiempo volviendo a Dunwich. La lluvia seguía cayendo torrencialmente, y era arduo y penoso conducir. Me desvié de la carretera y enfilé un camino cubierto parcialmente con gravilla. Habían limpiado los bordes y cortado ramas y árboles para hacer transitable el desvío, pero poca cosa habían hecho por la carretera en sí, y a los pocos metros, llegué al convencimiento de que iba a tener problemas.

La carretera empeoraba progresivamente a causa de la lluvia; mi coche, a pesar de ser un Ford muy duro, con ruedas relativamente altas y estrechas, se hundía y marcaba el hendido de sus huellas a su paso y, de cuando en cuando, se metía en grandes charcos de agua, lo que ocasionó los primeros fallos del motor. Sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que el agua entrase en el motor e hiciera que se parase del todo, así que me puse a buscar por los alrededores alguna señal de vida, o por lo menos algún cobijo para el coche y para mí. Conociendo la soledad de este valle hubiera preferido un establo abandonado, pero en la oscuridad era imposible distinguir algo más que siluetas. Finalmente llegué hasta el pálido recuadro de luz de una ventana, no lejos de la carretera. Los faros del coche me permitieron encontrar el camino que llevaba hasta la casa.

Al entrar pasé cerca del buzón con el nombre del dueño toscamente pintado; estaba algo borroso, pero aún podía leerse: Amos Stark. Los faros del coche iluminaban la vivienda, y pude ver que se trataba de una casa antigua, una de esas casas que incluían todo —casa, establo, cocina— en un único bloque, con tejados de diferentes alturas. Afortunadamente el establo estaba abierto a la intemperie, y al no encontrar otro refugio para el coche, lo metí bajo el cobertizo. Esperaba hallar vacas y caballos, pero se percibía una atmósfera de abandono, y no había ni vacas ni caballos, y el heno que impregnaba el ambiente con el aroma de viejos veranos debía de llevar

allí varios años. No me entretuve en el establo, y me dirigí a la casa a través de la lluvia. Por lo que se podía observar desde el exterior, la casa aparecía tan abandonada como el establo. Era de una sola planta con una galería baja a la entrada; no tardé en descubrir que el suelo estaba lleno de negros agujeros donde una vez hubo tablones de madera. Encontré la puerta y llamé. Durante un largo rato no escuché otro sonido que el de la lluvia que caía sobre el techo de la galería y luego sobre los charcos que había debajo. Golpeé otra vez la puerta y alcé la voz para decir;

—¿Hay alguien en la casa?

Entonces una trémula voz que venía del interior preguntó:

—¿Quién es?

Dije que era un vendedor que buscaba guarecerme de la lluvia. La luz empezó a moverse en el interior, al compás de alguien que portaba la lámpara. La ventana se ensombreció, y una línea amarilla cada vez más intensa asomó por debajo de la puerta. Se oyó el sonido de candados y cerrojos, y entonces se abrió la puerta, y apareció mi anfitrión ante mí, con la lámpara en alto; tenía aspecto de hechicero, con una barba desigual que le cubría el cuello. Llevaba gafas, pero me miraba por encima de ellas. Tenía el pelo blanco y los ojos negros; al verme, abrió los labios en una especie de sonrisa animal y me enseñó los pocos dientes que tenía.

—¿El señor Stark? —pregunté.

—Le ha pillado la tormenta, ¿eh? —me dijo—. Pase adentro y séquese. No creo que la lluvia vaya a durar mucho.

Le seguí hacia el cuarto interior desde donde se había dirigido a la entrada. Primero había cerrado la puerta con candados y cerrojos, cosa que me llenó de inquietud. Debió de haber notado mi mirada inquisitiva, puesto que tras depositar la lámpara sobre un libro que había en la mesa de la habitación, se dio la vuelta y dijo con una risotada fría:

—Es el día de Nahum Wentworth. Pensé que sería Nahurn.

La risotada decayó hasta convertirse en espectro de una risa.

—No señor, mi nombre es Fred Hadley. Soy de Boston.

—No he estado nunca en Boston —dijo Stark—. Nunca he ido más allá de Arkham. El trabajo de la tierra me retiene aquí.

—Me he tomado la libertad de dejar el coche debajo de su cobertizo. Espero que no le importe.

—A las vacas no les importará —se río de su propia broma, pues sabía perfectamente que no había vacas en su establo—. Yo no conduciría uno de esos cacharros de ahora, pero ustedes, la gente de ciudad, ya se sabe. No pueden vivir sin automóvil.

—No me imaginaba que se me notase que era un hombre de ciudad —dije, con ánimo de seguirle la corriente.

—Puedo distinguir a un hombre de ciudad al primer golpe de vista. De vez en cuando se instala alguno en el distrito, pero pronto se van; supongo que esto no les

gusta. Nunca he estado en una gran ciudad. De todas maneras, creo que no me gustaría.

Siguió divagando de esta forma durante tanto tiempo que pude dedicar mi atención a observar cuanto me rodeaba y a hacer una especie de inventario de la habitación. Por aquel entonces, cuando no me hallaba al volante en la carretera, pasaba el tiempo en el almacén de Boston, y había pocos con tanta práctica como yo para inventariar cuanto veía; de modo que no me llevó tiempo hacer el inventario de la habitación de Amos Stark, y ver que estaba llena de cosas que un anticuario pagaría bien. Había muebles de hacía casi dos siglos, si no me equivocaba, y bonitos adornos, cristalería y porcelana de Haviland en un rincón. Y había piezas hechas a mano —badilas, tinteros de madera con tapón de corcho, candelabros, un atril—, como aquellas que se encontraban en las casas de Nueva Inglaterra de hace varias décadas, lo que también evidenciaba que la casa se mantenía en pie desde hacía muchos años.

—¿Vive usted solo, señor Stark? —le pregunté interrumpiéndole.

—Ahora sí. Antes estaban Molly y Dewey. Abel se fue cuando era un niño, y Ella murió de una pulmonía. Estoy solo desde hace cerca de siete años.

Mientras hablaba, pude observar en él un aire de espera, como si estuviera pendiente de algo. Parecía estar constantemente a la escucha de algún sonido distinto del de la lluvia. Pero no se oía nada; sólo el crepitante ruido de un ratón que mordisqueaba en alguna parte de la vieja casa; nada más que eso y la incesante lluvia. El seguía escuchando, con la cabeza ligeramente inclinada, los ojos empequeñecidos como si le molestase la luz de la lámpara. En su cabeza brillaba la calva de la coronilla, rodeada de un estrecho círculo de pelo blanco y alborotado. Tendría unos ochenta años, quizá eran sólo sesenta y la vida de reclusión le había avejentado.

—¿No vio a nadie en la carretera? —preguntó de repente.

—De Dunwich aquí no me tropecé con nadie. Cerca de diecisiete millas, creo.

—Media milla más o menos —dijo. Y empezó de nuevo con sus risotadas, mostrando un regocijo que ya no podía contener—. Hoy es el día de Wentworth, Nahum Wentworth —sus ojos se empequeñecieron de nuevo por un instante—. ¿Ha sido vendedor por esta zona durante mucho tiempo? Tiene que haber conocido a Nahum Wentworth.

—No señor. No lo conozco. Me dedico a vender en las ciudades, muy pocas veces en el campo.

—Casi todo el mundo conocía a Nahum —continuó—. Pero ninguno le conocía tan bien como yo. ¿Ve aquel libro de allá? —señaló un libro forrado con papel, que se apreciaba difusamente a causa de la mala iluminación—. Es el Séptimo Libro de Moisés. Se aprende más en él que en cualquier otro libro que haya visto jamás. Era el libro de Nahum. —Se ríe de algún recuerdo y prosiguió—: Oh, ese Nahum era un tipo extraño. Y además malo y mezquino. No me explico cómo no llegó a conocerle.

Le aseguré que nunca, hasta entonces, había oído hablar de Nahum Wentworth. Pero empecé a sentir curiosidad por él, y mi curiosidad aumentó todavía más al ver que era dado a la lectura del Séptimo Libro de Moisés, una especie de Biblia para brujos que ofrecía todo tipo de hechizos y encantamientos. Un libro que deleitaba a todo aquel lector lo suficientemente crédulo para pensar en su veracidad. Vi también, dentro del círculo alumbrado por la lámpara, algunos otros libros conocidos: una Biblia, igual de vieja que el libro de magia, una selección de las obras de Cotton Mather, y unos ejemplares del Arkham Advertiser encuadrados en un solo volumen. Quizá éstos también pertenecieron en su día a Nahum Wentworth.

—Veo que está mirando sus libros —observó mi anfitrión, como si me hubiera adivinado el pensamiento.

Dijo que podía quedármelos; y los cogí.

—Buenos libros. Sólo que necesito gafas para leerlos. Puede mirarlos si lo desea.

Se lo agradecí, y le recordé que me estaba hablando de Nahum Wentworth.

—¡Oh, ese Nahum! —dijo enseguida, y se rio de nuevo—. No creo que me hubiese dejado todo ese dinero de saber lo que le ocurriría. No señor, no creo que lo hubiese hecho. Y sin un recibo, ni nada. Eran cinco mil. Y me decía que no necesitaba pagaré o papel alguno, de modo que no existían pruebas de que hubiese tomado ese dinero, ninguna, sólo nosotros dos lo sabíamos, y fijamos una fecha de pago, un día, cinco años más tarde, para que viniese a buscar su dinero. Cinco años, y este es el día, hoy es el día de Wentworth.

Hizo una pausa, y me dirigió la mirada con unos ojos alegres que reflejaban un regocijo contenido, y al mismo tiempo, sombríos, porque también reflejaban miedo.

—Sólo que él no puede venir, porque dos meses escasos después de ese día, le mataron en una cacería. Un tiro en la nuca. Un accidente. Por supuesto hubo quien murmuró que el disparo había sido mío, pero tuvieron que callarse, porque me fui directamente a Dunwich, al banco donde hice y deposité un testamento para que su hija, la señorita Genie, heredase todo a mi muerte. Y no fue un testamento secreto. Se lo hice saber a todos para que dejaran de hablar tanta tontería.

—¿Y el préstamo? —no pude evitar la pregunta.

—El plazo no vence hasta la medianoche de hoy —dijo con su risa entrecortada—. Y no parece que Nahum pueda ahora cumplir con su cita, ¿verdad? Supongo que si no viene, el dinero será mío. Y no puede venir. De lo cual me alegro, porque no lo tengo.

No pregunté por la hija de Wentworth, ni de cómo le iba. A decir verdad, comenzaba a sentir el cansancio del día, después de tantas horas de coche y de lluvia. Mi anfitrión debió de notármelo, pues se calló, me observó, y luego me preguntó, después de una pausa que me pareció bastante larga:

—Tiene mala cara. ¿Está cansado?

—Me temo que sí. Pero me marcharé en cuanto amaine un poco la tormenta.



—Le diré una cosa. No tiene necesidad de quedarse aquí sentado escuchándome, Le daré otra lámpara, y puede ir a recostarse en el sofá que hay en la otra habitación. Si deja de llover, le llamaré.

—No quiero quitarle su cama, señor Stark.

—Me acuesto tarde por las noches —dijo.

Habría sido inútil protestar. Se había puesto de pie para encender otra lámpara de petróleo, y minutos después me llevaba a la habitación donde estaba el sofá. De paso cogí el Séptimo Libro de Moisés, movido por la curiosidad de las maravillosas cosas que, según había oído contar, en él se hallaban; aunque mi anfitrión me miró de un modo extraño, no hizo ninguna objeción, y volvió a su mecedora de mimbre en el cuarto de al lado, sin importunarme. Afuera seguía lloviendo torrencialmente. Me acomodé en el sofá, un mueble anticuado, cubierto con una extraña pieza de cuero y con un respaldo alto.

Acerqué más la lámpara, porque su luz era muy tenue, y empecé a leer el Séptimo Libro de Moisés. Pronto me di cuenta de que era un interesante batiburrillo de hechizos y conjuros que apelaban a "*príncipes*" de los infiernos, como Aziel, Mefistófeles, Marbuel, Barbuel, Aniquel y otros. Los hechizos eran de varios tipos; unos para curar enfermedades, otros para conceder deseos; algunos con objeto de alcanzar el éxito en las empresas, y otros para vengarse de los enemigos. A menudo se prevenía al lector de lo maléfico de algunas expresiones, con tanta insistencia que quizá por ello precisamente tomé nota de la peor de ellas y a la vez la que más me llamó la atención "*Aila himel adonaij amara Zebaoth cadas yeseraije haralius*" y que era nada menos que el hechizo para reunir a todos los demonios y espíritus, o para revivir a los muertos. Una vez copiada, no dudé en repetirla varias veces en voz alta, sin esperar que ocurriese nada malo. Y así fue. Cerré el libro y miré el reloj. Las once. Parecía que llovía menos ahora: la lluvia no era tan torrencial; había comenzado ese aminoramiento que siempre anuncia el final próximo de una tormenta. Observé bien la habitación para no tropezar con algún mueble cuando regresara a la habitación donde estaba mi anfitrión, apagué la luz y me dispuse a descansar un rato antes de ponerme otra vez en carretera. Pero a pesar de mi fatiga, no lograba descansar. No se debía sólo a que el sofá era duro y frío, sino también a que la atmósfera de la casa me oprimía. Al igual que su dueño, había en ella un no sé qué de resignación. Parecía esperar lo inevitable, como si ella también supiese que antes o después sus cimientos batidos por el viento harían abrirse las paredes, se hundiría el techo y se pondría fin a su precaria existencia. Pero hab a algo más que esta atmósfera... común a todas las casas viejas: era una resignación mezclada con aprensión, la misma aprensión que había hecho titubear al viejo Amos Stark cuando llamó a la puerta; y pronto me encontró escuchando, al igual que Stark, algo más que aquel goteo de la lluvia menguante y aquel incesante roer de los ratones. Mi anfitrión no se estaba quieto.

A cada rato se levantaba de la silla; le oía deslizarse de un lado a otro: ahora a la ventana, ahora a la puerta. Iba a mirarlas, se aseguraba de que estaban cerradas y

volvía a sentarse. Algunas veces murmuraba entre dientes. Quizá había vivido demasiado tiempo solo y había caído en el hábito, común a las personas solitarias, de hablar consigo mismo. Casi todo lo que decía era incomprensible, apenas audible, pero en un momento dado logré captar algunas palabras. Me di cuenta entonces que una de las cosas que ocupaban su mente eran los intereses del préstamo que debía a Nahum Wentworth, caso de que fueran reclamados. *"Ciento cincuenta dólares al año vienen a ser setecientos cincuenta"*. decía en un tono que denotaba espanto. Añadió algo más respecto a lo mismo, y luego algunas palabras sueltas que me preocuparon más de lo que estaba dispuesto a admitir. Después de atar ciertos cabos, algo que había dicho el viejo me resultaba incómodo. Y sin embargo, no había dicho nada más que *"Me caí"*, había farfullado, y después siguieron una o dos frases más sin sentido. *"Eso fue todo"*. Y de nuevo una retahíla de palabras incomprensibles. *"Se disparó en un santiamén"*. Más palabras sin sentido o inaudibles. *"No sabía que apuntaba a Nahum"*. A continuación farfulló otra vez sin que se le entendiese nada. Quizá al viejo le aguijoneaba su conciencia. En verdad, la triste resignación de la casa era suficiente para invitar al viejo a rememorar sus más negros recuerdos. ¿Por qué no habría seguido a los otros habitantes del valle cuando se marcharon de aquel territorio? ¿Qué le había impedido hacerlo? había dicho que estaba solo, y por supuesto estaba solo en el mundo al igual que en la casa. De otro modo, no hubiera habido razón alguna para convertir a la hija de Nahum Wentworth en su heredera. Sus zapatillas se arrastraban por el suelo. Sus dedos removían papeles. Fuera, los pájaros engañapastores empezaban a oírse, señal de que en algunas partes el cielo empezaba a clarear; y pronto sonó una algarabía de ellos, suficientes para ensordecir a un hombre.

Escuché a mi anfitrión. *"Oigan a los engañapastores. Están llamando a un alma. Clem Whateley se está muriendo."* Al disminuir el ruido de la lluvia, el de los engañapastores aumentaba en volumen, pero pronto me adormecí y caí en un leve sueño. Me aproximé a una parte de mi historia que me hace poner en duda la fidelidad de mis sentidos, puesto que al mirar hacia atrás pienso que algo así es imposible que ocurra. Muchas veces, ahora, pasados los años, pienso si no habrá sido todo un sueño. Pero conservo aún algunos recortes de periódicos que prueban que no ha sido así, recortes que hablan de Amos Stark, de su legado a Genie Wentworth y, lo más extraño de todo, del infernal destrozo de una tumba medio olvidada en una colina de aquel valle maldito. No había dormido mucho cuando de pronto me despertó. había dejado de llover, pero los engañapastores se habían acercado a la casa y su algarabía era ensordecedora. Algunos de los pájaros estaban debajo de la ventana donde me encontraba, y el techo de la galería debía de estar cubierto por estas criaturas nocturnas. No cabe duda de que fue su clamor el que me despertó de ese ligero sueño que me adormecía. Esperé un momento a despabilarme, y luego me incorporó: había dejado de llover y me sería más fácil conducir; ya no corría peligro de pararse el motor de mi coche. Pero nada más ponerme en pie, alguien golpeó la

puerta de la calle. Me sentó, inmóvil, sin hacer ruido, y sin escuchar ningún ruido de la otra habitación. Golpearon de nuevo, esta vez con más fuerza.

—¿Quién es? —preguntó Stark.

No hubo respuesta.

Vi moverse una luz y pude escuchar la triunfante exclamación de Stark:

—¡Ya ha pasado la media noche! —había mirado su reloj, y al mismo tiempo miré yo el mío. El suyo estaba adelantado diez minutos. Fue a abrir la puerta. Adivinó que dejaba la lámpara en el suelo para poder quitar los candados. No podía saber si pensó en volver a cogerla, como había hecho cuando me abrió a mí. Oí que alguien abría la puerta: él u otra persona. Y entonces resonó un terrible alarido, el grito de Amos Stark, preso de furia y terror:

—¡No! ¡No! ¡Vete! No lo tengo, no lo tengo, te digo. ¡Vete!

Tropezó y se cayó, y casi inmediatamente pude escuchar... un grito sofocado, el ruido de una respiración entrecortada, el murmullo de un suspiro... Me puse en pie y me dirigí hacia la puerta de esa habitación. Entonces, por un momento me quedé clavado, incapaz de moverme, de gritar, ante el espeluznante espectáculo que presenciaron mis ojos. Amos Stark estaba tendido en el suelo, boca arriba, y sentado a horcajadas sobre él, un esqueleto, con sus huesudos brazos sobre la garganta, sus dedos en el cuello. Y detrás del cráneo, los destrozados huesos por donde una vez penetró una bala. Esto vi en ese terrible momento. Luego, afortunadamente, me desmayé. Cuando recobré el sentido algo después, todo estaba en silencio en la habitación y la casa llena del húmedo aroma de la lluvia que entraba por la puerta abierta. Fuera, los engaños pastores aún cantaban y el reflejo de la luna se extendía en el suelo como pálido vino blanco. La lámpara todavía alumbraba, pero mi anfitrión no se encontraba en su silla. Yacía en el mismo sitio donde lo había visto por última vez, en el suelo. Mi impulso, en aquel momento, fue escapar de aquella horrible escena lo antes posible. Un sentimiento de piedad me hizo acercarme a Amos Stark, para asegurarme de que no había nada que hacer.

Fue esa desdichada pausa la que me trajo el momento de mayor terror, terror que me hizo huir de aquel lugar maldito como si me persiguiesen todos los demonios.

Porque cuando me inclinó sobre él, para asegurarme de que estaba muerto, pude ver incrustados en la descolorida piel de su cuello los blanquecinos huesos de los dedos de un esqueleto humano, y, mientras los observaba, los huesos sueltos se separaron del cuello, y se alejaron del cuerpo, corriendo por el pasillo y adentrándose en la noche para reunirse con el espantoso visitante que había acudido desde su tumba a la cita con Amos Stark.

## El Legado De Peabody

### 1

No conocí a mi bisabuelo, Asaph Peabody, a pesar de que tenía ya cinco años cuando él murió en su vieja y vasta propiedad al noroeste de Wilbraham, Massachusetts. Recuerdo vagamente que en mi niñez estuve allá, en la época en que el viejo estaba enfermo; mi padre y mi madre subieron a su habitación, pero yo me quedé abajo, con la niñera, y nunca le vi. Decían que era rico, pero las riquezas, como el tiempo, pasan, puesto que incluso la piedra es mortal, y ciertamente no es de esperar que el simple dinero soporte los estragos de los impuestos que, cada vez mayores, menguan un poco las fortunas con cada muerte. Y hubo muchas muertes en nuestra familia, después de la de mi bisabuelo en 1907. Dos de mis tíos murieron: a uno lo mataron en el frente oeste, el otro se hundió con el Lusitania.

Como un tercero había muerto antes que ellos, y ninguno de los tres se había casado, la propiedad recayó, a la muerte de mi abuelo en 1919, sobre mi padre. Mi padre no era un hombre del campo, aunque casi todos sus antepasados lo fueron. No le atraía la vida rústica, y no hizo ningún esfuerzo por interesarse en la propiedad que había heredado, aparte de emplear el dinero de mi bisabuelo en algunas inversiones en Boston y en Nueva York. Mi madre tampoco sentía la menor atracción por la zona rural de Massachusetts. De todos modos, ninguno de los dos consentía que se pusiese en venta. Sólo en una ocasión, al volver a casa de la Universidad, oí proponerlo a mi madre, y mi padre cambió de tema; recuerdo su repentina frialdad —no se me ocurre palabra más exacta para describir su reacción— y su extraña referencia al “legado Peabody”, y sus cuidadosamente medidas palabras:

—Mi abuelo predijo que uno de su sangre recobraría el legado.

Mi madre preguntó desdeñosamente:

—¿Qué legado? ¿No lo gastó casi todo tu padre?, —a lo que mi padre no dio respuesta alguna, quedando la cosa en que existían buenas razones por las que la propiedad no podía venderse, como si alguna ley lo prohibiese. Aun así, nunca iba por la propiedad; los impuestos estaban pagados regularmente por un tal Alan Hopkins, abogado de Wilbraham, que además enviaba informes periódicos a mis padres. Pero ellos los ignoraban y rechazaban cualquier sugerencia respecto a —mantener en buen estado— la propiedad, sosteniendo que eso sería —tirar dinero bueno—. La propiedad estaba abandonada; y así continuó. El abogado había intentado alquilarla en alguna que otra ocasión, pero ni siquiera un florecimiento temporal de Wilbraham trajo inquilinos estables, y la propiedad de los Peabody quedó a merced de las inclemencias del tiempo y del paso de los años. Se hallaba, por

tanto, en un triste estado cuando la heredó yo a la muerte de mis padres en accidente de automóvil, en el otoño de 1929. Con la llegada de la Gran Depresión se produjo una sensible pérdida en el valor de las propiedades. Decidí, pues, vender mi casa de Boston y acondicionar la de Wilbraham para vivir en ella. No necesitaba más, pues mis padres a su muerte me habían dejado lo suficiente para abandonar mi carrera de abogado, que siempre me exigió más meticulosidad y atención de las que yo estaba dispuesto a dar. Pero ese plan no podía llevarse a cabo hasta que una parte por lo menos de la vieja casa estuviese arreglada para poder ser habitada de nuevo. La vivienda en sí era el producto de muchas generaciones. Había sido construida en 1787. Era una casa colonial, de severas fachadas, con una segunda planta sin acabar, y cuatro impresionantes columnas en la entrada. Con el tiempo, esto se convirtió en la parte central de la casa, el corazón, como si dijéramos. Las generaciones posteriores alteraron su aspecto y añadieron varias cosas: primero una escalera y un segundo piso; luego varias alas, de modo que en el momento en que decidí trasladarme allá era una enmarañada estructura, que ocupaba cerca de un acre, sin incluir jardines y terrenos, tan irregulares como la estructura de la casa. Las severas líneas coloniales se habían amortiguado por obra y gracia del tiempo y de los posteriores constructores, poco respetuosos. La arquitectura había dejado de ser algo puro, y en ella se combinaba un tejado a la holandesa con otros de estilos diferentes, ventanas pequeñas con otras grandes, cornisas de elaboradas figuras con otras sin esculpir. En conjunto, la impresión que daba la casa no era del todo desagradable, pero a cualquiera con cierta sensibilidad arquitectónica le parecería un lamentable conglomerado de estilos y ornamentaciones. Esa impresión se veía suavizada por los inmensos olmos y robles que rodeaban la casa por todas partes, excepto por el jardín, ocupado por las rosas, abandonadas a su propia suerte desde hacía tanto, y por los abedules y álamos que crecían entre ellas. El efecto que producía la casa era, aparte del descuido y de los diversos estilos, de una desteñida magnificencia, e incluso sus paredes despintadas armonizaban con los grandes árboles que la rodeaban. La casa tenía nada menos que veintisiete habitaciones. De éstas, seleccionó tres en la zona sureste, para ser reconstruidas, y durante todo el otoño y parte del invierno iba desde Boston para observar cómo progresaba la reconstrucción. La vieja madera, al ser limpiada y encerada, recobró su bello color. La instalación de la electricidad acabó con la triste oscuridad de la casa. sólo el retraso en la instalación de agua corriente impidió que me trasladase a vivir allá antes del final de ese invierno. El veinticuatro de febrero pude instalarme definitivamente en la ancestral residencia de los Peabody. Durante un mes estuve ocupado con los proyectos de obras para el resto de la casa, y aunque en principio había pensado derribar algunas de las partes añadidas en otras épocas y dejar simplemente la estructura inicial, pronto abandonó esta idea y decidí dejar la casa tal como estaba. Era evidente que en ella había un cierto encanto, debido indudablemente a la marca dejada por todas las generaciones que la habitaron, y al poso de los acontecimientos que allá transcurrieron. La casa me atraía cada vez más,

y lo que en principio fue un traslado temporal, pronto se convirtió en el deseo de establecerme allá para el resto de mi vida. Pero este ideal creció en proporciones tales que trajo consigo una desviación, alteró mis propósitos, y me llevó hacia un rumbo que nunca hubiese deseado tomar. Esta decisión fue la de trasladar los restos de mis padres, enterrados en Boston, al panteón familiar que se hallaba en una colina al alcance de la vista desde la casa, pero algo alejada del camino que limitaba la propiedad. Esto era sólo el principio, pues tenía la intención de traer los huesos de mi tío que reposaban en algún lugar de Francia, y así reunir a cuantos pudiese de la familia en el ancestral terreno cercano a Wilbraham. Era una de esas cosas que se le ocurren a un solterón, que es a la vez un misántropo —en eso me había convertido en el corto espacio de un mes—, rodeado de planos de arquitectos y de la tradición de la vieja casa, que estaba a punto de comenzar una nueva vida, en una era muy distinta de la de sus sencillos comienzos. Con el propósito de cumplir este plan me dirigí un día al panteón familiar, con las llaves que me había dado el abogado de la casa. Ninguna de las partes del panteón era muy visible si se exceptuaba la gran puerta, porque había sido excavado en una colina y se hallaba casi rodeado y cubierto de árboles que habían crecido sin que nadie los hubiera podado durante mucho tiempo. La puerta, al igual que el panteón, habían sido contruidos para que durasen siglos; eran casi tan viejos como la casa, y durante muchas generaciones todos los miembros de la familia Peabody, desde el viejo Jedediah, el primero en ocupar la casa, y a partir de él todos los demás, habían sido enterrados allí. La puerta ofreció cierta resistencia, ya que no se había abierto en años, pero al final cedió ante mis esfuerzos y el panteón se abrió ante mí. Los treinta y siete muertos de la familia yacían allá. Algunos de ellos —los primeros Peabody— se encontraban en nichos, pero ya tan sólo quedaban los restos de los ataúdes. En el de Jedediah no quedaba siquiera polvo para atestiguar que ataúd y cuerpo reposaron allá una vez: estaba completamente vacío. Todos los ataúdes se hallaban en orden, excepto el que contenía el cuerpo de mi bisabuelo Asaph Peabody; éste parecía estar curiosamente alterado: sobresalía de la línea con respecto a los otros más recientes —de mi abuelo y de mi tío— que no yacían en un nicho propio, sino en un saliente de la pared en que estaban los nichos. Además, parecía que alguien había intentado levantar la tapa: una de las bisagras estaba rota y la otra suelta.

Intentó enderezar el ataúd de mi bisabuelo de modo instintivo, pero al hacerlo, la tapa se aflojó más aún y se movió ligeramente: eso me permitió entrever todo lo que quedaba de Asaph Peabody. Pude observar que, por algún tremendo error, había sido enterrado boca abajo. No quería pensar, aun después de pasado tanto tiempo desde su muerte, que el viejo hubiese sido enterrado en un estado cataléptico y hubiese sufrido una angustiosa muerte en ese estrecho espacio en el que era imposible respirar. No quedaban más que huesos, huesos y restos de su vestimenta.

De todos modos me senté en la obligación de alterar lo que se debía a error o accidente. Quité la tapa del ataúd y, con respeto, di la vuelta a los huesos y cráneo,

con objeto de que el esqueleto de mi bisabuelo estuviese en la posición correcta. Este hecho, que hubiese parecido horripilante bajo otras circunstancias, resultaba en ese momento algo natural; con el panteón iluminado por la luz del sol, las sombras de los árboles jugueteaban en el suelo a través de la puerta abierta, y no se sentía uno en un lugar desagradable. Pero había venido con la intención de asegurarme de que había sitio en el panteón, y me congratulé de que así fuese: había suficiente para mis padres, para mi tío —si podían encontrarse sus restos en Francia—, y finalmente para mí mismo. Me preparé por lo tanto para llevar a cabo mis planes. Dejé el panteón tras cerrar la puerta, y regresé a la casa pensando en la forma y los medios para trasladar los restos de mi tío a su país de origen. Sin perder más tiempo, escribí a las autoridades de Boston para solicitar de ellas el permiso de desenterrar a mis padres para trasladar sus restos al panteón familiar.

## 2

La singular cadena de acontecimientos que parecía centrarse alrededor de la vieja casa de los Peabody empezó, creo recordar, a partir de aquella misma noche. Es cierto que ya había recibido una extraña advertencia de que algo podría ocurrir en la ruinoso casa. El viejo Hopkins, al entregarme las llaves, había insistido para que le dijese si en realidad estaba seguro de dar este paso, mientras recalaba que la casa era *“un lugar solitario”*, que los vecinos *“no miraban con buenos ojos a los Peabody”*, y que siempre hubo *“ciertas dificultades para retener allá a los inquilinos”*. Era uno de esos lugares a los que, dijo con cierto recelo. *“Nadie va de picnic. ¡Nunca encontrará platos o servilletas de papel allá!”*. Pero todo eso no eran sino un montón de ambigüedades que el anciano no concretaba. Era evidente que había otros hechos, más reales, como la envidia de los vecinos hacia una propiedad de grandes dimensiones que, en otras manos, podría ser buena tierra de labranza.

Mi propiedad abarcaba cerca de cuarenta acres, casi todo bosques y una tierra de campos, atravesada por cercas, entre las cuales crecían hierbas y arbustos que servían de refugio a los pájaros. Habladurías de viejo, pensé, solidarizado con los agricultores vecinos, tópicos nortños fornidos, que en nada se diferenciaban de los Peabody, excepto en que habían trabajado la tierra más arduamente y quizá durante más tiempo. Pero aquella noche en que el viento de marzo silbaba entre los árboles, me obsesionó la idea de que no estaba solo en la casa. Hubo un sonido no precisamente de pasos pero sé de algún movimiento en algún lugar del piso de arriba, un movimiento difícil de describir, de alguien que se movía hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacía atrás, en un estrecho espacio. Recuerdo que subí y penetró en el oscuro recoveco al que llevaba la escalera y estuve atento a la oscuridad de arriba; el sonido parecía deslizarse por las escaleras. Algunas veces era un sonido definido, otras era un simple rumor; estuve allá escuchando, escuchando, tratando

de identificar su procedencia, tratando de buscar alguna explicación racional, puesto que no lo había oído antes, y llegué a la conclusión de que la rama de algún árbol debía de rozar en la ventana, hacia delante y hacia atrás. Convencido de ello, regresé a mi habitación y no me preocupé más. No es que hubiese cesado el ruido, pero yo le había encontrado una explicación razonable.

Menos razonable resultaron mis sueños de esa noche. No suelo soñar, pero esa noche fui literalmente asaltado por los más grotescos fantasmas oníricos. Impotente, me hallaba a merced de todo tipo de distorsiones en el tiempo y en el espacio, ilusiones sensoriales, junto a horripilantes visiones de una sombra que llevaba un sombrero negro y se acompañaba de una oscura criatura. Esto lo vi como a través de un cristal, pero envuelto en oscuridad. En realidad, no fue un sueño propiamente dicho, sino fragmentos de sueños de los que ninguno tenía principio ni fin, pero que me atraían a un extraño mundo desconocido para mí, como de otra dimensión que no había apreciado antes en la realidad mundana fuera de los sueños.

—Pero sobrevivió a esa noche intranquila, si bien algo cansado. Al día siguiente supe de un hecho interesante que me explico el arquitecto que vino a discutir mis planos para la renovación de la casa. Era un hombre joven no dado a extrañas creencias acerca de viejas casas, cosa frecuente en zonas rurales y aisladas.

—Al ver la casa nadie se imaginaría que hay en ella una habitación secreta..., bueno, escondida, ¿no es cierto? —dijo, mientras me mostraba los planos extendidos.

—¿Y la hay? —le preguntó.

—Una especie de catacumba —dijo— para esconder a los esclavos fugitivos.

—Nunca la he visto.

—Ni yo. Pero mire aquí... En los planos que había logrado trazar a partir de los cimientos y habitaciones tal como las conocíamos, me señaló un espacio ocupado en la pared norte del piso de arriba, la parte más vieja de la casa. Ninguna catacumba, ciertamente: no había habido ningún papista entre los Peabody. Sin embargo, quizá hubo esclavos fugitivos. Pero de haber sido así, ¿cómo explicar la construcción de semejante sitio cuando aún no existía un número apreciable de esclavos de los que escaparon a Canadá? No, tampoco podría ser eso.

—¿Cree que puede dar con el agujero? —preguntó.

—Tiene que estar ahí. Y allá estaba. Astutamente escondido, aunque podía haber sido descubierto de haberse fijado alguien que faltaba una ventana en la habitación de la fachada norte del dormitorio. La puerta del escondrijo estaba oculta entre los dibujos de la madera labrada que cubría la pared y que era de cedro rojo; de no saber que había allá una habitación, difícilmente habríamos dado con la puerta. No tenía picaporte y se abría por simple presión en. uno, de los dibujos de la madera. Lo descubrió el arquitecto: a mí nunca se me habían dado bien esas cosas. De todas formas, entraba más en el campo de un arquitecto que en el mío y tan sólo me entretuve un momento estudiando el mecanismo de la puerta antes de entrar en la habitación.



Era un espacio pequeño. Pero no lo suficientemente pequeño como para poder ser el nicho de una catacumba; un hombre podía caminar por él unos diez pies en una sola dirección; la inclinación del techo impedía hacerlo en cualquier otra. Es decir: se podía ir a lo largo de la pared, pero en dirección a la pared, no. Y lo más importante era que la habitación tenía todo el aspecto de haber sido ocupada en el pasado: estaba intacta, con libros y papeles, y unas sillas colocadas en torno a un pequeño escritorio arrimado contra una de las paredes. La habitación tenía un aspecto singular. Aunque de pequeñas dimensiones, sus ángulos parecían ser oblicuos, como si el constructor se hubiera propuesto confundir al dueño.

Además, había extraños dibujos en el suelo, algunos de ellos incluso tallados en el entarimado de una forma grotescamente salvaje: eran círculos de trazo burdo y en cuyos bordes interior y exterior aparecían temas extrañamente desagradables. Me repelía igualmente el escritorio, que era negro y no marrón, y parecía chamuscado; uno aseguraría que había sido utilizado para algo más que como un simple escritorio. Sobre él, sin embargo, había un montón de libros, o de algo que a primera vista parecían ser libros muy antiguos, encuadernados con algún tipo de piel, así como un manuscrito, igualmente encuadernado. No me dio tiempo a examinar todos los detalles. El arquitecto, que estaba conmigo, ya había visto cuanto deseaba. Confirmadas sus sospechas de que existía la habitación, expresó su deseo de marcharse.

—Podemos eliminarla y abrir una ventana —y añadió—: Por supuesto no querrá conservarla.

—No lo sé —le contesté—. No estoy seguro. Depende de su antigüedad. Si la habitación era tan antigua como yo pensaba, me resistiría a destruirla. No quería perder la oportunidad de rebuscar en ella, de examinar aquellos viejos libros. Además, no había prisa; no era precisa una decisión inmediata; el arquitecto tenía bastante faena en el resto de la casa como para que nos dedicáramos a pensar más en la habitación secreta. Y ahí quedó la cosa. Tenía intención de volver a la habitación al día siguiente, pero algunos sucesos imprevistos me lo impidieron. En primer lugar, pasé otra noche agitada, víctima de sueños de naturaleza inquietante, a los que no encontraba explicación, pues nunca me han martirizado los sueños excepto cuando son consecuencia de una enfermedad.

Los sueños versaban, por alguna razón, acerca de mis antepasados. Frecuentemente se me aparecía un viejo con barba y sombrero negro de extraño diseño, cuya cara, que no me resultaba familiar en sueños, era en realidad la de mi bisabuelo Asaph, según pude comprobar a la mañana siguiente con un retrato suyo delante. Este antepasado se me aparecía avanzando de forma extraordinaria por el aire, como si estuviese volando. Atravesaba paredes y su silueta revoloteaba entre las copas de los árboles. Y dondequiera que iba le acompañaba un enorme gato negro que poseía la misma capacidad de sustraerse a las leyes físicas. Mis sueños no guardaban relación unos con otros, ni siquiera formaban una unidad por separado;

había una mezcla de secuencias en las que aparecía mi bisabuelo, su gato, su casa y su propiedad, formando parte de un relato que no tenía sentido. Estaban estrechamente relacionados con los de la noche anterior, y revestidos de esa misma sensación extradimensional de las primeras conmociones nocturnas. Únicamente diferían en que eran más claros. Me sentía muy molesto con estos sueños, que no me permitieron ni un minuto de sosiego durante la noche. A la mañana siguiente no me encontraba de humor para recibir del arquitecto la noticia de que se retrasaría un tanto la reanudación del trabajo en la casa. No parecía muy dispuesto a darme explicaciones, pero le presioné para que lo hiciera, y finalmente admitió que los trabajadores que había contratado le habían notificado esa misma mañana que no deseaban seguir en ese “trabajo”. Pero aun así me aseguré que si yo tenía un poco de paciencia no habría dificultad para contratar en Boston mano de obra barata entre los polacos o italianos. No había otra alternativa. En el fondo, no estaba tan molesto como aparentaba. Empezaba a dudar acerca de la conveniencia de hacer aquellas reformas en la casa. Después de todo bastaba con reforzar una parte de la vieja casa, sin alteraciones. En gran parte, el encanto de la vieja casa residía precisamente en su antigüedad; le dije, por tanto, que se tomase el tiempo que fuese, y me marché a hacer algunas compras que tenía pendientes desde que llegué a Wilbraham. Nada más aparecer por Wilbraham me di cuenta de que la gente me recibía con actitud hostil. En otras ocasiones, o bien no se habían fijado en mí, pues muchos de ellos no me conocían, o bien, los que me conocían, me habían saludado sin más. Pero esa mañana encontré en todos una actitud común: ninguno quería hablar conmigo, o ser visto conversando conmigo. Incluso los comerciantes se mostraron excesivamente fríos, casi desagradables, dándome a entender claramente que preferirían que fuese a comprar a otra parte. Posiblemente reaccionaban así al haberse enterado de que planeaba renovar la casa de los Peabody, y se oponían a ello porque la renovación contribuía a destruir su encanto, o porque alargaba la vida de una propiedad que los agricultores hubiesen preferido ver convertida en tierras de cultivo, una vez desaparecidos la casa y los bosques que la rodeaban.

Aquellos pensamientos, sin embargo, pronto cedieron el paso a la indignación. No era un paria y no deseaba ser tratado como tal. Cuando me tocó ir a la oficina de Ahab Hopkins me desahugué con él, pero con una verbosidad desacostumbrada en mí y a pesar de darme cuenta que le estaba inquietando.

—Bien, señor Peabody —dijo, tratando de calmarme—. Yo no lo tomaría tan en serio. Después de todo, esta gente ha sufrido un fuerte shock y están de mal humor, llenos de recelo. Además, son profundamente supersticiosos. Soy viejo, y nunca los he conocido de otra forma. La gravedad de su tono me serenó un poco.

—¿Un shock? Perdóneme, no sabía nada.

Me dirigió una extraña mirada, que me estremeció.

—Señor Peabody: dos millas más arriba de la carretera de su casa, hay una familia llamada Taylor. Conozco bien a George. Tienen diez hijos. O mejor dicho,

“*tenian*”. Ayer por la noche, el penúltimo, un niño de unos dos años, desapareció de su habitación sin dejar rastro.

—Lo siento, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—Nada, por supuesto, señor Peabody. Pero usted es un extraño aquí, y, bueno..., lo sabría tarde o temprano, el nombre de Peabody no es bien acogido. En realidad, para mucha gente de la comunidad es un nombre odioso. No podía ocultar mi estupor.

—Pero ¿por qué?

—Porque mucha gente cree en todo tipo de rumores y habladurías, por ridículas que parezcan —contestó Hopkins—. Tiene edad suficiente para saber que es así, aunque no esté familiarizado con las costumbres del campo, señor Peabody. Circulaban todo tipo de historias extrañas acerca de su bisabuelo cuando yo era pequeño, y dado que mientras habité en la casa hubo varias espantosas desapariciones de niños, de los que nunca se encontró rastro, posiblemente exista una tendencia natural a relacionar estos dos hechos: un nuevo Peabody en la casa y un suceso que recuerda otros relacionados con el Peabody que vivió allá.

—¡Pero eso es monstruoso! —gritó.

—Sin duda —afirmó Hopkins con amabilidad casi perversa—, pero es así. Además, estamos en abril. De aquí a la noche de Walpurgis falta menos de un mes.

Sospecho que mi cara estaba tan inexpresiva que le desconcerté.

—Oh, vamos, señor Peabody —dijo Hopkins con falsa jovialidad—, imaginé que estaba al corriente de que todos consideraban a su bisabuelo un brujo.

Me marché de allá muy confundido.

A pesar del asombro y de la rabia, a pesar de mi irritación por el modo en que la gente me había demostrado su desprecio y su miedo, me molestaba aún más la inquietante sospecha de que había una cierta lógica entre los acontecimientos de la noche anterior y los de aquel día. Había soñado con mi bisabuelo en términos muy extraños, y ahora oía hablar de él en términos mucho más expresivos. No disimuló mi descortesía con aquellos que, a mi paso, se volvían a mirarme. Me metí en el coche y me fui rumbo a casa. Allí se puso de nuevo a prueba mi paciencia.

Clavado en la puerta principal, un aviso cruel, un trozo de papel en el que algún vecino grosero y mal intencionado había escrito a lápiz:

—Lárgate. Si no...

Posiblemente a causa de esos lamentables sucesos, las pesadillas me molestaron aquella noche más que en las precedentes. Excepto en un detalle: había más continuidad en las escenas que transcurrían mientras yo dormía profundamente. Era también mi bisabuelo, Asaph Peabody, el que aparecía en mis sueños, pero su

aspecto era ahora tan siniestro que resultaba amenazador. Su gato se movía a su lado con el pelo del cuello erizado, las puntiagudas orejas tiesas y la cola levantada: una monstruosa criatura, que se deslizaba o volaba a su lado o detrás de él. Llevaba algo “algo blanco o del color de la piel”, pero mi lóbrego y oscuro sueño no me permitió ver lo que era. Atravesé bosques, crucé campos, pasé entre los árboles; viajaba por estrechos pasadizos, y una de las veces estoy seguro de que se hallaba en un panteón o en una tumba. Pude reconocer también algunas partes de la casa. Pero no estaba solo en los sueños: le acompañaba siempre, en el fondo, un difuminado pero monstruoso Hombre Negro, no un negro, sino un hombre de negrura tal que era literalmente más oscuro que la noche, pero con llameantes ojos, como si fueran de fuego. Había toda una serie de extrañas criaturas alrededor del viejo hombre murciélagos, ratas, horrendos y pequeños seres medio humanos, medio ratas.

Además, tuve algunas alucinaciones al mismo tiempo, ya que de vez en cuando, entre las imágenes, me parecía oír un llanto ahogado, como si un niño estuviese sufriendo y, al mismo tiempo, una horrenda carcajada, y una voz que entonaba:

—Asaph será otra vez. Asaph crecerá otra vez.

Cuando finalmente desperté de esas ininterrumpidas pesadillas amanecía, y podía jurar que se mantenía en la habitación y retumbaba en mis oídos el llanto del niño, como si proviniese de las mismas paredes. No dormí más, pero me quedé tumbado en la cama, con los ojos abiertos, preguntándome qué ocurriría la próxima noche, y la siguiente, y la siguiente. La llegada de los trabajadores polacos de Boston me distrajo temporalmente de los sueños. Eran hombres inexpresivos y callados. El jefe, un hombre fuerte, llamado Jon Cierciorka, trataba con displicencia y despotismo a los hombres que tenía a sus órdenes. Musculoso, de cerca de cincuenta años, conseguía que los otros tres hombres obedecieran sin dudar a su mandato, como si le temiesen. Le habían dicho al arquitecto que no podían venir hasta dentro de una semana, pero se había retrasado el otro trabajo, y aquí estaban; habían venido de Boston tras haber enviado un telegrama al arquitecto. Pero tenían en su poder los planos y sabían cuál era su tarea. Lo primero que hicieron fue quitar el yeso de la pared norte de la habitación que estaba justamente debajo de la habitación secreta. Tenían que trabajar con cuidado, porque no podía tocarse la pared maestra que soportaba la segunda planta. El yeso, según pude observar, era de aquel antiguo que se preparaba a mano y había que quitarlo antes de poner una nueva capa; se había descolorido y cuarteado con los años, de modo que la habitación era prácticamente inhabitable. Lo mismo había que hacer con la esquina de la casa que ahora ocupaba yo, pero como había introducido allá muchos cambios, les llevaría más tiempo.

Observé el trabajo de aquellos hombres durante un rato, y ya me había acostumbrado al ruido de los golpes cuando, de pronto, se pararon. Esperé un momento, y luego me dirigí al hall. Tuve el tiempo suficiente para verlos agrupados frente a la pared, persignarse supersticiosamente, apartarse un poco, y salir corriendo

de la casa. Al pasar delante de mí, Cierciorka me lanzó una parrafada de horror y furia. Pocos momentos después ya no estaban en la casa, y mientras yo permanecía clavado en el suelo, pude oír que su coche se ponía en marcha y se alejaba de mi propiedad. Sumido en confusiones, me dirigí al lugar en que habían estado trabajando. Habían picado bastante yeso; algunas de sus herramientas estaban aún esparcidas por el suelo. Habían dejado al descubierto una parte de la pared, y todo el montón de detritus que, a lo largo de los años, se habían acumulado allá. Hasta que me acerqué a la pared, no pude ver lo que ellos vieron. Entonces comprendí lo que les había hecho salir de allá empavorecidos y lanzando imprecaciones.

En la base de la pared, entre amarillentos papeles que, a pesar de haber sido medio roídos por los ratones, conservaban aún signos cabalísticos, y entre instrumentos de muerte y destrucción —cortos y afilados cuchillos oxidados por lo que debió de ser sangre— se veían los pequeños cráneos y huesos de por lo menos tres niños! Me quedé estupefacto.

Pensaba en la estúpida superstición que había oído el día anterior de boca de Ahab Hopkins y que ahora adquiría un siniestro significado. Eso fue cuanto pensé en aquel momento. Los niños desaparecían bajo el imperio de mi bisabuelo; era sospechoso de brujería, de entregarse a ceremonias en las que el sacrificio de niños pequeños desempeñaba un papel primordial. ¡Ahora, aquí, dentro de las paredes de la casa, se encontraban los restos de unos niños, lo que apoyaba las sospechas de la gente respecto a sus actividades inicuas! Una vez pasado mi estupor inicial, pensé que debía actuar sin pérdida de tiempo. Si alguien tuviese noticia de este hallazgo, mi estancia aquí estaría teñida de horrible amargura, a causa de los vecinos, temerosos de Dios. Sin dudar más, corrí a buscar una caja de cartón. En el muro, recogí todos los vestigios de huesos que pude encontrar, y llevé esta horrible carga al panteón familiar, donde vació los huesos en el nicho que una vez contuvo los restos de Jedediah Peabody, convertidos en polvo por el tiempo. Afortunadamente, los pequeños cráneos se pulverizaron, y quien rebuscara allá sólo encontraría los restos de algún muerto mucho tiempo atrás. sólo un experto sería capaz de determinar la procedencia de aquellos huesos que no habían llegado a deshacerse tanto como para eliminar toda posibilidad de identificación.

Cuando los trabajadores polacos dijese algo al arquitecto, yo lo negaría rotundamente. Que ocurriese tal cosa era un vano temor por mi parte, pues los asustados polacos nunca dijeron al arquitecto por qué razón habían dejado su trabajo. No esperé a conocer los hechos a través del arquitecto, que ya se encargó de buscar alguien que se ocupase de continuar el trabajo. Guiado por un instinto que ignoraba poseer, me dirigí a la habitación secreta, con una potente linterna, decidido a someterla a la más exhaustiva investigación. Casi de repente, al entrar, hice un escalofriante descubrimiento; aunque las huellas que habíamos dejado el arquitecto y yo cuando estuvimos en la habitación eran aún reconocibles, había otras, más recientes, reveladoras de que alguien, o algo, había estado en esta habitación después

de haber estado yo en ella. Las huellas se distinguían claramente: las de un hombre descalzo e, igualmente inconfundibles, las huellas de un gato. Pero no era esta la más terrorífica evidencia de la siniestra ocupación. Provenían del ángulo nordeste de la extraña habitación, de un punto en el que era imposible para un hombre estar de pie, y casi imposible para un gato. Pero allá estaban, y desde ese punto avanzaban en dirección al escritorio negro, donde había algo mucho peor, aunque no me percaté de ello hasta toparme con el escritorio en mi intento de seguir las huellas. El escritorio había sido manchado poco antes. Un pequeño charco de un líquido viscoso, como si hubiese salido de la madera: no más de tres pulgadas de diámetro, al lado de una señal en el polvo, como si un gato, o una muñeca o un bulto hubiese yacido allá. Me quedé observando, tratando de averiguar lo que podía ser, con la luz de la linterna; alumbré el techo para ver si se colaba el agua por alguna gotera, hasta que recordé que no había llovido desde mi primera y única visita a esta habitación. Luego toqué el líquido con el dedo y acerqué éste a la luz. Su color era rojo —el color de la sangre— y simultáneamente me di cuenta, sin que nadie tuviera que decirme, que eso es lo que era. Cómo había llegado hasta allá prefería no pensarlo. Las más terroríficas conclusiones se agolpaban en mi mente, sin lógica alguna. Me retiré del escritorio. Me entretuve sólo en coger algunos de los libros encuadernados en piel, y el manuscrito que allá había; con esto en las manos me fui hacia otros espacios donde las habitaciones no estaban construidas en ángulos extraños, que sugerían dimensiones desconocidas para la humanidad. Me fui, casi con cierto sentido de culpabilidad, hacia mi habitación, apretando los libros cuidadosamente contra mi pecho. Extrañamente, al abrir los libros tuve el presentimiento de que conocía su contenido. Y no los había visto antes, ni, si mal no recuerdo, tampoco había oído títulos como *Malleus Maleficarum* y el *Daeinonialitas de Sinistrari*. Trataban de brujerías, con todo tipo de hechizos y leyendas, de la destrucción de brujos con el fuego y de sus medios de trasladarse de un sitio a otro: Entre sus principales virtualidades está la de transportarse corporalmente de un lugar a otro... engañados por las falsas apariencias y los fantasmas de los demonios, cabalgan por las noches, según ellos creen y afirman, montados sobre ciertas bestias... o, simplemente, caminan por el aire en los espacios construidos para ellos y para nadie más. El mismo Satanás engaña en sueños a la mente que tiene prisionera llevándola por el camino del mal... Ellos toman el ungüento, fabricado según instrucciones del demonio con piernas de niños, particularmente de aquellos que ellos mismos han matado, y untan con él una silla o una escoba; de este modo, inmediatamente se elevan en el aire, ya sea de día o de noche, y visibles, si lo desean, o invisibles...

No leí nada más de esto y seguí con *Sinistrari*. Al rato mi mirada cayó sobre este inquietante pasaje:

*Promittunt Diabolo statis temporibus sacrificia, et oblationes; singulos quindecim diebus, ve! singulo mense saltem, necem alicujus in/antis, aut mortale*

*veneficium, et singulis hebdomadis alia mala in damnum huinani generis, ut, grandines, tempestates, incendia, mortem animalium...*

Se exponía cómo los brujos deben realizar, con cierta frecuencia, el asesinato de un niño, o cualquier otro acto homicida de hechizamiento; su sola lectura me llenó de indescriptible sensación de alarma, y como consecuencia me limité a mirar por encima los otros libros que había traído: el *Vitae sophistarum* de Eunapius, *De Natura Daemonum* de Anania, *Fuga Satanae* de Stampa, *Discours des Sorciers* de Bouget, y otro volumen, sin título, de Olaus Magnus, encuadernado en una piel suave y negra, que más tarde me di cuenta de que era piel humana. La simple posesión de estos libros significaba algo más que una mera curiosidad en las artes de la brujería; era una explicación tan evidente de las creencias supersticiosas relacionadas con mi bisabuelo y comentadas en Wilbraham y sus contornos, que comprendí al instante por qué habían persistido durante tanto tiempo. Pero tenía que haber algo más, porque poca gente podía conocer la existencia de estos libros. ¿Qué más? Los huesos en la pared, debajo de la habitación secreta, establecían una conexión entre la casa de los Peabody y los crímenes que habían quedado sin resolver durante tantos años.

Sin embargo, nadie conocía su existencia. Tenía que haber algún hecho en la vida de mi bisabuelo que estableciese aquella relación en la mente de sus vecinos, aparte su vida reclusa y su fama de mezquino, que me era conocida. No parecía existir la clave que resolviera el rompecabezas entre aquellos objetos encontrados en la habitación secreta, pero podía quizá haber algo en la *Gazette* de Wilbraham, que estaba a la disposición de cualquiera en la Biblioteca pública. Y así, media hora después me hallaba entre las montañas de periódicos de aquel centro, a la busca de ejemplares atrasados de la *Gazette*. Llevaba tiempo, ya que tenía que mirar todos los ejemplares publicados a lo largo de los últimos años de la vida de mi bisabuelo. No estaba seguro de hallar lo que buscaba, aunque los periódicos de aquella época estaban menos obstaculizados por restricciones legales que los de mi tiempo. Busqué durante una hora sin encontrar referencia alguna a Asaph Peabody.

Me entretuve leyendo algunos relatos de acciones violentas perpetradas principalmente sobre niños pequeños de la vecindad de la casa de Peabody.

Invariablemente los relatos iban acompañados de editoriales en los que se hacía referencia al “animal” que se decía “era una especie de gran criatura negra y, según se ha dicho, de diferentes tamaños, algunas veces como un gato, y otras tan grande como un león”. Sin duda esas variantes eran consecuencia de la imaginación de los testigos, principalmente niños menores de diez años, víctimas de mordiscos y zarpazos a los que habían escapado, con más fortuna que aquellos otros menores desaparecidos periódicamente, sin dejar rastro, durante el año 1905. Pero no había mención alguna de mi bisabuelo; nada hasta el año de su muerte. Entonces, y sólo

entonces, el editor de la Gazette imprimió lo que, seguramente, constituían las creencias comunes acerca de Asaph Peabody.

Asaph Peabody se ha ido. Se le recordará por mucho tiempo. Hay algunos entre nosotros que le hemos atribuido poderes pertenecientes a eras pretéritas más que a nuestros tiempos. Había un Peabody entre los condenados a la hoguera en Salem; y era de Salem de donde vino Jedediah Peabody y construyó su casa cerca de Wilbraham. Las supersticiones no pueden someterse al patrón de una lógica. Quizá sea mera coincidencia que el gato negro de Asaph Peabody no se haya vuelto a ver desde su muerte, del mismo modo que el siniestro rumor que circula, y según el cual los restos mortales de Peabody no han sido expuestos antes del entierro porque los tejidos de su cuerpo han sufrido una alteración o porque al amortajarlo hubo alguna irregularidad que ha desaconsejado dejar el ataúd abierto antes del entierro puede no ser más que una maledicencia popular. Y también son habladurías de viejas creer que un brujo debe ser enterrado boca abajo, sin ser jamás turbado, salvo para ser quemado por el fuego...

Qué modo tan extraño y evasivo de escribir. Pero me decía mucho, desgraciadamente mucho más de lo que esperaba encontrar. Habían considerado al gato de mi bisabuelo como su familiar, pues todo brujo tiene su demonio particular, bajo cualquier torma exterior que quiera adoptar. ¿Qué cosa más natural que confundir al gato de mi bisabuelo con su familiar, ya que en vida había sido su compañero constante, del mismo modo que lo es en mis sueños cuando aparece el viejo? Lo que más me molestaba del artículo era la referencia al entierro, pues o estaba enterado de algo que el editor no podía saber: que Asaph Peabody había sido enterrado boca abajo. Y sabía más: que no debían haber tocado su cuerpo, y sin embargo, lo habían hecho. Y sospechaba aún más: ¡que algo caminaba por la casa de los Peabody, en mis sueños, sobre el campo, por los aires!

#### 4

Esa noche volvía soñar. Acompañaba a los sueños con una capacidad de oír tan agudizada que parecía estar escuchando sonidos cacofónicos de otras dimensiones.

De nuevo mi bisabuelo hacía de las suyas, pero esta vez parecía que su familiar, el gato, se paraba algunas veces, giraba la cabeza y me miraba con una torcida y triunfante mueca en su cara maligna. Vi al viejo con sombrero negro y vestimenta negra y larga, que caminaba por los bosques y atravesaba la pared de una casa, adentrándose en una habitación oscura y con pocos muebles. Aparecía entonces ante un altar negro donde el Hombre Negro esperaba el sacrificio, demasiado repelente para ser mirado, y sin embargo no tuve otro remedio que mirar, pues era tan intensa la fuerza de mis sueños que me impulsaba a enfrentarme con tan diabólicos hechos. Y le vi a él y a su gato y al Hombre Negro otra vez, ahora en medio de un espeso



bosque, lejos de Wilbraham, junto con otras gentes, ante un gran altar al aire libre, para celebrar la Misa Negra y las orgías que venían a continuación.

Pero no era siempre así de claro: algunas veces, los sueños consistían en rápidos descensos a través de precipicios sin límite y de crepúsculos de singulares colores, y desconcertantes sonidos cacofónicos, donde la gravedad no significaba nada, precipicios ajenos a la naturaleza, de los que siempre me percataba en un plano extrasensorial, capaz de oír y ver cosas de las que, despierto, nunca hubiese tenido conciencia. Oí los cantos extraños de la Misa Negra, los gritos de un niño moribundo, la discordante música de las flautas, las oraciones de homenaje invertidas, los gritos orgiásticos de los asistentes, aunque no siempre podía verlos. Y algunas veces también, aparecían en mis sueños conversaciones, fragmentos de palabras, sin sentido en sí mismas, pero que podían explicarse de manera oscura e inquietante.

—¿Debe ser elegido?

—Por Belial, por Belcebú, por Sathanus...

—De la misma sangre que Jedediah, de la misma sangre que Asaph, acompañado por Balor.

—¡Traedle ante el Libro! Entonces tuve uno de esos curiosos fragmentos de sueños en los que yo parecía tomar parte, particularmente uno en el que era llevado, alternativamente por mi bisabuelo y por el gato, hacia un libro encuadernado de negro en el que estaban escritos nombres con letras de fuego, con el santo y seña en sangre, y en el que se me indicó que firmase, mientras mi bisabuelo guiaba mi mano, y el gato, a quien había oído llamar "Balor" por Asaph Peabody, tras clavar sus pezuñas en mi muñeca para que sangrase y pudiese mojar en ella la pluma, bailaba y hacía cabriolas. Había en este sueño un aspecto que se me aparecía estrechamente unido a la realidad. El camino del bosque hasta el lugar del encuentro discurría cerca de un terreno pantanoso, y caminábamos por el barro negro, entre lodazales fétidos con un sepulcral olor a podrido; me hundí en el barro repetidas veces, mientras mi bisabuelo y el gato parecían flotar.

Por la mañana, cuando finalmente me desperté, después de haber dormido más de lo normal, encontré sobre mis zapatos, que dejó limpios al acostarme, una capa del barro negro que había aparecido en mis sueños! Me levanté de la cama en cuanto los vi, y seguí las huellas marcadas en el pavimento con bastante nitidez; las seguí fuera de la habitación, escaleras arriba, y conducían a la habitación secreta del segundo piso y una vez allá, iban inexorablemente en dirección a aquel misterioso ángulo.

De allá habían surgido las famosas huellas que se adentraban en la habitación! No podía creerlo, pero mis ojos no me engañaban. Esto era una locura, pero no cabía negarlo, como tampoco podía negarse que existí a un arañazo en mi muñeca. Salí de la habitación secreta dando tumbos, empezando a comprender vagamente por qué mis padres habían dudado en vender la casa Peabody; algo de su extraña historia les debió de haber contado mi abuelo, porque seguramente fue él quien hizo enterrar

boca abajo al bisabuelo en el panteón de la familia. Y, por mucho que quisieran burlarse de las supersticiosas creencias que habían heredado, no estaban dispuestos a arriesgarse. Comprendí también por qué no se quedaban mucho tiempo los inquilinos: la casa misma era una especie de foco que atraña fuerzas ajenas a la comprensión y control de los seres humanos. Yo sabía que me había infectado ya con el hábito de la vivienda y, en cierto modo, era prisionero de la casa y de su maligna historia. Busqué la única senda que podía conducirme a alguna información: el manuscrito del diario llevado por mi bisabuelo. Me dirigí a él, sin desayunar siquiera, y pude ver que se trataba de una secuencia de notas, tomadas con letra fluida, junto con recortes de cartas, periódicos, revistas, e incluso de libros que él había considerado de interés. Estos no guardaban mucha relación, aunque todos trataban de acontecimientos inexplicables que, incluso a juicio del bisabuelo, debían tener algo que ver con la brujería. Sus anotaciones eran cortas, pero reveladoras.

«Hice lo que tenía que hacer hoy. J. vuelve a tener carne, es increíble. Pero eso es parte del saber. Una vez se da la vuelta, todo empieza de nuevo. El familiar vuelve, y el barro recobra un poco de forma con cada nuevo sacrificio. El darle la vuelta ahora sería inútil. sólo está el fuego.»

Y en otro lugar:

«Algo en la casa. ¿Un gato? Lo veo, pero no puedo cogerlo.

Definitivamente es un gato negro. De dónde ha venido, no lo sé. Pesadillas. Dos veces en una Misa Negra. En el sueño, el gato me llevó hacia el Libro Negro.

En el sueño, una diablillo llamado Balor. Muy hermoso. Me explicó en qué consistía su servidumbre. Y poco después: Balor vino hoy hacia mí. Nunca hubiese dicho que era el mismo. Es un gato tan hermoso como lo era el joven diablillo. Le pregunté si bajo esta misma forma había servido a J. Indicó que sí. Me condujo hacia la esquina que es el extraño y extra-dimensional ángulo que conduce al exterior. J. lo había construido así. Me enseñó cómo caminar a través de ella... No podía leer más. Ya había leído demasiado. Sabía ahora lo que había ocurrido con los restos de Jedediah Peabody. Y sabía lo que tenía que hacer. Por mucho que me asustara lo que pudiera encontrar, fui sin demora al panteón de los Peabody, entré en él, y me obligué a ir al ataúd de mi bisabuelo. Allí, por primera vez, observé una placa de bronce clavada debajo del nombre de Asaph Peabody, y lo que en ella había grabado:

*¡Ay de aquél que turbe su descanso!*

Entonces levantó la tapa. Aunque debería habérmelo esperado, de todos modos me horrorizó lo que vi. Los huesos que había visto con anterioridad estaban muy modificados. Lo que no había sido más que huesos y trozos de huesos, polvo y jirones de ropa, había sufrido una espantosa metamorfosis. La carne empezaba a

crecer otra vez en los restos de mi bisabuelo, Asaph Peabody. Carne que provenía del mal, que empezaba a revivir gracias al mal desde que yo inocentemente había dado la vuelta a sus restos mortales.

Y esa otra cosa dentro de su ataúd, el pobre, espeluznante cuerpo de aquel niño que había desaparecido de la casa de George Taylor hacía menos de diez días y que ya tenía una apariencia de piel endurecida, acartonada, como si hubiese sido vaciado, y parcialmente momificado!

Huí del panteón, anonadado por el terror, pero sólo para hacer la hoguera que era necesario encender. Trabajé con rapidez, por si alguien me sorprendía, aunque sabía que la gente había rehuido la casa de los Peabody durante mucho tiempo. Una vez hecho esto saqué el ataúd de Asaph Peabody y su contenido y lo deposité en la hoguera, igual que muchos años antes había hecho Asaph con el ataúd de Jedediah y su contenido. Me quedé contemplando cómo se consumían el féretro y lo que había dentro; fui el único en oír el desapacible y espeluznante lamento que surgió de las llamas, como el fantasma de un grito. Durante toda esa noche continuaron encendidas las brasas de la hoguera. Las veía desde la ventana de la casa. Y dentro vi algo más. Un gato negro que entró por la puerta de mi habitación y que me miraba torvamente. Recordé el camino pantanoso que había tomado, las huellas en el barro, y el barro en mis zapatos. Recordé el araño en mi muñeca, y el Libro Negro en el que había firmado. Al igual que lo había firmado Asaph Peabody. Me volví hacia donde estaba el gato entre las sombras, y lo llamé suavemente:

¡Balor! Se acercó y se sentó sobre sus patas traseras, en el umbral de la puerta.

Cogí el revólver del cajón de mi mesa y le disparé. Siguió mirándome. No movió un solo músculo. Balor. Uno de los demonios menores. Este era, entonces, el legado de Peabody. La casa, los terrenos, los bosques, eran únicamente los aspectos materiales y superficiales de los ángulos extra-dimensionales de la habitación secreta, el camino del pantano, las firmas en el Libro Negro. Y ahora me hago una pregunta: ¿quién, cuando esté muerto y sea enterrado como los otros, me dará la vuelta?»

## La Ventana En La Buhardilla

### 1

Me trasladé a casa de mi primo Wilbur cuando aún no había pasado un mes desde su inesperada muerte. Lo hice no sin cierto recelo, pues no me agradaba demasiado la soledad del valle entre montañas del Aylesbury Pike. Pero me parecía bastante lógico que esa propiedad de mi primo favorito hubiese recaído sobre mí. Cuando aún no era propiedad de los Wharton, la casa había estado sin habitar durante mucho tiempo.

No había sido utilizada desde que el nieto del campesino que la había construido se marchó a la ciudad de Kingston, en la costa, y mi primo la compró a aquel heredero disgustado con el tipo de vida que llevaba en esa triste y agotada tierra. Fue algo imprevisto, como solían hacer las cosas los Akeley: impulsivamente. Wilbur había sido estudiante de arqueología y antropología durante muchos años. Se había licenciado en la Universidad de Miskatonic, en Arkham, e inmediatamente después pasó tres años en Mongolia, Tíbet, Sinkiang, y otros tres en América del Sur, América Central y la parte suroeste de Estados Unidos.

Había venido personalmente a dar la respuesta a una proposición que le hicieron para formar parte del profesorado de la Universidad de Miskatonic, pero en lugar de eso, se compró la vieja finca de los Wharton y se dedicó a repararla: tiró todas las alas con excepción de una, y dio a la estructura central una forma todavía más extraña que la que había adquirido a lo largo de las veinte décadas de su existencia. Pero ni siquiera yo tuve plena conciencia del alcance de estas reformas hasta que tomé posesión de la casa.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Wilbur sólo había dejado sin alterar uno de los laterales de la casa, había reconstruido por completo la fachada y la parte posterior, y había acondicionado una habitación en el desván del ala sur de la planta baja. La casa había sido en principio de una planta, con un enorme desván, que sirvió en su época para llenarse de todo tipo de bártulos de la vida rural de Nueva Inglaterra.

En parte había sido construida con troncos; y ese tipo de construcción lo había dejado Wilbur tal cual, lo que demostraba el respeto de mi primo por la artesanía de nuestros antepasados de estas tierras: la familia Akeley llevaba en América cerca de doscientos años cuando Wilbur decidió dejar sus viajes y asentarse en su lugar de origen. El año, si mal no recuerdo, era 1921: no vivió allí más que tres años, de modo que fue en 1924 —el 16 de abril— cuando me trasladé a la casa para hacerme cargo de ella según disponía el testamento. La casa estaba más o menos como la había dejado. No concordaba con el paisaje de Nueva Inglaterra, ya que a pesar de las

huellas del pasado en sus cimientos de piedra y en los troncos, lo mismo que en la chimenea, había sido tan renovada que parecía fruto de varias generaciones. La mayor parte de estas reformas las había hecho Wilbur para su mayor comodidad, pero había un cambio que me causó extrañeza, y del que Wilbur nunca había dado ninguna explicación: era la instalación en la zona sur de la buhardilla, de una gran ventana redonda, con un curioso cristal opaco, del que simplemente había dicho que era una antigüedad muy valiosa, descubierta y adquirida durante su estancia en Asia. Se refirió a ella en una ocasión como «el cristal de Leng» y en otra habló de que «su origen posiblemente se deba a las Híadas». Ninguna de las dos referencias me aclaraba nada, pero, si he de ser sincero, tampoco estos caprichos de mi primo me interesaban lo suficiente como para averiguar más.

Pronto deseé, sin embargo, haberlo hecho. En seguida descubrí, una vez instalado en la casa, que toda la vida de mi primo parecía desenvolverse, no en las habitaciones centrales del piso de abajo, como sería de esperar, puesto que eran las más acondicionadas en cuanto a comodidades, sino en torno al cuarto abuhardillado. Aquí era donde tenía sus pipas, sus libros favoritos, sus discos, y los muebles más cómodos. Era también aquí donde trabajaba, donde estudiaba los manuscritos relacionados con su profesión y donde le sorprendió —mientras consultaba unos volúmenes de la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic— la enfermedad coronaria que acabó con su vida. O adaptaba mi forma de vida a sus cosas, o adaptaba sus cosas a mi forma de vida. Decidí esto último. Como primera medida, tenía que restablecer la disposición adecuada de la casa y vivir de nuevo en las estancias de la planta baja, ya que, a decir verdad, sentí desde el principio que la buhardilla me repelía. En parte, cierto, porque me recordaba la presencia de mi primo muerto, quien nunca más ocuparía su lugar favorito de la casa, pero también porque la habitación me resultaba totalmente extraña y fría. Me sentía rechazado como por una fuerza física que no podía comprender, aunque posiblemente aquel rechazo se correspondía con mi actitud hacia la habitación a la que no comprendía, como nunca pude comprender a mi primo Wilbur. Las reformas que deseaba hacer no eran del todo fáciles. Pronto me di cuenta de que la vieja ‘guarida’ de mi primo imprimía carácter a toda la casa. Hay quien piensa que las casas asumen algo del carácter de sus dueños; si la vieja casa había adquirido algo del carácter de los Wharton, que habían vivido en ella durante tanto tiempo, sin duda mi primo lo había borrado con sus reformas, pues ahora parecía hablar fielmente de la presencia de Wilbur Akeley. No era tanto una sensación opresiva como la molesta convicción de no estar solo, de ser observado minuciosamente por algo que me era desconocido.

Quizá la responsable de estas fantasías era la propia soledad de la casa, pero me daba la impresión de que la habitación favorita de mi primo era algo vivo, que esperaba su regreso, como un animal que no se ha dado cuenta de que la muerte ha hecho acto de presencia y el dueño a quien espera no volverá jamás. Quizá debido a esta obsesión presté a aquel cuarto más atención que la que de hecho merecía. Había

retirado de allí algunas cosas, como, por ejemplo, una cómoda silla; pero algo me impulsó a devolverla a su lugar, como una obligación emanada de convicciones diversas, y a menudo conflictivas: que esta silla, por ejemplo, pudiera estar hecha para alguien con diferente constitución a la mía, y por ello resultaba incómoda a mi persona, o que la luz no fuera tan buena abajo como arriba, por lo que también devolví a la buhardilla los libros que había retirado de sus estantes.

Sin lugar a dudas, las características de la habitación eran totalmente diferentes a las del resto de la casa. La casa de mi primo era en general bastante vulgar, si se exceptúa esa habitación. La planta baja estaba llena de comodidades, pero parecía haber sido poco utilizada, con excepción de la cocina.

La habitación, en cambio, estaba bien amueblada, pero de un modo diferente, difícil de explicar. Era como si la habitación, sin duda un estudio construido por un hombre para su propio uso, hubiese sido utilizada por innumerables personas, cada una de las cuales hubiese dejado algo de sí misma dentro de esas paredes, pero sin ninguna huella identificadora. Sin embargo, yo sabía que mi primo había llevado una vida de ermitaño, con la excepción de sus salidas a la Universidad de Miskatonic de Arkham y a la Biblioteca Widener de Boston. No había viajado, ni recibía visitas. En las pocas ocasiones en que paré en su casa —por razones de trabajo muchas veces me encontraba en los alrededores—, aunque siempre se portó cortésmente, parecía estar deseando que me marchase. Y eso que nunca permanecí allí más de quince minutos. A decir verdad, el ambiente que flotaba en la buhardilla me hizo olvidar el deseo de cambiarla. El piso de abajo era suficiente para mí; me proporcionaba un hogar agradable, y no me fue difícil prescindir de la buhardilla y de las reformas que pensaba hacer allí, hasta casi olvidarme de ello y considerarlo sin importancia. Además, con frecuencia pasaba fuera varios días y varias noches, y no tenía prisa alguna por reformar la casa. El testamento de mi primo había sido refrendado oficialmente, y la casa registrada a mi nombre, de modo que nada amenazaba mi propiedad.

Todo habría ido bien, puesto que ya me había olvidado de los incumplidos planes para la buhardilla, de no haber sido por los pequeños incidentes que empezaron a turbarme. Al principio, sin ninguna consecuencia; eran cosas sin importancia que casi pasaron inadvertidas.

Creo recordar que la primera de ellas sucedió al mes escaso de estar allí, y fue tan insignificante que, hasta pasadas varias semanas, no se me ocurrió relacionarla con acontecimientos posteriores. Escuché el ruido una noche, mientras leía cerca de la chimenea en la planta baja, y no era probablemente nada más que un gato o algún animal similar arañando la puerta para que le dejase entrar. Pero se oía con tanta claridad que me levanté a mirar en la puerta principal y en la puerta posterior, sin encontrar rastro de ningún gato.

El animal había desaparecido en la noche. Le llamé varias veces, pero no obtuve respuesta ni escuché el menor ruido. No me había dado tiempo a sentarme, cuando

empezó de nuevo a arañar la puerta. Lo intenté por lo menos media docena de veces, pero no logré ver al gato, hasta que me molestó tanto aquello que, de haberlo visto, probablemente lo habría matado.

Por sí solo, este incidente era trivial, y nadie pensaría dos veces en él. ¿Sería un gato que conocía a mi primo, y que al no conocerme a mí se había asustado? Pudiera ser. No pensé más en ello. Sin embargo, no había pasado una semana cuando ocurrió un incidente similar, pero con una acusada diferencia respecto al primero. Esta vez, en lugar de arañazos de gato, el sonido era algo que se deslizaba a tientas, y que me provocó un escalofrío, como si una serpiente gigante o la trompa de un elefante rozase en las ventanas y en las puertas. Tras el sonido, mi reacción fue idéntica a la vez anterior. Oí, pero no ví nada; escuchaba y no descubría nada, sólo los sonidos inaprensibles. ¿Un gato? ¿Una serpiente? ¿O qué?

Aparte del gato y de la serpiente, que no tardaron en volver, sucedieron otros nuevos incidentes. En ocasiones escuchaba lo que parecía el sonido de las pezuñas de una bestia, o las pisadas de un gigantesco animal, o los picotazos de pájaros en las ventanas, o el deslizamiento de un gran cuerpo, o el sonido aspirante de unos labios. ¿Qué podía deducir de todo esto? Consideré que eran alucinaciones mías y descarté que existiera una explicación, puesto que los sonidos aparecían en cualquier momento, a todas horas de la noche y del día. De haber habido algún animal de cualquier tamaño en la puerta o en la ventana, tendría que haberlo visto antes de que desapareciese en el bosque de las colinas que rodeaban la casa (lo que había sido campo se hallaba ahora cubierto de álamos, abedules y fresnos). Este ciclo misterioso quizá no bahía sido interrumpido, de no ser porque una noche abrí la puerta de las escaleras que conducían a la buhardilla de mi primo, debido al calor que hacía en la planta baja; fue entonces cuando los arañazos del gato empezaron otra vez, y me di cuenta de que el ruido no venía de las puertas, sino de la misma ventana de la buhardilla. Subí escaleras arriba, sin dudar, sin pararme a pensar que tendría que tratarse de un gato muy especial para poder trepar hasta el segundo piso de la casa y llamar para que le dejasen entrar por la ventana redonda, única abertura al exterior de la habitación. Y puesto que la ventana no se abría, ni siquiera parcialmente, y como se trataba de un cristal opaco, no pude ver nada. Pero sí me quedé allí escuchando el ruido producido por los arañazos de un gato, tan cerca como si viniese del otro lado del cristal.

Bajé corriendo, cogí una potente linterna y salí a la calurosa noche de verano para iluminar la pared en que estaba la ventana. Pero ya había cesado todo ruido, y ya no había nada que ver excepto la pared de la casa y la ventana, tan negra por fuera como blanca y opaca por dentro. Pude haber seguido desconcertado durante el resto de mi vida y muchas veces pienso que indudablemente eso habría sido lo mejor, pero no fue así.

Por esta época recibí de una vieja tía un gato, llamado «Little Sam», que se había llevado un premio y que había sido mascota mía hacía cosa de dos años,

cuando aún era pequeño. Mi tía había acogido con cierta alarma mis intenciones de vivir solo, y finalmente me había mandado uno de sus gatos para que me hiciese compañía. «Little Sam», ahora, desafiaba su nombre: tendría que haberse llamado «Big Sam». Había engordado mucho desde la última vez que lo ví, y se había convertido en un felino fiero y negro, todo un ejemplar de su especie. «Little Sam» me demostraba con arrumacos su afecto, pero mostraba una gran desconfianza hacia la casa. A veces dormía cómodamente a los pies de la chimenea; en otros momentos parecía un gato poseído: aullaba para que le dejara salir afuera. Y cuando sonaban aquellos extraños sonidos que parecían de animales que pretendían entrar en la casa, «Little Sam» se volvía loco de miedo y de furia, y tenía que dejarle salir de inmediato para que pudiera refugiarse en una vieja dependencia que no había sido afectada por las reformas de mi primo. Allí dentro se pasaba la noche —allí o en el bosque— y no volvía hasta el amanecer, cuando le entraba hambre. A lo que se negaba siempre rotundamente era a entrar en la buhardilla.

## 2

Fue el gato, en realidad, el que me impulsó a profundizar en los trabajos de mi primo. Las reacciones de «Little Sam» eran tan anómalas que no me quedó otro remedio que rebuscar entre los revueltos papeles que había dejado mi primo, a ver si encontraba alguna explicación al fenómeno ya habitual de la casa.

Casi en seguida me tropecé con una carta sin terminar, en el cajón del escritorio de una habitación de la planta baja; estaba dirigida a mí, y parecía evidente que Wilbur era consciente de su enfermedad, puesto que la carta parecía contener instrucciones en caso de muerte. Pero lo más probable también era que Wilbur ignorase la inminencia de su muerte, pues la carta había sido empezada tan sólo un mes antes de que le sobreviniese aquélla y aguardaba a medio acabar en un cajón, como si mi primo hubiera pensado que le quedaba tiempo de sobra para terminarla. «Querido Fred —había escrito—, los mejores médicos me dicen que me queda poco tiempo de vida, y como ya he dicho en mi testamento que serás mi heredero, quiero añadir a ese documento unas cuantas disposiciones últimas que te ruego recuerdes y lledes a cabo fielmente. Hay en especial tres cosas que debes hacer sin falta, y del modo que te indico:

1. Todos los papeles que están en los cajones A, B y C de mi armario deben ser destruidos.
2. Todos los libros de los estantes H, I, J y K han de ser devueltos a la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic de Arkham.
3. La ventana redonda que está en el cuarto abuhardillado de arriba tiene que ser rota. No se trata de quitarla simplemente, debe ser hecha añicos.



Has de aceptar mi decisión sobre estos tres puntos y si no lo haces puedes ser responsable de enviar un terrible azote sobre el mundo. No quiero hablar más de esto. Hay otras cosas de las que quiero hablar mientras puedo hacerlo. Una de éstas es la cuestión...»

Aquí se interrumpió y dejó su carta.

¿Qué hacer con tan extrañas instrucciones? Comprendía que esos libros se devolviesen a la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic. Yo no tenía ningún interés especial en ellos. Pero ¿por qué destruir los papeles?

¿Por qué no llevarlos también allí? Y respecto al cristal... Destruirlo era sin duda una tontería; tendría que comprar una ventana nueva, y esto representaría un gasto superfluo. Esta parte de la carta produjo el desgraciado efecto de despertar más y más mi curiosidad, y me propuse mirar entre sus cosas con mayor atención. Esa misma noche fui a la habitación abuhardillada del piso de arriba y empecé con los libros de las estanterías indicadas. El interés de mi primo por los temas de arqueología y antropología se reflejaba claramente en la selección de sus libros: textos referentes a las civilizaciones polinesias, mongólicas y de varias tribus primitivas, y obras acerca de las migraciones de pueblos, el culto y los mitos de las religiones primitivas. Estos, sin embargo, sólo podían considerarse los primeros de los libros destinados a ser entregados a la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic. Muchos de ellos parecían ser muy viejos, tan viejos que ni siquiera se indicaba fecha alguna, y a juzgar por su apariencia y su letra deduje que provenían de la Edad Media. Los más recientes —ninguno era posterior a 1850— habían sido recibidos de diversos lugares: algunos habían pertenecido al padre de mi primo, Henry Akeley, de Vermont, que se los había dejado a Wilbur; otros llevaban el sello de la Biblioteca Nacional de París, lo que inducía a sospechar que Wilbur se los había llevado de allí.

Estos libros en varios idiomas llevaban títulos como: los Manuscritos Pnakóticos, el Texto de R'lyeh, los Unaussprechlichen Kulten de von Junzt, el Libro de Eibon, los Cánticos de Dhol, los Siete Libros Crípticos de Hsan, De Vermis Mysteriis de Ludvig Prinn, los Fragmentos de Celaeno, los Cultes des Goules del conde d'Erlette, el Libro de Dzryan, una copia fotostática del Necronomicon, de un árabe llamado Abdul Alhazred, y muchos otros, algunos aparentemente en forma de manuscritos.

Confieso que estos libros me sorprendieron, puesto que estaban llenos —aquellos que leí— de ciencias ocultas, de mitos y de leyendas relativos a las creencias antiguas y primitivas de las religiones de nuestra raza... Y si no había leído mal, también de razas desconocidas. Por supuesto, no podía enjuiciar debidamente los textos en latín, francés y alemán; ya era bastante difícil descifrar el inglés antiguo de algunos de sus manuscritos y libros. De cualquier forma, pronto se acabó la paciencia: los libros mantenían unos postulados tan extraños que sólo un antropólogo con gran vocación podía coleccionar tal cantidad de literatura de ese

tipo. Aquellas obras no carecían de interés, pero todas trataban más o menos del mismo tema.

Era el viejo credo del poder de la luz contra el poder de las tinieblas, o por lo menos así lo interpreté yo.

No importaba que se denominasen Dios y Demonio, o los Dioses Arquetípicos y los Primordiales, el Bien y el Mal o nombres como los Nodens, el Señor de los Abismos, el único nombrado, el Dios Arquetípico, o éstos de los Primigenios: el dios idiota, Azathoth, amorfa plaga de la confusión de los mundos abismales que blasfema y parlotea en el centro del infinito; Yog-Sothoth, el todo en uno, el uno en todo, no sujeto ni a las leyes del tiempo ni del espacio, coexistente con el tiempo y co-aniquilante con el espacio; Nyarlathotep, el mensajero de los Primordiales: el Gran Cthulhu que, mantenido en un estado letárgico mágico, espera surgir otra vez de la cósmica R'lyeh, sumergida en las profundidades del océano; Hastur, señor del espacio interestelar; Shub-Niggurath, la Cabra Negra de los Bosques y sus mil crías. Y así como las razas de los hombres que adoraban varios dioses conocidos llevaban nombres de sectas, así también ocurría con los adeptos de los Primordiales, que incluían a los Abominables Hombres de las Nieves del Himalaya y de otras regiones montañosas de Asia; los Profundos, que merodeaban en las profundidades del océano, bajo las órdenes de Dagon, para servir al Gran Cthulhu; los Shantaks; el Pueblo Tcho-Tcho; y otros muchos. Según constaba, algunos de ellos habían surgido de aquellos lugares a los cuales los Primordiales fueron desterrados —como Lucifer, que fue desterrado del Paraíso— después de su rebelión contra los Dioses Arquetípicos; eran lugares tales como las distantes estrellas de las Híadas, Kadath la Desconocida, la Meseta de Leng, o incluso la ciudad hundida de R'lyeh

A través de esos textos, dos elementos preocupantes sugerían que mi primo se había tomado todo esto de las mitologías más en serio de lo que yo pensaba. Las repetidas referencias a las Híadas, por ejemplo, me recordaban que Wilbur me había hablado del cristal de la ventana y de que «su origen posiblemente se deba a las Híadas». Y más específicamente como «el cristal de Leng». Es cierto que estas referencias podían ser meras coincidencias, y me tranquilicé por un momento diciéndome a mí mismo que «Leng» podía ser algún comerciante chino en antigüedades, y la palabra «Híadas» podía provenir de una errónea interpretación.

Pero esto era un mero pretexto por mi parte, pues todo indicaba que para Wilbur estas mitologías desconocidas habían significado algo más que un entretenimiento temporal. De no haber sido suficiente su colección de libros, sus anotaciones no habrían dejado lugar a dudas.

Las anotaciones contenían algo más que misteriosas referencias. Había dibujos toscos pero significativos que me causaron una extraña y desagradable impresión: alucinantes escenas y criaturas extrañas, seres que no hubiese podido imaginar en mis peores sueños. En su mayor parte estas criaturas eran imposibles de describir; eran aladas, semejantes a murciélagos del tamaño de un hombre; vastos y amorfos

cuerpos, llenos de tentáculos, que parecían a primera vista pulpos, pero definitivamente más inteligentes que un pulpo; seres con garras, mitad hombres, mitad pájaros; cosas horribles, con cara de batracio, que caminaban erectas, con brazos escamosos y de un color verde claro, como el agua del mar. Había seres humanos más reconocibles, aunque distorsionados; hombres con rasgos orientales, atrofiados y enanos, que vivían en lugares fríos a juzgar por sus ropas, y había una raza nacida de repetidos cruces, con ciertos caracteres de batracios, aunque indiscutiblemente humanos. Nunca pensé que mi primo tuviese tanta imaginación; sabía que tío Henry admitía como ciertas las que no eran sino fantasías de su mente, pero nunca, que yo supiese, había demostrado Wilbur esta misma tendencia; veía ahora que había escamoteado lo esencial de su verdadera naturaleza, y este hallazgo me dejaba atónito.

Ciertamente, ningún ser vivo podía haber servido de modelo para estos dibujos, y no había tales ilustraciones en los manuscritos y libros que había dejado. Movido por la curiosidad, busqué más a fondo en sus anotaciones. Finalmente, separé aquellas de sus referencias crípticas que parecían, aunque muy remotamente, encerrar lo que buscaba, y las ordené cronológicamente, cosa fácil, pues estaban fechadas.

«15 de octubre,'21. Paisaje más claro. ¿Leng? Parece el suroeste de América. Cuevas llenas de bandadas de murciélagos —como una densa nube— que empiezan a salir justo antes del ocaso, y tapan el sol. Arbustos y árboles torcidos. Un lugar venteado. A lo lejos, hacia la derecha, montañas con nieve en las cimas, a la orilla de la región desértica.»

«21 de octubre,'21. Cuatro Shantaks en medio del paisaje. Estatura media mayor que la de un hombre.

Peludos. Cuerpo similar al de los murciélagos, con alas que se extienden tres pies sobre la cabeza. Cara picuda, como de buitres. Por lo demás se parecen a un murciélago. Cruzaron el escenario en vuelo. Se pararon a descansar en un risco a mitad de camino. No enterados. ¿Iba alguien montado encima de uno de ellos? No puedo estar seguro.»

«7 de noviembre,'21. Noche. Océano. Una isla parecida a un arrecife, en primer plano. Profundos junto con humanos de origen parcialmente similar. blancos híbridos. Los Profundos, escamosos, caminan con movimiento semejante al de las ranas, un andar intermedio entre el salto y el paso, algo encogidos, también como casi todos los batracios. Otros parecían estar nadando hacia el arrecife. ¿Innsmouth? No se veía la costa, ni luces de un pueblo. Tampoco barcos.

Salen del fondo, al lado del arrecife. ¿El Arrecife del Diablo? Incluso los híbridos no pueden nadar muy lejos sin pararse a descansar. Posiblemente la costa no se veía.»

«17 de noviembre,'21. Paisaje totalmente desconocido. No de la tierra, por lo que vi. Cielos negros, algunas estrellas, peñascos de pórvido o sustancia similar. En primer plano un profundo lago. ¿Hali? A los cinco minutos el agua empezó a burbujear en el lugar de donde algo acababa de surgir. Mirando hacia adentro.

Un ser acuático gigantesco, con tentáculos. Pulpo, pero mucho más grande, diez, veinte veces más grande que el gigante Octopus apollyon de la costa oeste. El cuello medía fácilmente unas quince varas de diámetro.

No podía arriesgarme a ver su cara y destruí la estrella.»

«4 de enero,'22. Un intervalo de nada. ¿El espacio?

Acercamiento planetario, como si estuviese mirando a través de los ojos de algún ser acercándose a un objeto en el espacio. Cielo negro, pocas estrellas, pero la superficie del planeta cada vez más cercana.

Al aproximarme ví parajes arrasados. Sin vegetación, como en la estrella negra. Un círculo de fieles alrededor de una torre de piedra. Sus gritos: ¡Iä! ¡Shub-Niggurath!

«16 de enero,'22. Región bajo el mar. ¿Atlantis? Lo dudo. Un edificio grande y cavernoso semejante a un templo, destruido por cargas de profundidad. Piedras monumentales, similares a las de las pirámides.

Escalones que descendían al negro fondo, Profundos al fondo de la escena. Movimiento en la oscuridad de las escaleras. Un enorme tentáculo empezó a subir. A gran distancia de éste, dos ojos líquidos, separado el uno del otro por muchas varas. ¿R'lyeh? Temeroso del acercamiento de la cosa de abajo. destruí la estrella.»

«24 de febrero,'22. Paisaje familiar. ¿La región de Wilbraham? Casas de campo destrozadas, familia encerrada en sí misma. En primer plano, un viejo escuchando. Hora: la noche. Chotacabras llamando muy alto. Una mujer se acerca con una réplica de la estrella de piedra. El viejo huye. Curioso. Debo buscar referencias.

«21 de marzo,'22. Experiencia enervante la de hoy.

Debo tener más cuidado. Construí la estrella y pronuncié las palabras: Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn. Se abrió inmediatamente con un

enorme shantak en primer plano. Shantak enterado y en seguida se movió hacia adelante. Llegué incluso a oír sus garras. Pude romper la estrella a tiempo.

«7 de abril,'22. Ahora sé que lo atravesarán si no tengo cuidado. Hoy el paisaje tibetano, y los Abominables Hombres de las Nieves. Otro intento. ¿Pero y sus amos? Si los sirvientes intentan trascender el tiempo y el espacio ¿qué será del Gran Cthulhu, Hastur, Shub-Niggurath? Pretendo abstenerme por algún tiempo. Profundo shock.»

No volvió a abordar su extraño intento hasta primeros del otro año. O por lo menos eso indicaban sus notas.

Una abstinencia en su obsesiva preocupación, seguida una vez más por un período de breve indulgencia. Su primera anotación era casi de un año después.

«7 de febrero,'23. No hay duda, están enterados ya de la existencia de la puerta. Muy arriesgado mirar dentro. Excepto cuando el paisaje está despejado. Y como uno nunca sabe sobre qué escena se posará la vista, el riesgo es aún más grave. Sin embargo, me resisto a cerrar la entrada. Construí la estrella, como de costumbre, dije las palabras, y esperé.

Durante un rato sólo ví el paisaje familiar del suroeste americano al anochecer: murciélagos, búhos, ratas y gatos salvajes. Entonces salió de una cueva un Habitante de la Arena, de piel áspera, ojos grandes, orejas grandes; su rostro guardaba un horrible y distorsionado parecido con el oso koala, y el cuerpo tenía un aspecto consumido. Se arrastró hacia adelante, con evidente intención. ¿Es posible que la puerta abierta les permita ver este lado del mismo modo que me deja ver a mí el suyo? Cuando ví que se dirigía directamente a mí, destruí la estrella. Todo desapareció, como de costumbre. Pero después, la casa se llenó de murciélagos. ¡Veintisiete en total! ¡Y yo no creo en la mera coincidencia!»

Vino después otro paréntesis, durante el cual mi primo escribió notas crípticas sin referencia a sus visiones o a la misteriosa «estrella» de la que tanto había hablado. No me cabía duda de que fue víctima de alucinaciones, producto probablemente del intenso estudio del material de aquellos libros procedentes de todos los rincones del mundo. Estos párrafos eran como una especie de justificación de racionalizar lo que había «visto».

Todas aquellas notas estaban mezcladas con recortes de periódicos, que mi primo sin duda intentaba relacionar con las mitologías a las que era tan aficionado: relatos de extraños acontecimientos, objetos desconocidos en el cielo, desapariciones misteriosas en el espacio, revelaciones curiosas referentes a cultos desconocidos, y otras noticias por el estilo.

Era dolorosamente patente que Wilbur había llegado a creer con intensidad en ciertas facetas de credos primitivos: en especial que había supervivientes contemporáneos de los endemoniados Primordiales y de sus adoradores y adeptos, y era esto, más que nada, lo que trataba de probar. Era como si hubiese tomado los escritos impresos en los viejos libros que poseía y, tras aceptarlos como verdades literales, intentase añadir a la evidencia del pasado el peso de la evidencia de su época. Ciertamente, había un elemento de similitud, que resultaba inquietante, entre aquellos relatos antiguos y muchos de los que mi primo había recortado, pero sin duda podía explicarse como simple coincidencia. Aun siendo convincentes, los envié a la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic para la Colección Akeley, sin copiar ninguno. Pero los recuerdo vívidamente, tanto más por el desenlace inolvidable que siguió a mis investigaciones, un poco inciertas, respecto a lo que había obsesionado a mi primo.

### 3

Nunca habría sabido de la «estrella» de no haberme encontrado accidentalmente con ella. Mi primo había escrito repetidamente acerca de «hacer», «romper», «construir» y «destruir» la estrella, como algo necesario para sus visiones, pero esta referencia carecía de sentido para mí, y posiblemente continuaría sin sentido de no haber tenido oportunidad de fijarme en el suelo, a la tenue luz de la buhardilla de la ventana redonda: las marcas en el suelo formaban una estrella de cinco puntas. Esto no había sido visible previamente, ya que una gran alfombra cubría el suelo; pero la alfombra se había desplazado durante el traslado de libros y papeles a la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic, y por pura casualidad quedó el suelo al descubierto. Incluso en aquel momento no caí en que aquellas marcas pudiesen representar una estrella. Hasta que acabé mi trabajo con los libros y papeles y moví del todo la alfombra, quedando al descubierto el centro de la habitación, no se me apareció el diseño entero. Ví entonces que era una estrella de cinco puntas, decorada con dibujos ornamentales, de un tamaño que permitía dibujarla desde el interior de la buhardilla.

Me di cuenta en seguida de que ésta era la razón por la que había en el cuarto de mi primo una caja de tizas cuya utilidad no había comprendido antes. Empujé libros, papeles y todo lo demás a un lado. Fui a buscar una tiza y me puse a dibujar el contorno de la estrella y todas las ornamentaciones del interior. Se trataba sin duda de un diseño cabalístico, y no había otra opción, para quien lo dibujaba, que sentarse en su interior. De modo que tras completar el dibujo, de acuerdo con las marcas dejadas por frecuentes reconstrucciones, me senté dentro. Muy posiblemente esperaba que algo ocurriese, aunque estaba confundido con las anotaciones de mi primo referentes a la destrucción del diseño cada vez que se veía amenazado.

Recordaba que en los rituales cabalísticos era la destrucción de esos diseños la que traía el peligro de invasión física. Sin embargo, no ocurrió nada. Sólo pasados unos minutos recordé «las palabras». Las había copiado, y me levanté a buscarlas. Regresé y las pronuncié;

«Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn.»

De repente se produjo un extraordinario fenómeno. Con la mirada fija en la ventana redonda de la pared sur, pude ver todo lo que pasó. El cristal opaco de la ventana se volvió transparente y me encontré, sorprendido, contemplando un paisaje bañado por el sol, aunque era de noche, algunos minutos después de las nueve de una noche de finales de verano en el Estado de Massachusetts. Pero el paisaje que apareció en el cristal no podía encontrarse en ningún sitio de Nueva Inglaterra: una tierra árida de piedras arenosas, de vegetación desértica, de cavernas y, en el fondo, montañas con nieve en las cimas. Ese mismo paisaje había sido descrito más de una vez en las notas crípticas de mi primo. Dirigí mi vista fascinada hacia este paisaje, con la mente confusa. Parecía haber vida en el paisaje que yo miraba, y aprehendí uno a uno sus aspectos: la serpiente de cascabel que trepaba sinuosamente y el halcón de ojos rasgados que comenzaba a elevarse. Esto me permitió observar que no era mucho antes de la puesta del sol, ya que el reflejo de la luz en el pecho del halcón así lo indicaba. Todos los caracteres prosaicos —el monstruo del Gila, el correcaminos— del suroeste americano componían lo que estaba presenciando. ¿Dónde se desarrollaba, entonces, la escena? ¿En Arizona? ¿En Nuevo México?

Pero continuaron produciéndose acontecimientos, sin ningún punto de referencia, en la desconocida tierra.

La serpiente y el monstruo del Gila desaparecieron, el halcón cayó como un plomo y volvió a subir con una serpiente entre sus garras, el correcaminos se unió a otro. La luz del sol se iba, y la escena toda se convertía en un paisaje de gran belleza. Entonces, de la boca de una de las mayores cavernas emergieron los murciélagos. Venían volando desde la oscura cueva miles de murciélagos, en bandada, y me parecía oírles.

No sé cuánto tiempo les llevó volar y volar hacia el crepúsculo. Acababan de desaparecer cuando surgió algo, una especie de ser humano, de ser humano de piel áspera, como si la arena del desierto se le hubiese incrustado en la superficie de su cuerpo, con los ojos y orejas anormalmente grandes. Tenía un aspecto escuálido, con las costillas marcadas a través de la piel, pero lo más repelente era su rostro, parecido al del osito australiano llamado koala. Y al verlo recordé que mi primo había llamado a esta gente —pues aparecieron otros detrás del primero, algunos de ellos hembras— los Habitantes de la Arena.

Procedían de la caverna. Guiñaban sus grandes ojos.

Pronto aparecieron en mayor número, y se repartieron por todas partes detrás de los arbustos. Entonces, parsimoniosamente, un monstruo increíble hizo su aparición: primero un tentáculo, o algo así, luego otro, y ahora media docena de ellos que exploraban cautelosamente el exterior de la cueva. Y luego, desde la oscuridad del pozo de la caverna, emergió a medias una terrible cabeza. De pronto, al impulsarse hacia delante, casi grité de horror. La cara era una desfiguración monstruosa del mundo conocido: se elevaba de un cuerpo sin cuello que era una masa de carne gelatinosa —a la vista parecía goma—, y los tentáculos que la adornaban salían de una parte del cuerpo que podía ser la mandíbula inferior o un aparente cuello.

Además, aquella cosa tenía una percepción inteligente, pues desde el principio parecía haberse percatado de mi presencia. Arrastrándose desde la caverna, fijó sus ojos en mí, y empezó a moverse con increíble rapidez en dirección a la ventana sobre el cada vez más oscurecido paisaje. Supongo que no me estaba dando cuenta del verdadero peligro que corría, puesto que observaba absorto, y sólo cuando la cosa empezó a cubrir todo el paisaje, cuando uno de sus tentáculos alcanzaba la ventana —¡y la atravesaba!—, sólo entonces experimenté la parálisis del miedo.

¡La atravesaba! ¿Era ésta, entonces, la alucinación culminante?

Recuerdo haber roto la gelidez del miedo durante el tiempo suficiente para quitarme un zapato y lanzarlo con todas mis fuerzas hacia el cristal de la ventana.

Al mismo tiempo, recordaba las frecuentes citas de mi primo relativas a la destrucción de la estrella. Me incliné hacia adelante y borré parte del diseño. Y mientras oía el ruido de los vidrios al romperse, me sumergí en una bendita oscuridad.

Sabía ahora lo que sabía mi primo.

Si no hubiera esperado tanto, podía haberme evitado el conocimiento de todo aquello, podía haber seguido pensando en ilusiones o alucinaciones. Pero ahora sé que la ventana redonda era una potente puerta hacia otras dimensiones, a un espacio y un tiempo desconocidos, una entrada a algún paisaje que Wilbur Akeley deseaba encontrar, la llave de esos lugares secretos de la tierra y del espacio, de las estrellas en que los súbditos de los Primordiales —¡y los propios Primigenios!— se esconden para siempre, esperando resurgir otra vez. El cristal de Leng —que quizá provenía de las Híadas, pues nunca supe de dónde lo había sacado mi primo— podía girar dentro de su marco; no estaba sujeto a las leyes físicas excepto en el hecho de que su dirección variaba al compás del movimiento de la tierra sobre su eje. Y de no haberlo roto, habría dejado caer sobre la tierra el azote de esas otras dimensiones, a causa de mi ignorancia y mi curiosidad.

Y ahora sé que los modelos de los dibujos hechos por mi primo, entre sus anotaciones, por muy toscos que fueran, representaban a seres que existían y no eran producto de su imaginación. La culminante prueba final lo demuestra. Los murciélagos que encontré en la casa cuando recuperé el conocimiento pudieron



haber entrado por la ventana rota. Que el cristal opaco se hubiese vuelto translúcido podía explicarse como una ilusión óptica. Pero yo sabía algo más. Sé, sin lugar a dudas, que lo que ví allí no era producto de una fantasía, porque nada podría destruir esa prueba terrible que encontré cerca de los cristales rotos en el suelo de la buhardilla: un trozo de tentáculo, de diez pies de largo, que se había quedado atrapado entre las dimensiones cuando la puerta se cerró contra el monstruoso cuerpo al que pertenecía. ¡El tentáculo que ningún científico hubiese podido identificar como perteneciente a criatura conocida alguna, viva o muerta, en la superficie o en las profundidades subterráneas de la tierra!

## La Lámpara De Alhazred

Siete años habían transcurrido desde la desaparición de su abuelo Whipple cuando Ward Phillips recibió la lámpara. Esta, así como la casa de la calle Angell, donde vivía Ward, habían pertenecido a su abuelo. Phillips había estado habitando en la casa desde la desaparición de su abuelo, pero la lámpara había quedado en manos del abogado hasta pasados los siete años que deberían transcurrir hasta darle definitivamente por muerto. Había sido deseo de su abuelo que la lámpara estuviese bien guardada durante esos años, en manos del ahogado, por si acaeciese algo imprevisto, la muerte o cualquier otro accidente. El caso era que Phillips dispusiese del tiempo necesario para familiarizarse con la imponente biblioteca de Whipple, en la que le esperaba una gran cantidad de sabiduría. El viejo Whipple había decidido que, cuando Phillips hubiese acabado de leer los enormes volúmenes que llenaban las estanterías, habría alcanzado un grado de madurez suficiente para poder heredar el «tesoro más valioso» de su abuelo, según declaración del propio Whipple.

Phillips tenía entonces treinta años y una salud delicada, lo cual era normal, pues desde niño, siempre había sido un poco enfermizo. Había nacido en el seno de una familia medianamente rica, pero los ahorros de su abuelo volaron en unas inversiones desacertadas, de modo que a Phillips lo único que le quedaba era la casa de la calle Angell y lo que ésta encerraba. Phillips trabajaba como redactor en unas revistas de escándalo, y luego, para redondear las pocas ganancias que le producía el oficio, se dedicaba a revisar y corregir los innumerables y poco prometedores manuscritos de prosa o de poesía que otros escritores, más inexpertos que él, le enviaban con la esperanza de llegar a ver su obra publicada, una vez que la pluma de Phillips hubiese obrado un milagro. La vida sedentaria que llevaba no había mejorado su resistencia a la enfermedad; era alto, delgado, llevaba gafas, tenía frecuentes catarros y, una vez, para gran vergüenza suya, enfermó del sarampión.

Cuando los días eran cálidos, le gustaba mucho pasear por los campos donde había jugado de pequeño. En esas ocasiones, solía llevar sus papeles debajo del brazo y trabajar al aire libre, sentado en la encantadora y frondosa ribera del río que, durante su infancia, había sido su escondite predilecto. Esta orilla del río Seekonk no había cambiado en todos esos años, y Phillips, que vivía mucho del pasado, creía que una forma de desafiar el tiempo era permanecer cerca de los lugares que no cambiaban. En una carta a un corresponsal, había descrito esta forma de sentir suya: «Entre esos caminos del bosque que tan bien conozco, el salto entre el presente y los años 1899 ó 1900 desaparece totalmente, de modo que muchas veces me sorprende, al encontrarme nuevamente en la ciudad, constatar que ésta ha perdido su apariencia de *fin de siècle*». Además de la ribera del Seekonk, otro de los lugares que elegía para sus paseos era la colina de Nentaconhaunt. Le gustaba poder contemplar, desde allí,

su ciudad natal a la puesta del sol, y esperar el plácido panorama de la población al recogerse en su vida nocturna, con los campanarios y los tejados de estilo holandés que, progresivamente, iban oscureciéndose sobre el fondo anaranjado y carmín del atardecer. Le emocionaba el brillo esmeralda o perlado en que se fundía el horizonte, y finalmente las luces centelleantes que transformaban la vasta y desigual ciudad en una tierra mágica que ejercía para Phillips una mayor atracción que durante el día.

Hacía mucho tiempo que Phillips había renunciado a alumbrarse con luz eléctrica, pues ésta resultaba excesivamente cara para sus modestos ingresos. Pero como sus largas excursiones diurnas le obligaban a trabajar hasta muy avanzada la noche, la famosa lámpara de su abuelo Whipple, por muy extraña y vieja que fuera, le iba a ser de una gran utilidad. La carta que acompañaba el último regalo del viejo, cuya relación con su nieto había sido muy profunda desde la muerte de los padres del niño, le explicaba que la lámpara provenía de una tumba de Arabia, en los comienzos de la historia. Decía que había pertenecido a un árabe medio loco, llamado Abdul Alhazred. Era obra de la fabulosa tribu de Ad, una de las cuatro misteriosas y poco conocidas de Arabia —Ad estaba en el sur, Thamood en el norte, y el centro de la península estaba ocupado por Tasm y Jadis—. Había sido hallada hace mucho tiempo en una ciudad oculta llamada Irem. Edificada por Shedad, el último de los déspotas de Ad, era la Ciudad de las Columnas, conocida por algunos como la Ciudad Sin Nombre. Decían que se encontraba cerca de Hadramant; según otros, debía estar enterrada bajo las antiquísimas y siempre movedizas arenas de Arabia. De todas maneras, salvo los favoritos del profeta que habían logrado encontrarla, nunca nadie había conseguido verla. Para terminar su larga carta, el viejo Whipple había escrito: «Puede proporcionar tanto placer encendida como apagada. Igualmente puede traer dolor. Es la fuente del éxtasis o del terror.»

El aspecto de la lámpara de Alhazred era poco corriente. Funcionaba con aceite, y parecía ser de oro. Por su forma, se asemejaba a una marmita oblonga, con un asa curvada a un lado y una espita para la llama al otro. Su decoración consistía en unos extraños dibujos, mezclados con letras y colocados de tal manera que parecían formar unas palabras. Pero aquel lenguaje era desconocido para Phillips, que conocía varios dialectos árabes y, sin embargo, no lograba descifrar la inscripción de la lámpara. No era sánscrito. Indudablemente se trataba de un idioma más antiguo; su escritura se componía de letras y jeroglíficos, algunos de los cuales eran pictografías. Phillips dedicó una tarde entera a limpiarla por dentro, por fuera y, después de haberle sacado brillo, la llenó de aceite.

Esa misma noche, Phillips retiró las velas y la lámpara de petróleo, que le habían alumbrado durante tantas y tantas noches de trabajo, y encendió la lámpara de Alhazred. Le sorprendió un poco lo cálido de su brillo, la estabilidad de su llama, y la calidad de su luz. Pero la cantidad de trabajo que le esperaba era tal que no podía seguir entreteniéndose con la lámpara. Sin perder más tiempo, se puso a revisar una obra en verso, que empezaba de la siguiente manera:

*En la brillante y temprana alborada  
De un año, mucho antes de nacer yo,  
Cuando la tierra era aún el caos,  
Mucho antes de cubrirse de luchas...*

y continuaba así, en ese mismo estilo arcaico caído completamente en desuso. Sin embargo, era un estilo que a Phillips le gustaba. Vivía tanto en el pasado que sus puntos de vista y su filosofía acerca de la influencia del pasado desbordaban toda fantasía. Su noción del tiempo y del espacio estaba, desde sus primeros recuerdos, tan inextricablemente ligada a sus más profundos pensamientos y sentimientos, que cualquier intento de describir con palabras sus estados de ánimo parecería artificial, exótico o convencional. Durante décadas enteras, los sueños de Phillips estuvieron compuestos por una extraña mezcla de inquietud aventurera unida a paisajes, perspectivas arquitectónicas y efectos de la bóveda celeste. En su mente conservaba cierta imagen de sí mismo a los tres años: se encontraba sobre un puente ferroviario. A través de los huecos de la barandilla, su vista penetraba en la parte más densa de la ciudad. Y entonces sintió la inminencia de algún prodigio, que no podía describir ni llegar a comprender en su totalidad; era la intuición de algo maravilloso, de una liberación escondida en oscuras dimensiones. Presentía que, aunque raras veces y con muchas dificultades, aquellas dimensiones podían alcanzarse mediante ciertas perspectivas visuales, tales como la de una vieja calle vista a través de leguas de campo montañoso; o la de las balaustradas de unas terrazas enfocadas desde abajo, desde el mismo pie de la interminable escalera de mármol que conduce a ellas. Es cierto que Phillips soñaba con vivir en el siglo dieciocho, o incluso antes, cuando todavía había tiempo para el arte de la conversación y cuando el hombre podía vestirse con cierta elegancia sin ser observado con extrañeza por sus vecinos. Pero por muy intenso que fuera su deseo de volver a un tiempo en que el mundo era más joven y menos apurado, la falta de imaginación y las pocas ideas que reflejaban las líneas sobre las cuales estaba trabajando, sumadas a su propio cansancio, le hicieron sentirse incapaz de seguir con su tarea. Reconoció que no podía interesarse por estas líneas tan poco inspiradas; apartó el manuscrito y se inclinó hacia atrás para descansar.

Fue entonces cuando observó el súbito cambio que se había operado a su alrededor.

Las familiares paredes tapizadas de libros, salvo en los huecos de las ventanas —Phillips tenía la manía de taparlas con cortinas para que ninguna luz exterior, ya fuera la del sol, la de la luna, o la de las estrellas, invadiese su santuario— estaban extrañamente cambiadas. No era sólo la claridad difundida sobre ellas por la lámpara de Arabia lo que las había modificado, sino que la misma luz proyectaba contra las paredes objetos desconocidos para Phillips. Dondequiera que iluminara la

lámpara, contra las paredes, sobre los tomos de los libros alineados en sus estantes, Phillips contemplaba unas escenas que ni los fondos más misteriosos de su imaginación hubiesen podido crear. En cambio, en todas las zonas oscuras, tales como la gran mancha de sombra que el respaldo de la silla de Phillips proyectaba sobre una parte de los estantes, no veía nada, nada más que la oscuridad de las sombras y en ellas la monotonía de los libros alineados.

Phillips permaneció sentado y, maravillado, contempló las escenas que se desarrollaban ante él. Luego quiso reaccionar y pensó que era víctima de una ilusión óptica. Pero tal explicación a ese fenómeno no le satisfacía, y la rechazó. Por otra parte, tenía el curioso convencimiento de que no deseaba hallar explicación alguna, de que no la necesitaba: algo maravilloso había ocurrido, sabía que tenía que ser pasajero y no quería conocer o sentir más que la admiración por lo que sus ojos presenciaban. El mundo que veía a la luz de la lámpara era de una rareza suprema. Era un mundo al que nunca había tenido acceso, ni por la vista, ni por la lectura, ni siquiera por la vía de sus sueños.

La escena parecía representar la tierra en sus principios, cuando aún estaba en período de formación. Unos chorros de vapor salían de las fisuras de sus rocas. Las huellas dejadas por unos reptiles se veían claramente dibujadas en el barro. Arriba, volando en el aire, unas bestias gigantescas peleaban y se destrozaban entre sí. Entre las rocas de una playa, el tentáculo de algún animal monstruoso se desenroscaba sinuosa y amenazadoramente en la luz roja del día, como una criatura extraída de alguna ficción fantástica.

Entonces, suavemente, la escena cambió. Las rocas fueron sustituidas por un desierto arrasado por el viento, y, como un espejismo, surgió la oculta y desierta Ciudad de las Columnas, conocida también como Irem. Phillips sabía que ahora, cuando ningún pie humano pisaba ya las calles de esa ciudad, unos seres terribles seguían merodeando entre los pilares de piedra de las viviendas, que no estaban en ruinas, sino que permanecían en el estado en que se encontraban cuando sus antiguos habitantes fueron aniquilados o echados de la ciudad por aquellos entes venidos del cielo para asediar Irem y apoderarse de ella. De aquellos seres no se veía nada, tan sólo se adivinaba el angustioso movimiento merodeante, como una sombra fuera del tiempo. Y a lo lejos, detrás de la ciudad y del desierto, se erguían las montañas cuyas cimas estaban cubiertas de nieve; cuando aún las estaba contemplando, Phillips tuvo conocimiento de sus nombres, porque en ese mismo momento se revelaron a su mente. La ciudad en el desierto era la Ciudad Sin Nombre, y las cumbres nevadas eran las Montañas de la Locura, o quizá Kadath en el Páramo Frío. A Phillips le divertía dar sus nombres a estos lugares del paisaje, pues se le ocurrían con facilidad; le venían a la mente como si hubiesen estado rondando el perímetro de sus pensamientos, en espera de la oportunidad que les permitiera encarnar en una vivencia real.

Permaneció sentado durante mucho tiempo, fascinado, hasta que una leve sensación de alarma le removi6. Los paisajes que desfilaban ante sus ojos eran similares a los que podrían aparecer en un sueño, y sin embargo, Phillips sentía crecer su inquietud. Intuía algo parecido a la presencia de lo maligno, a la vez que tomaba conciencia de ciertos inconfundibles indicios de los horribles seres que ocupaban estos parajes. Finalmente, no pudo resistir más tiempo a esa angustia envolvente; apagó la luz y, algo tembloroso, encendió una vela. Se sintió inmediatamente confortado por su brillo descolorido y familiar.

Estuvo meditando largo rato sobre todo cuanto había visto. Su abuelo le había dicho de la lámpara que era su «más valiosa posesión»; con lo cual resultaba evidente que sus propiedades le eran conocidas. ¿Y qué eran esas propiedades sino el poder de transmitir el recuerdo ancestral y mágico de una revelación, de tal modo que quien se sentara a su luz podía contemplar los lugares de terror y belleza que sus dueños habían conocido? Phillips estaba convencido de que los paisajes que había podido ver eran lugares familiares a Alhazred. Pero esta explicación tenía muy poca lógica. Y cuantas más vueltas le daba, más aumentaba su perplejidad. Decidió volver al trabajo que había apartado; se volcó en él y consiguió alejar de sí todas las fantasías y alarmas que empezaban a instalarse en su mente.

Al día siguiente, Phillips salió a la declinante luz de octubre para pasearse fuera de la ciudad. Tomó el coche de línea hasta el final del barrio residencial, y después caminó en dirección al campo. Llegó a un lugar que no conocía, y que distaba por lo menos una milla de cualquier lugar por donde hubiera paseado antes. Siguió una carretera hasta la bifurcación al noroeste de Plainfield Pike y subió por la falda oeste del Nentaconhaunt. Allí pudo disfrutar de una vista realmente idílica. Era un panorama de praderas, de viejas paredes de piedra, de blancas alamedas y de lejanos tejados al oeste y al sur. Phillips se encontraba a menos de tres millas del corazón de la ciudad y sin embargo, estaba como sumergido en la primaria Nueva Inglaterra rural de los primeros colonizadores.

Antes de la puesta del sol, subió hasta arriba de la colina en dirección a uno de sus escondrijos familiares, que siempre le había atraído. Nunca hasta entonces se había percatado ante la perspectiva que tenía del extenso campo. Todo era resplandor de riachuelos, bosques lejanos y cielo naranja místico, con el gran disco solar rojo hundiéndose entre las franjas de estratos de nubes. Se adentró en el bosque y pudo contemplar la misma puesta del sol a través de los árboles. Luego volvió hacia el este para cruzar la colina en dirección a uno de sus escondrijos familiares y que siempre le había atraído. Nunca hasta entonces se había percatado de la inmensa extensión de Nentaconhaunt. Más que una simple colina, era una verdadera planicie en miniatura, con sus valles, sus cordilleras, y sus cimas propias. Desde alguna de sus praderas ocultas —tan alejadas de toda señal de vida humana— la vista que se le ofrecía sobre el remoto cielo urbano le maravilló: era un sueño de picachos encantados y de cúpulas medio flotando en el aire y rodeadas de un oscuro aura de

misterio. Las ventanas superiores de algunas de las torres más altas conservaban la incandescencia que el sol ya había perdido, y ofrecían una visión de resplandor irreal. Seguidamente, Phillips pudo admirar el gran disco de la luna de Orión flotando alrededor de los campanarios y alminares, mientras que al oeste, en el horizonte brillantemente anaranjado, Venus y Júpiter empezaban a parpadear. Se adentró en la llanura. El camino atravesaba unos paisajes muy variados: algunas veces serpenteaba por el interior, y otras penetraba en los bosques y los cruzaba para acercarse a los valles oscuros que se deslizaban hacia la llanura inferior. Los grandes pedruscos que se balanceaban en las alturas rocosas producían un efecto espectral, druídico, al recortarse en el crepúsculo.

Finalmente llegó a unos parajes que le eran más familiares. Allí, recubierto por la hierba, el promontorio de un viejo acueducto enterrado le daba la ilusión de pisar los restos de una carretera romana; y allí estaba la cima de la colina que siempre había conocido. Extendida a sus pies, la ciudad se iluminaba rápidamente y se asemejaba a una constelación yaciendo en el profundo anochecer. La luna derramaba una inundación de oro pálido, y, al oeste, el resplandor de Venus y de Júpiter se acrecentaba con intensidad en el horizonte cada vez más difuso. El camino que le conduciría a su casa estaba ante él; no tenía más que bajar esa última pendiente para llegar al coche de línea que le llevaría a los prosaicos lugares frecuentados por el hombre.

Pero durante todas estas horas apacibles, Phillips no había olvidado un solo instante su experiencia de la noche anterior, y no podía negar que ansiaba anticipar la llegada de la noche. La sensación de alarma que se había apoderado de él se había convertido en la promesa de una nueva experiencia nocturna de naturaleza desconocida.

Esa noche, tomó su solitaria cena con más rapidez que de costumbre para poder acudir en seguida al estudio, donde las hileras de libros, que llegaban al techo, le esperaban con su saludo permanente. Pero él no miró siquiera el trabajo que había abandonado sobre la mesa, sino que encendió la lámpara de Alhazred y se sentó a esperar lo que pudiese ocurrir.

El suave resplandor amarillento de la lámpara se extendía sobre las paredes cubiertas de estantes. La llama no se movía; ardía tranquila y establemente, e igual que la víspera, la primera impresión que Phillips recibió fue la de un calor confortante y arrullador. Entonces, con suavidad, los libros y los estantes parecieron difuminarse, desteñirse, y dieron paso a escenas de otro mundo y otros tiempos. Aunque le fueran completamente desconocidos, los nombres de las escenas y de los lugares que veía afluían con naturalidad a su mente, como si el resplandor de la lámpara de Alhazred estimulase su imaginación. Vio una casa muy bella, coronada de humo, en un promontorio como el cercano Gloucester. Vio un antiguo pueblo de estilo holandés, con un oscuro río que lo atravesaba, un pueblo como Salem, pero más malvado y misterioso, y llamó al pueblo Arkham, y al río Miskatonic. Vio la

oscura ciudad costera de Innsmouth, y detrás de ella el Arrecife del Diablo. Vio las profundidades acuáticas de R'lyeh donde el difunto Cthulhu yacía durmiendo. Contempló la Meseta de Leng, arrasada por el viento, y las oscuras islas de los Mares del Sur. Pudo apreciar las Tierras del Ensueño, los paisajes de otros lugares, del espacio, así como las formas de vida que habían existido en otros tiempos y que, más viejos que la propia tierra, remontaban a los Primordiales, hasta Hali, e incluso más allá.

Pero presenciaba estas escenas como a través de una ventana que parecía invitarle a abandonar su propio mundo para viajar a estos reinos de maravilla y belleza; y en Phillips la tentación era cada vez más fuerte: temblaba con el deseo de obedecer, de dejar de ser lo que era, de intentar ser lo que tal vez podría ser. Pero, como la noche anterior, apagó la luz y agradeció la aparición de las paredes llenas de libros del estudio de su abuelo Whipple.

Renunció a las monótonas revisiones que le esperaban, y se pasó el resto de la noche, a la luz de la vela, escribiendo relatos cortos, inspirándose en las escenas y los seres que había visto a la luz de la lámpara de Alhazred.

Pasó toda la noche escribiendo, y todo el día siguiente durmiendo, exhausto.

Y a la noche, antes de ponerse de nuevo a escribir, estuvo contestando unas cartas. En ellas hablaba de sus «sueños», como ignorando si había visto realmente las imágenes que habían pasado ante sus ojos, o si las había soñado. Reconocía que los mundos de su propia ficción se entretejían con los mundos de la lámpara. Los deseos y anhelos de su juventud se habían fundido en su mente con las visiones de sus intentos creativos, que habían absorbido de igual forma los lugares de la lámpara y los secretos ocultos de su corazón, el cual, como la lámpara de Alhazred, había alcanzado los lejanos extremos del universo.

Pasaron muchas noches sin que Phillips volviese a encender la lámpara.

Las noches se sumaron, llegando a formar meses, y los meses años.

Envejeció, sus relatos de ficción fueron publicados, y con ellos las mitologías de Cthulhu; de Hastur el Inefable; de Yog-Sothoth; de Shub-Niggurath, la Cabra Negra de los Bosques con sus Mil Crías; de Hypnos, el dios del sueño; de los Primigenios Mayores y de su mensajero, Nyarlathotep; todos esos seres mitológicos, con el oscuro mundo de sombras que representaban, llegaron a formar parte integrante de la intimidad de Phillips. Su conocimiento de ellos era tal que pudo traer Arkham a la realidad. Descubrió la sombra sobre Innsmouth, habló de los murmullos en la oscuridad y del moho de Yuggoth, y dio a conocer el horror de Dunwich. Y en toda su prosa, en todos sus versos, la luz de la lámpara de Alhazred brillaba, aun cuando Phillips ya no la utilizara.

Dieciséis años transcurrieron de esta forma, hasta que, una noche, Ward Phillips se acercó a donde había dejado la lámpara, detrás de una fila de libros, sobre uno de los estantes inferiores de la biblioteca de su abuelo Whipple. La sacó de allí, e inmediatamente todos los viejos encantos y todas las maravillas se reavivaron para



él. Volvió a limpiarla y la colocó sobre la mesa. En los últimos años, el estado de salud de Phillips había empeorado mucho. Padecía una enfermedad incurable y sabía que sus días estaban contados; pero no quería morir sin volver a contemplar, una última vez, los mundos de belleza y de terror que encerraba la lámpara de Alhazred.

Encendió la lámpara otra vez y miró hacia las paredes. Pero sucedió algo extraño. En las mismas paredes donde antes le habían sido presentados los lugares y seres relacionados con la vida de Alhazred, surgía ahora la aparición mágica de un lugar muy conocido por Ward Phillips, pero no del tiempo actual, sino tal como era en una época pasada, un tiempo querido y perdido, cuando retozaba de chiquillo en las orillas del Seekonk, ocupado con los juegos que inspiraba a su imaginación la mitología griega. Allí estaba otra vez la niñez; allí estaban las ensenadas donde había pasado sus años de juventud; allí estaba la glorieta que había construido en honor del gran Pan; toda la irresponsabilidad y la feliz libertad de aquella niñez se reproducían sobre las paredes, porque lo que la lámpara reflejaba ahora eran sus propios recuerdos.

Anhelante, pensó que quizá siempre le había proporcionado la lámpara recuerdos ancestrales, pues ¿quién podía negar que su abuelo Whipple, cuando era joven, o los que le precedieron en la línea de Ward Phillips, habían visto todos aquellos lugares iluminados por la lámpara?

Y otra vez fue como si mirase por una puerta abierta. La escena le invitaba. Se levantó dificultosamente y caminó hacia la pared. No dudó más que un instante; luego siguió hacia los libros.

La luz del sol irrumpió repentinamente a su alrededor. Se sintió libre de sus cadenas y empezó a correr ligeramente a lo largo de la orilla del Seekonk, donde los escenarios de sus primeros años le esperaban para que rejuveneciese, para que volviera a empezar una vida en los tiempos apacibles, cuando el mundo era joven...

Se descubrió la desaparición de Ward Phillips cuando un admirador de sus cuentos, que sentía curiosidad por conocerle, vino a la ciudad a hacerle una visita. Se llegó a la conclusión de que se había sentido mal en el bosque y había fallecido allí, pues sus paseos solitarios eran bien conocidos por los vecinos de la calle Angell, así como el paulatino agravamiento de su salud.

Organizaron varias excursiones para explorar los alrededores de Nentaconhaunt y las orillas, pero no encontraron rastro de Ward Phillips. La policía confiaba en que algún día se encontrarían sus restos, pero nada descubrió y, con el tiempo, el misterio sin resolver se perdió en los archivos.

Los años pasaron. La casa de la calle Angell fue derribada, la biblioteca adquirida por algunas librerías, y lo que había en la casa se vendió como chatarra, incluyendo una vieja y antigua lámpara árabe, por la que nadie, en un mundo tecnológico posterior a la época de Phillips, se interesó y a la que no se encontró utilidad alguna.

## El Pescador Del Cabo Del Halcón

Por la costa de Massachusetts se rumorean muchas cosas acerca de Enoch Conger. Algunas de ellas sólo se comentan en voz muy baja y con grandes precauciones. Tan extraños rumores circulan a lo largo de toda la costa, difundidos por los hombres del mar del puerto de Innsmouth, sus vecinos, ya que él vivía a unas pocas millas más al sur, en el Cabo del Halcón. Ese nombre se debe a que allí, en las épocas migratorias, se puede ver a los halcones peregrinos, los esmerejones y aun los grandes gerifaltes sobrevolar aquella estrecha lengua de tierra que se adentra en el mar. Allí vivió Enoch Conger, hasta que no se le vio más, pues nadie puede afirmar que haya muerto.

Era fuerte, de pecho y hombros anchos, y con largos brazos musculosos. Pese a no ser un hombre viejo, llevaba barba, y coronaba su cabeza una cabellera muy larga. Sus ojos azules se hundían en un rostro cuadrado. Cuando llevaba su chubasquero de hombre de mar, con el sombrero haciendo juego, parecía un marino desembarcado de alguna vieja goleta siglos atrás. Era un hombre taciturno. Vivía solo en la casa de piedra y madera que él mismo había construido, donde podía sentir el viento soplar y escuchar las voces de las gaviotas, de las golondrinas, del aire y del mar, y desde donde podía admirar el vuelo de las grandes aves migratorias en sus viajes hacia tierras lejanas. Se decía de él que se entendía con ellas, que hablaba con las gaviotas y las golondrinas, con el viento y con el golpeante mar, y aun con otros seres invisibles que, sin embargo, emitían, en unos tonos extraños, algo parecido a los mudos sonidos de ciertas grandes bestias batracias, desconocidas en los pantanos y ciénagas de la tierra.

Conger vivía de la pesca, y aunque ésta escaseaba, le era suficiente. Por el día y por la noche echaba sus redes al mar; lo que sacaba lo llevaba a Innsmouth, a Kingsport, o aún más lejos, para venderlo. Pero una noche le vieron llegar solo a Innsmouth; no traía nada de pesca y permanecía con los ojos muy abiertos, atónitos, como si hubiese estado mirando mucho tiempo la puesta del sol y se hubiese quedado ciego. En las afueras de la ciudad, entró en una de las tabernas donde solía ir, se sentó en una silla, solo, y se puso a tomar una cerveza. Algunos curiosos que estaban acostumbrados a verle se acercaron a su mesa para beber con él, hasta que bajo los efectos del alcohol empezó a balbucear. Pero hablaba como si lo hiciese para sí mismo, y sus ojos no parecían ver a nadie.

Decía que había visto algo maravilloso esa noche. Había sacado su barca hasta el Arrecife del Diablo, situado a más de una milla de Innsmouth, y allí había echado su red. Sí, había sacado muchos peces; pero en su red había algo más; algo que era una mujer y que, sin embargo, no lo era; algo que le hablaba como un ser humano, pero con el tono gutural de una rana y con el acompañamiento de una música

aflautada como la que, en los meses de primavera, se oye en los pantanos; algo que tenía una gran incisión, profunda y ancha, en lugar de una boca, pero una infinita dulzura en sus ojos; algo que llevaba, bajo el pelo largo que caía de su cabeza, hendiduras como agallas; algo que le rogaba y le suplicaba para que le dejara volver a los fondos del mar; algo que le prometió, a cambio, su propia vida si alguna vez la necesitaba.

—Una sirena —dijo uno con una risotada.

—No era una sirena —dijo Enoch Conger—, porque tenía piernas, aunque los dedos de sus pies eran como los de los palmípedos, y tenía manos, aunque los dedos de sus manos eran como los de sus pies, y la piel de su cara era como la mía, aunque su cuerpo tenía el color del mar.

Se rieron de él, pero él no les escuchó. Sólo uno de ellos no se rió, porque había oído a los viejos hombres y mujeres de Innsmouth contar unas historias muy extrañas, que se remontaban a los tiempos de los barcos clíper y del comercio con las Indias Orientales. Según esos ancianos, en aquellos tiempos se habían celebrado algunas bodas entre hombres de Innsmouth y mujeres de las islas del Pacífico Sur; hablaban luego de extraños acontecimientos ocurridos en el mar, cerca de Innsmouth. Ese hombre no se rió, simplemente escuchó, se calló y luego se marchó, sin haberse unido a las risas burlonas de sus compañeros. Pero Enoch Conger no reparó en él, como tampoco se dio cuenta de las risas que había provocado. Continuó su relato; explicó cómo había sacado a la criatura de las redes en sus brazos, describió la sensación que le había producido el contacto con su piel fría y la textura de su cuerpo; contó cómo la había soltado, cómo la vio nadar y sumergirse entre las rocas del Arrecife del Diablo, cómo la vio aparecer de nuevo, levantar sus brazos una última vez hacia arriba y desaparecer para siempre.

Después de aquella noche, Enoch Conger volvió poco a la taberna. Cuando venía era para sentarse solo y eludir a cuantos le preguntaban por su «sirena» y querían saber si le había hecho alguna proposición antes de dejarla libre. Volvió a mostrarse taciturno, hablaba poco, bebía su cerveza y se iba. Lo único que se sabía era que ya no pescaba cerca del Arrecife del Diablo, que echaba sus redes en algún otro lugar próximo al Cabo del Halcón. Aunque se rumoreaba que temía volver a ver la cosa extraña que había cogido aquella noche entre sus redes, se le veía con frecuencia en la punta de la estrecha lengua de tierra, de pie, mirando al mar, como si esperase ver aparecer una embarcación en el horizonte, o el mañana que siempre ronda y nunca llega para los buscadores de futuro e incluso para muchos hombres, sea lo que sea lo que esperan y piden a la vida.

Enoch Conger se volvió cada vez más introvertido y él, que había sido un asiduo cliente de la taberna de Innsmouth, acabó por no aparecer más por allí. Se limitaba a traer el pescado al mercado y volvía apresuradamente a su casa con las provisiones que necesitaba. Mientras tanto, la historia de su sirena se extendió a lo largo de toda la costa, y tierra adentro hacia Arkham y Dunwich, por el Miskatonic, e

incluso más allá, en las negras y tupidas colinas donde vivía la gente menos inclinada a tomarse a broma estas cosas.

Pasó un año, y otro, y otro, y una noche llegó a Innsmouth la noticia de que Enoch Conger había resultado gravemente herido durante su solitaria pesca. Dos pescadores le habían visto al pasar tendido en su barca y le habían socorrido. Como su casa del Cabo del Halcón era el único lugar adonde quería ir, le llevaron allí, antes de ir rápidamente a buscar al doctor Gilman de Innsmouth. Cuando volvieron a casa de Enoch Conger, acompañados del médico, el viejo pescador había desaparecido.

El doctor Gilman se abstuvo de comunicar su opinión, pero los dos pescadores que le habían traído cuchichearon y contaron a quien quería oírlo el singular relato. Hablaron de la gran humedad que reinaba en la casa, de las innumerables gotas de agua que se deslizaban a lo largo de las paredes, que colgaban del picaporte de la puerta y que empapaban la cama donde habían dejado a Enoch Conger, antes de salir en busca del doctor. Hablaron de las huellas mojadas dejadas en el suelo por unos pies palmípedos. Aquellas huellas eran muy profundas a lo largo de todo su recorrido desde la casa hasta el mar, como si un gran peso, tan grande como el de Enoch Conger, hubiese sido llevado por esos pies, obligados a hundirse en el suelo a cada paso, hasta dejar la nítida impresión de su dibujo.

Pronto se enteró todo el mundo de lo sucedido. Pero la gente se reía de los pescadores, pues no había más que una sola línea de huellas, y Enoch Conger era un hombre demasiado pesado como para que alguien pudiese cargar con él todo ese recorrido. El doctor Gilman no había hecho el menor comentario, salvo que había visto pies palmípedos en algunos habitantes de Innsmouth, pero que los dedos de Enoch Conger, que había examinado en alguna ocasión, eran normales y no palmípedos. Algunos curiosos fueron a la casa del Cabo del Halcón para ver si podían descubrir algo nuevo. Pero volvieron desilusionados. No vieron nada, y se sumaron a los que se burlaban de los infelices pescadores. Al cabo de algún tiempo, aquellos dos pobres hombres fueron reducidos al silencio, y no faltaron quienes dejaron caer la sospecha de que ellos eran quienes habían hecho desaparecer a Enoch Conger y habían inventado aquella historia para encubrir su acción. Ese rumor se extendió también a otros lugares.

Dondequiera que haya ido, Enoch Conger no volvió a su casa del Cabo del Halcón. El viento y el tiempo la destruyeron a su antojo: arrancaron una tabla aquí y otra allá, desgastaron los ladrillos de la chimenea, rompieron las ventanas y hundieron el tejado. Las gaviotas, las golondrinas y los halcones que la sobrevolaban no volvieron a oír la voz que, en un tiempo, les había contestado. Poco a poco, a lo largo de la costa, los rumores que circulaban en torno al asesinato se acallaron, pero surgieron ciertos signos oscuros que, si bien descartaban cualquier posibilidad de homicidio, inducían a pensar en algún fenómeno mucho más aterrador e inexplicable.

Un día en que el venerable Jedediah Harper, patriarca de los pescadores de la costa, bajó a tierra con sus hombres, juró haber visto cerca del Arrecife del Diablo a un extraño grupo de criaturas que nadaban. Esos seres, según decía, no eran humanos del todo, ni batracios tampoco; eran criaturas anfibias que cruzaban el agua mitad al estilo de los seres humanos y mitad como ranas; formaban un grupo de más de cuarenta, y eran machos y hembras. Habían pasado cerca de su barca y brillaban a la luz de la luna, como unos seres espectrales surgidos de las profundidades del Atlántico. Parecían estar cantando a Dagon, un canto de alabanza. Y entre ellos, sí, formando parte del mismo grupo, había visto a Enoch Conger, nadando con los demás, desnudo como ellos, y uniendo su voz a las suyas en el cántico de alabanza. Atónito, le había llamado, Enoch se había vuelto para mirarle, y le había visto la cara. Luego todos, así como Enoch Conger, se sumergieron bajo las olas y no volvió a verlos más.

Cuentan que, por haber hablado tanto, el viejo hombre fue reducido al silencio por miembros de los clanes Marsh y Martin, que, según se decía, estaban emparentados con algunos habitantes del mar. La barca Harper no volvió a salir a la mar, el viejo no tenía ya que ganarse la vida, ni los hombres que habían formado su tripulación.

Transcurrió mucho tiempo hasta que, un día, un hombre joven; que había pasado su niñez en Innsmouth y se acordaba de Enoch Conger, regreso al puerto de esta ciudad y contó cómo él, en compañía de su hijo pequeño, habían salido a remar a la luz de la luna. Ya habían pasado el Cabo del Halcón cuando, de repente, justo detrás de su barca y tan cerca que hubiesen podido tocarle con un remo, surgió el torso desnudo de un hombre entre las olas. Se mantenía en el agua tal como si otros, a quienes no podían ver, le estuvieran sosteniendo por debajo. Su cara, el rostro de Enoch Conger, se volvía hacia el Cabo del Halcón y parecía mirar con nostalgia la casa que seguía allí en ruinas. El agua chorreaba de su largo pelo, de su barba, y resbalaba sobre su cuerpo oscuro; su piel, debajo de las orejas, tenía como dos grandes agallas. Y luego, tan extraña y repentinamente como había surgido, desapareció, sumergiéndose en el mar.

A lo largo de la costa de Massachusetts, cerca de Innsmouth, se rumorean muchas cosas acerca de Enoch Conger, y otras se insinúan en voz baja...

## La Hermandad Negra

*Probablemente las circunstancias que rodearon la misteriosa destrucción por el fuego de una abandonada casa situada en una colina, a orillas del Seekonk, en un distrito poco habitado entre los puentes de Washington y Red, no llegarán a conocerse nunca. La policía fue acosada por el número habitual de maniáticos que se ofrecían para facilitar informes sobre el asunto. Nadie más insistente que Arthur Phillips, el descendiente de una vieja familia del East Side, residente desde hacía mucho en la calle Angell. Era un joven algo extraño y a la vez formal; preparó un relato de los acontecimientos que, según él, condujeron al incendio. Aunque la policía habló con todas las personas mencionadas en el relato del señor Phillips, no obtuvo ninguna confirmación. Solamente sirvió de apoyo a la alegación del señor Phillips la declaración de una bibliotecaria del Ateneo, en el sentido de que, efectivamente, el señor Phillips se había reunido allí con la señorita Rose Dexter. A continuación se reproduce su relato.*

### 1

Por la noche, las calles de cualquiera de las ciudades de la Costa Este proporcionan al paseante nocturno visiones de lo extraño y lo terrible, de lo macabro y de lo insólito: al amparo de la oscuridad, salen de las rendijas y grietas, de las buhardillas y callejones de la ciudad aquellos seres humanos que, por razones tenebrosas y remotas, se guarecen durante el día en sus grises nichos. Ellos son los deformes, los solitarios, los enfermos, los ancianos, los perseguidos, y esas almas perdidas que están siempre buscándose a sí mismas bajo el manto de la noche, que les es más beneficioso de lo que jamás puede serlo para ellos la fría luz del día. Son los heridos por la vida, los mutilados, hombres y mujeres que nunca se han recuperado de los traumas de la niñez, o que han buscado experiencias no permitidas al hombre. En cualquier lugar en que la sociedad humana se ha concentrado por un período de tiempo considerable, allí están ellos, aunque sólo se les ve surgir en las horas de oscuridad, como mariposas nocturnas que se mueven en los alrededores de sus guaridas por breves horas antes de huir de nuevo cuando surge la luz del sol.

Como había sido un niño solitario al que dejaban hacer lo que le daba la gana, debido a mi persistente falta de salud, desarrollé muy pronto el hábito de deambular por las noches, al principio sólo en la calle Angell y la vecindad donde viví durante mi niñez, y luego, poco a poco, en un círculo más amplio de mi nativa Providence. Durante el día, si lo permitía mi salud, paseaba por el río Seekonk desde la ciudad hasta el campo abierto, o cuando me encontraba fuerte, jugaba con unos compañeros

escrupulosamente elegidos en una «casa-club» edificada en una zona boscosa no muy lejos de la ciudad. También me gustaba leer, y pasaba largas horas en la copiosa biblioteca de mi abuelo. Leía sin discriminación, y por lo tanto asimilaba una gran variedad de conocimientos, desde las filosofías griegas hasta la historia de la monarquía inglesa, de los secretos de la antigua alquimia a los experimentos de Niels Bohr, de la ciencia de los papiros egipcios a los estudios regionales de Thomas Hardy. Mi abuelo era muy católico en sus gustos en materia de libros: desdeñaba la especialización, y de todo lo que compraba sólo conservaba lo que, según él, era bueno; esto representaba, en el conjunto de sus lecturas, una variedad inaudita y a menudo desconcertante.

Pero la ciudad nocturna superaba todo lo demás; caminar era lo que prefería a cualquier otra cosa, y salía por las noches, durante los años de mi niñez y los de mi adolescencia, en el curso de los cuales procuré —pues las enfermedades esporádicas impedían mi asistencia al colegio— bastarme a mí mismo y me volví más y más solitario. No podría decir ahora qué es lo que buscaba con tanta insistencia en la ciudad durante la noche, qué me atraía de las calles mal iluminadas, por qué merodeaba por la calle Benefit y los alrededores sombríos de la calle Poe, casi desconocidas en la extensa Providence, qué esperaba ver en las caras furtivas de otros paseantes nocturnos que se deslizaban y escabullían por las oscuras calles y pasajes de la ciudad. Quizá fuese para escapar a las más intensas realidades del día, lleno de insaciable curiosidad acerca de los secretos de la vida de la ciudad que sólo la noche podía descubrir. Cuando por fin finalicé mis estudios de secundaria, se esperaba que me dedicaría a otros menesteres. Pero no fue así. Mi salud era demasiado precaria para garantizarme la matrícula en la Universidad de Brown, adonde me habría gustado ir para continuar mis estudios. Esta restricción sirvió sólo para incrementar mis ocupaciones solitarias: dupliqué mis horas de lectura y aumentó el tiempo durante el que paseaba por las noches, con la compensación de dormir durante las horas del día. Sin embargo, me las arreglaba para llevar una existencia normal; no abandoné a mi madre viuda, ni a mis tías, con quienes vivíamos. Mis compañeros de juventud se habían alejado de mí, pero me encontré con Rose Dexter, descendiente de las primeras familias inglesas que se instalaron en Providence, de ojos negros, de proporciones singularmente atractivas y de facciones de gran belleza. a quien persuadí para que compartiese mis paseos nocturnos.

Con ella continué la exploración de la Providence nocturna, con un nuevo aliciente: el ansia de enseñar a Rose todo aquello que yo ya había descubierto en mis paseos por la ciudad. Al principio nos encontrábamos en el viejo Ateneo, y continuamos encontrándonos allí cada tarde, y desde sus portales nos introducíamos en la noche de la ciudad. Lo que para ella empezó como una ocurrencia del momento, pronto se convirtió en un hábito. Demostraba tanto deseo como yo por conocer los ocultos pasajes, y los caminos no utilizados desde hacía ya muchos años, y se sintió pronto como en su casa en medio de la ciudad nocturna, al igual que yo.

Tampoco le gustaban las charlas intrascendentes, con lo que queda demostrado hasta qué punto nos complementábamos.

Durante algunos meses habíamos estado explorando Providence en esta forma, cuando una noche, en la calle Benefit, un hombre con una capa hasta la rodilla, sobre una ropa raída y arrugada, se acercó a nosotros. Le había visto antes al doblar la esquina: estaba a poca distancia de nosotros, detenido en la acera, y le observé al pasar delante de él. Me chocó, porque su cara de ojos negros y bigote, y el indomable pelo en la cabeza sin cubrir, me resultaron familiares. Además, al pasar, hizo intención de seguimos. Por fin nos alcanzó, me tocó en el hombro y habló conmigo.

—Señor —dijo—, ¿podría decirme cómo se va al cementerio donde estuvo Poe?

Se lo expliqué y después, movido por un repentino impulso, le sugerí que podíamos acompañarle adonde deseaba ir. Antes de que me diera cuenta plenamente de lo que había pasado, íbamos los tres caminando juntos. Observé en seguida con qué aire escrutador aquel individuo examinaba a mi compañera. Sin embargo, cualquier resentimiento que pudiese surgir en mí estaba descartado porque reconocía que el interés de ese extraño era inofensivo: resultaba más frío y crítico que pasional. También aproveché la ocasión para examinarle lo más atentamente posible, en los momentos fugaces en que la luz de las calles alumbraba el camino por el cual pasábamos, y me inquietaba cada vez más la certidumbre de que le conocía o le había conocido alguna vez.

Vestía totalmente de negro, excepto la camisa blanca y una ligera corbata de Windsor. Su ropa estaba muy arrugada, como si la hubiese llevado mucho tiempo. Sin haberse ocupado de ella, pero a primera vista no estaba sucia. Tenía la frente amplia, casi abovedada; bajo ella miraban con cierta obsesión sus oscuros ojos y el rostro se estrechaba hasta acabar en una pequeña y tiesa barbilla. Llevaba el pelo más largo de como se estilaba entre las gentes de mi edad, y sin embargo parecía pertenecer a esa misma generación; no aparentaba ser más de cinco años mayor que yo. Pero definitivamente, su vestimenta no era la de mi generación; aunque su aspecto era nuevo, parecía cortada con un patrón de una generación anterior.

—¿Es usted forastero en Providence? —le pregunté.

—Estoy de paso —dijo en seguida.

—¿Se interesa usted por Poe?

Asintió.

—¿Qué sabe de él? —le pregunté.

—Muy poco —dijo—. ¿Podría usted contarme algo sobre él?

No hacía falta que me lo dijese dos veces. En seguida le solté un apunte biográfico del padre de las historias de detectives y maestro de los cuentos macabros, cuyas obras yo admiraba desde hacía mucho tiempo. Cité simplemente su romance con la señora Sara Helen Whitman, pues se refería a Providence y a la visita con la señora Whitman al cementerio al que nos dirigíamos. Pude observar que escuchaba con atención extasiada, y parecía estar grabando en su mente todo cuanto le decía.



Pero no podía deducir de su rostro inexpresivo si lo que le con taba le agradaba o le desagradaba, ni qué interés podría tener en ello.

Por su parte, Rose era consciente de la atracción que provocaba, pero no se sentía avergonzada, quizá porque intuía que era debida a un interés distinto del amor. Sólo en el momento de preguntarle ella cómo se llamaba me di cuenta de que ignorábamos su nombre. Nos dio el de «señor Allan». Al oírlo, Rose sonrió casi imperceptiblemente; observé su sonrisa mientras paseábamos bajo una farola de la calle.

Una vez que supo nuestros nombres, nuestro acompañante no parecía interesado en nada más, y silenciosamente llegamos por fin al cementerio. Pensé que el señor Allan entraría, pero no tenía ese propósito; sólo pretendía localizarlo para poder volver de día. Era una sensata conclusión: para mí tenía atractivo a aquellas horas por haberlo pateado a menudo de noche, pero ofrecía poco encanto a un extraño, incapaz de ver nada en plena oscuridad.

Nos despedimos en la entrada, y Rose y yo continuamos.

—He visto a ese hombre antes en algún sitio —le dije a Rose cuando nos habíamos alejado lo suficiente para que no pudiera oírnos—. Pero no logro recordar dónde. Quizá en la biblioteca.

—Debe de haber sido en la biblioteca —contestó Rose con aquella risa quebrada tan frecuente en ella—. En un retrato de la pared.

—¡Vamos! ¿Qué dices? —grité.

—¡Pero si estoy segura de que te diste cuenta del parecido, Arthur! —dijo—. Incluso de su nombre. Se parece a Edgar Allan Poe.

En efecto, se parecía. En cuanto Rose lo dijo me di cuenta de la gran semejanza, incluso en su ropa, y en seguida califiqué al señor Allan de inofensivo idólatra de Poe. Un hombre tan obsesionado con su ídolo que iba a su estilo, incluso con una ropa pasada de moda. ¡Otro de los extraños ejemplares de la raza humana que callejaban de noche por la ciudad!

—Bien, es el tipo más extraño que hemos encontrado desde que empezamos nuestros paseos —dije.

Su mano apretó mi brazo.

—Arthur, ¿no *sentiste* algo, algo *extraño* que emanaba de él?

—Bueno, supongo que algo «extraño» trasluce de todos nosotros, los que buscamos la oscuridad —dije—. En cierto modo, tendemos a crear nuestra propia realidad.

Pero mientras le contestaba, me daba cuenta de lo que quería decirme. Ya no había necesidad de la aclaración que buscaba ella afanosamente en las palabras de explicación que pronunció a continuación. Sí, había algo extraño en el señor Allan, y lo que había era una profunda falsedad. Se notaba, ahora lo veía claro y lo aceptaba, en un buen número de cosas triviales, pero particularmente en la falta de expresión de sus facciones. Su forma de hablar, a pesar de haber sido poco locuaz, no tenía

entonación, era casi mecánica. No había sonreído, ni se había alterado la expresión de su rostro. Había hablado con una precisión que sugería un distanciamiento de la mayoría de los hombres. Incluso el interés manifiesto que mostraba por Rose era más clínico que admirativo. Al tiempo que se despertaba mi curiosidad, creció en mí una bocanada de aprensión. Preferí llevar el tema de nuestra conversación por otros derroteros y acompañé a Rose a su casa.

## 2

Era inevitable, sospecho, que me encontrase de nuevo con el señor Allan. Ocurrió dos noches después, no lejos de la puerta de mi casa. Quizá resulte absurdo, pero no pude evitar el pensamiento de que estaba esperándome, que su ansiedad por encontrarse conmigo era tan grande como la mía.

Le saludé jovialmente, como a un compañero nocturno más, y me di cuenta en seguida de que, aunque su voz remedaba mi propia jovialidad, ningún trazo de emoción asomaba a su rostro; permanecía absolutamente impasible, hierático, como diría un escritor romántico. Ni un atisbo de sonrisa aparecía en su rostro, ni había ningún reflejo en sus brillantes ojos negros. Y ahora, como me habían sugerido, pude apreciar que el parecido con Poe era asombroso, tanto que de haberme dicho el señor Allan que era descendiente de Poe, le habría creído sin dudarlo.

Pensé que se trataba de una, curiosa coincidencia, y nada más. El señor Allan no hizo en esta ocasión ninguna mención de Poe o de nada relacionado con Providence. Parecía, era evidente, más interesado en escucharme que en hablar. Se mostraba tan singularmente hermético como si de hecho no nos hubiésemos visto antes. Pero tal vez buscaba algún terreno común, pues en cuanto mencioné que colaboraba con artículos semanales relacionados con la astronomía en el *Journal* de Providence, empezó a tomar parte en la conversación; lo que había sido durante algunas manzanas un monólogo, se convirtió en diálogo.

Pronto me di cuenta de que el señor Allan no era un novato en cuestiones astronómicas. Escuchaba ansiosamente mis puntos de vista, pero él mantenía los suyos, diferentes a los míos y a veces muy discutibles. No se mostró remiso en manifestar que no sólo era posible un viaje interplanetario, sino que innumerables estrellas, no sólo planetas de nuestro sistema solar, estaban habitadas.

—¿Por seres humanos? —pregunté incrédulamente.

—¿Por qué tendrían que ser seres humanos? —replicó—. La vida es única, no el hombre. Incluso aquí, en este planeta, la vida toma muchas formas.

Le pregunté si había leído las obras de Charles Fort.

No lo había hecho. No sabía nada de él, y al pedírmelo, le expliqué algunas de las teorías de Fort, así como los hechos que aducía para apoyar estas teorías. Ví que de cuando en cuando, mientras caminábamos, la cabeza de mi acompañante se

balanceaba, aunque su cara permanecía inexpresiva; era como si estuviese de acuerdo. Y en una ocasión llegó a exclamar.

—Sí, así es. Lo que él dice es así.

Fue al hablar yo de objetos voladores no identificados vistos cerca de Japón durante la última mitad del siglo diecinueve.

—¿Cómo puede afirmar eso? —interrogué.

Se lanzó a una extensa perorata, que podía resumirse así: en el terreno de la astronomía, todo científico que estuviera al día tenía la certeza de que no había vida solamente en la tierra. Por tanto, al igual que se podían concebir cuerpos celestes con formas de vida inferiores a la nuestra, otros podrían dar cabida a formas superiores. Si se aceptaba esta premisa, era perfectamente lógico que los viajes interplanetarios no tuvieran misterios para esas formas superiores y pudiesen, tras décadas de observación, familiarizarse con la Tierra y sus habitantes, así como con los demás planetas hermanos.

—¿Con qué propósito? —le pregunté—. ¿Para hacer la guerra? ¿Para invadirnos?

—Un modo de vida tan desarrollado no tendría necesidad de emplear tales métodos primitivos —señaló—. Nos vigilan, al igual que nosotros vigilamos la luna y escuchamos las señales de radio de los planetas. Nosotros estamos aún en las primeras etapas de la comunicación interplanetaria, y no digamos de los viajes espaciales, mientras que otras razas en estrellas remotas hace mucho que han superado ambas cosas.

—¿Cómo puede hablar con tanta seguridad? —le pregunté entonces.

—Porque estoy convencido de ello. Seguramente habrá conocido a gente que ha llegado a conclusiones similares.

Admití que así era.

—¿Se considera usted un hombre sin prejuicios por lo que respecta al tema?

Admití esto también.

—¿Tanto es así que examinaría ciertas pruebas si le fueran presentadas?

—Ciertamente —repliqué, aunque no debió pasarle inadvertido mi escepticismo.

—Eso está bien —dijo—. Si nos permite a mí y a mis hermanos ir a su casa de la calle Angell, puede ser que le convenzamos de que hay vida en el espacio. No con forma humana, pero vida. Vida de unos seres poseedores de una inteligencia muy superior a la de los hombres más inteligentes.

Me resultaba cómica la magnitud de sus aseveraciones y de sus creencias, pero no lo demostré en ningún momento. Su confianza me hizo pensar otra vez en el cúmulo de personajes que pueden encontrarse entre los paseantes nocturnos de Providence. El señor Allan era un obseso de sus inauditas convicciones y como todos los obsesos ansiaba hacer proselitismo, convertir a la gente.

—Cuando quiera —dije como invitación—. Cuanto más tarde mejor, para dar tiempo a que mi madre se acueste. Los experimentos no le hacen gracia.

—¿Digamos el próximo lunes por la noche?

—De acuerdo.

A partir de ese momento, mi acompañante no volvió a hablar del tema. Apenas se refirió a otras cuestiones, y de hecho me tocó a mí hablar todo el rato. Evidentemente se aburría; no habíamos recorrido tres manzanas cuando llegamos a un callejón y allí el señor Allan se despidió de mí bruscamente, se volvió hacia el callejón y se lo tragó la oscuridad.

¿Estaría su casa al final del callejón?, pensé. De no ser así, tendría que salir inevitablemente por el otro extremo. Impulsivamente corrí alrededor de la manzana y me puse a esperar en una calle paralela, en las sombras. Desde allí podía observar la entrada del callejón sin ser visto.

El señor Allan salió tranquilamente del callejón antes de que me diera tiempo a recobrar la respiración. Esperaba que continuase a través del callejón, pero no fue así; bajó por la calle, y acelerando un poco el paso, continuó su camino. Movido por la curiosidad, le seguí, procurando mantenerme oculto. Pero el señor Allan nunca se volvió a mirar. Con la mirada fija delante de él, no le ví dirigir la vista ni una sola vez siquiera a derecha o izquierda. Se dirigía claramente a un sitio determinado que sólo podía ser su casa, pues ya era más de medianoche.

Me fue fácil seguir a mi acompañante. Conocía bien estas calles, las conocía desde mi niñez. El señor Allan se dirigía al Seekonk, y mantuvo esta ruta, sin desviarse, hasta que llegó a una zona de Providence. Una vez allí, se dirigió hacia una casa hace ya tiempo deshabitada. Se introdujo en ella, y no le volví a ver. Aguardé un poco más, esperando ver alguna luz encenderse en la casa, pero no fue así, y llegué a la conclusión de que se había acostado.

Afortunadamente me había mantenido en las sombras, puesto que al parecer el señor Allan no se había acostado. Parecía que había pasado por la casa y rodeado la manzana entera, pues de repente le vi acercarse a la casa, en la dirección en que habíamos venido, y una vez más pasó por delante del lugar en que me ocultaba, y se introdujo en la casa, de nuevo sin encender ninguna luz.

Esta vez, ciertamente, se quedó dentro. Esperé unos cinco minutos, quizá más; entonces di media vuelta y me encaminé hacia mi casa de la calle Angell, convencido de haber hecho lo mismo que el señor Allan la noche en que nos conocimos: me había seguido. Sí, había llegado a la conclusión de que nuestro encuentro esta noche no había sido fruto del azar, sino premeditado.

Sin embargo, algunas manzanas más allá, me sorprendí al ver que él, Allan, se acercaba en dirección a mí, procedente de la calle Benefit. Traté de explicarme cómo se las había arreglado para dejar la casa otra vez y dar un rodeo hasta conseguir caminar derecho hacia mí. Quise imaginar en vano la ruta que pudo haber tomado para lograrlo. El caso es que pasó a mi lado sin aparentar reconocermelo.

Pero no cabía duda: era él. La misma semejanza con Poe le distinguía de cualquier otro caminante nocturno. Ahogué su nombre en mi boca y me volví para mirarle. En ningún momento volvió la cabeza, y caminó hacia adelante, dirigiéndose con paso seguro hacia el lugar que yo había dejado momentos antes. Le vi desaparecer mientras intentaba en vano, todavía, trazar en mi mente la ruta que tendría que haber tomado, en medio de los vericuetos y callejuelas tan familiares para mí, para hacer posible que me tropezase de nuevo con él cara a cara.

Vamos a ver: nos habíamos encontrado en la calle Angell, luego caminamos hacia Benefit y el norte, y nos volvimos hacia el río otra vez. Tenía que haber corrido mucho para poder dar la vuelta y regresar. ¿Y a qué propósito obedecía seguir semejante ruta? Me dejó totalmente perplejo, especialmente porque ni siquiera había dado muestras de conocerme, como si fuésemos completamente extraños.

Pero si los acontecimientos de la noche me habían dejado tan confundido, más lo estaba aún al encontrarme con Rose en el Ateneo la noche siguiente. Me esperaba, y corrió hacia mí en cuanto me vio.

—¿Has visto al señor Allan? —me preguntó.

—Ayer por la noche —le respondí, y habría continuado con la explicación de los hechos de no haber vuelto a hablar ella.

—¡Yo también! Me acompañó desde la biblioteca a casa.

Me callé lo que iba a decir y le escuché. El señor Allan había estado esperando a que saliese de la biblioteca. La había saludado y le había preguntado si podía pasear con ella. Anduvieron durante una hora, pero sin hablar mucho. Lo poco que dijeron fue muy superficial: vaguedades referentes a las antigüedades de la ciudad, la arquitectura de algunas casas, y cuestiones similares, de interés para quien sintiera curiosidad por los aspectos históricos de Providence. Luego la acompañó a casa. Ella había estado con el señor Allan en un lugar de la ciudad a la vez que yo había estado con él en otro. Ninguno de nosotros teníamos la menor duda respecto a la identidad de nuestro acompañante.

—Le vi después de medianoche —dije.

Era parte de la verdad, pero no toda.

Esta extraordinaria coincidencia debía de tener alguna aplicación lógica, aunque no estaba dispuesto a discutirla con Rose, para que no se alarmase. El señor Allan había hablado de «sus hermanos»; entraba dentro de lo posible que el señor Allan tuviese un gemelo idéntico. Pero ¿qué explicación cabía para lo que obviamente resultaba decepcionante? Uno de nuestros acompañantes no era, no podía ser el mismo señor Allan con quien previamente habíamos paseado. Pero ¿cuál de ellos? Yo estaba seguro de que mi acompañante era el mismo señor Allan al que habíamos conocido dos noches antes.

Sin darle importancia, y en vista de las circunstancias, hice a Rose algunas preguntas en relación con la identidad de su acompañante, a ver si en algún momento de nuestro diálogo salía a relucir si era el mismo al que había visto yo. No

dudaba en absoluto; estaba plenamente convencida de que su acompañante era el mismo hombre que había paseado con nosotros dos noches antes; pues al parecer incluso había hecho varias referencias al paseo nocturno anterior. No tenía motivos para dudar, y yo preferí callarme. Había un extraño misterio aquí: los hermanos tenían alguna razón oculta para interesarse por nosotros. Había una razón distinta a la de compartir nuestro interés por los paseantes de la ciudad y por los lugares desconocidos que se desvelan únicamente con el crepúsculo y se desvanecen otra vez, desapareciendo con el amanecer.

Sin embargo, mi compañero de la víspera se había citado conmigo, mientras que el de Rose, que yo supiera, no había planeado otro encuentro con ella. Pero ¿por qué había esperado a encontrarse con ella? Esta línea de investigación no era válida ante la evidencia de que ninguno de los seres con quienes me encontré anoche, después de haber dejado a mi compañero en su casa, podía haber acompañado a Rose, pues ella vivía muy lejos del lugar en que por última vez me crucé con el extraño individuo; no podía haber tenido tiempo de dejarla en la puerta de su casa y, simultáneamente, encontrarse conmigo casi al otro extremo de la ciudad. Una inquietante sensación comenzó a invadirme. ¿Eran quizá tres Allan —todos idénticos—, trillizos? ¿O cuatro? No, seguramente el segundo señor Allan que me encontré la noche anterior era el mismo con quien habíamos estado paseando hasta el cementerio dos noches antes. El que sí podía ser otro era el de mi tercer encuentro.

Por mucho que intentase pensar en ello, el rompecabezas continuaba sin resolverse. Aguardaba con cierto ánimo desafiante la cita del lunes por la noche con el señor Allan, para la que sólo faltaban dos días.

### 3

Aun así, no estaba bien preparado para la visita del señor Allan y sus hermanos en la noche del lunes siguiente. Llegaron a la diez y cuarto; mi madre acababa de subir a acostarse. Esperaba, como máximo, a tres personas. Eran siete. Y tan parecidos como los guisantes en una vaina, tanto que no era capaz de distinguir entre ellos al señor Allan con quien había paseado dos veces por las nocturnas calles de Providence, aunque deduje que era el que hablaba del grupo.

Se encaminaron al salón, y el señor Allan inmediatamente se dispuso a colocar las sillas en semicírculo. Le ayudaban sus hermanos, mientras él murmuraba algo acerca de la «naturaleza del experimento». A decir verdad, yo estaba aún demasiado sorprendido e inquieto con la apariencia de los siete hombres idénticos, tan pasmosamente semejantes a Edgar Allan Poe, como para darme verdadera cuenta de lo que se decía. Pude observar también, a la luz de mi lámpara de gas Welsbach, que los siete eran de una complexión pálida, cerúlea, no hasta el punto de dudar que fuesen de carne y hueso como yo, pero sí para pensar que a todos les aquejaba algún

tipo de enfermedad, anemia quizá, o que algún mal hereditario había dejado sus rostros carentes de color. Sus ojos eran muy negros y parecían mirar fijamente, aunque sin ver. Pero no se trataba de un defecto de percepción; era como si vieses gracias a un extrasentido invisible para mí. La sensación que experimenté no era predominantemente de miedo, sino de abrumadora curiosidad mezclada con una cada vez mayor intuición de algo extremadamente desconocido no sólo para mi experiencia, sino para mi propia existencia.

Pocas cosas reseñables habían sucedido hasta el momento entre nosotros. Pero en cuanto el semicírculo se completó, y mis visitantes se sentaron, el que llevaba la voz cantante me señaló una silla situada dentro del semicírculo y de cara a los hombres sentados.

—¿Quiere tomar asiento aquí, señor Phillips? —preguntó.

Hice lo que me indicaba y me encontré con que me había convertido en el centro de todas las miradas. Más que el objeto, el foco de sus miradas: los siete hombres no parecían mirarme a mí, sino mirar a través de mí.

—Nuestra intención, señor Phillips —dijo el que llevaba la voz cantante, a quien tomé por el caballero con quien me había encontrado en la calle Benefit— es producir en usted ciertas impresiones de vida extraterrestre. Todo lo que tiene que hacer es relajarse y ser receptivo.

—Estoy listo —dije.

Creí que iban a pedirme que amortiguase la intensidad de la luz, cuestión que forma parte integrante de este tipo de sesiones, pero no lo hicieron. Esperaron un rato en silencio, un silencio sólo roto por el tic-tac del reloj del hall y el alejado murmullo de la ciudad, y entonces comenzaron algo que sólo puedo describir como un cántico, un tarareo bajo, no desagradable, casi arrullador, que aumentaba en volumen y era interrumpido por sonidos que imaginé palabras aunque no podía distinguir ninguna. La canción que cantaban, y la forma en que cantaban, eran indescriptibles, extrañas; en clave menor, los intervalos de los tonos no se parecían a ningún sistema de música terrestre que pudiera serme familiar, aunque me parecía más oriental que occidental.

Tuve poco tiempo para percatarme de la música, pues pronto me sobrecogió una sensación de profundo malestar. Las caras de los siete hombres se tomaron difusas y se fundieron en un rostro borroso. Tuve la intolerable sensación de que me barría el paso de miles de años de tiempo. Llegué a la conclusión de que algún tipo de hipnosis era responsable de mi estado, pero me daba igual; la experiencia a la que me estaba sometiendo era totalmente nueva y no desagradable, aunque había en ella una nota discordante, como de algún mal acechando detrás de las relajantes sensaciones que se acumulaban y me arrastraban. Gradualmente, la lámpara, las paredes y los hombres que tenía delante se emborronaron y desvanecieron. Me daba cuenta de que todavía estaba en mi casa de la calle Angell, pero al mismo tiempo presentía que de alguna forma había sido trasladado a otros lugares, y empezó a

manifestarse un sentimiento de alarma ante el desconocimiento de lo que me rodeaba, así como de repulsión y alienación. Era como si temiese la pérdida del conocimiento en un lugar extraño, sin medios para volver a la tierra, pues lo que presenciaba era una escena extraterrestre, de unas proporciones de grandeza y magnificencia incomprensibles para mí.

Vastas panorámicas del espacio se arremolinaban ante mí en una dimensión desconocida, y en el centro veía una colección de cubos gigantes, esparcidos en una ensenada de agitada radiación violeta. Entre ellos se movían otras figuras enormes, cambiantes, unos conos rugosos cuya talla alcanzaba los diez pies de altura y que reposaban sobre su base compuesta de un material semielástico, con escamas y bultos. De sus ápices salían cuatro miembros flexibles, cilíndricos, cada uno por lo menos de un pie de ancho, y de una sustancia similar, aunque más parecida a la carne, a la de los conos. Estos eran los supuestos cuerpos de los miembros que los coronaban. Según pude observar, tenían la capacidad de contraerse y dilatarse algunas veces hasta alcanzar una medida de largo similar a la altura del cono al que estaban adheridos. Dos de estos miembros tenían unas enormes garras en el extremo, mientras que un tercero llevaba una cresta de cuatro apéndices rojos con forma de trompeta, y el cuarto acababa en un globo amarillo de dos pies de diámetro, en medio del cual había tres enormes ojos, de un ópalo oscuro, que, dada su posición en el miembro elástico, podían volverse en cualquier dirección. Fue una escena que me causó gran fascinación, pero al mismo tiempo me inspiraba una repelencia atroz, dada la absoluta extrañeza y el aura de terribles descubrimientos que se desprendía de ella. Con mayor claridad y distinción, pude ver las figuras moverse: parecían *atender* a los grandes cubos; logré ver que sus extrañas cabezas estaban coronadas por cuatro grandes tallos grises con apéndices similares a unas flores y que, en su parte inferior, ostentaban ocho tentáculos sinuosos y elásticos, del color verde alga, constantemente agitados en un movimiento de serpentina. Esos tentáculos se dilataban y se contraían, se alargaban y se acortaban; azotaban de un lado a otro como si tuviesen una vida independiente de aquella que animaba a los conos, que parecían más perezosos. La escena estaba bañada en un descolorido resplandor rojo, como el de un sol moribundo que, habiendo perdido a su planeta, hubiese ocupado ahora el lugar de la radiación violeta de la ensenada.

Me causó un indescriptible impacto; era como si se me hubiese permitido mirar a otro mundo, un mundo increíblemente mayor que el nuestro, diferente al nuestro por distintos valores antipódicos y formas de vida, y lejos del nuestro en el tiempo y el espacio; y mientras miraba a este vasto mundo, me di cuenta —como si este conocimiento estuviera introduciéndose en mí por algún sistema psíquico— que contemplaba una raza destinada a morir, una raza que tenía que escapar de su planeta o morir. Espontáneamente, intuí la amenaza de un mal, y con un rápido y violento esfuerzo, me deshice del hechizo del cántico que me tenía apresado, exterioricé la excitación del miedo que me poseía, irrumpí en un grito de protesta y



me levanté mientras la silla en que estaba sentado se caía hacia atrás estrepitosamente

De inmediato la escena que discurría ante mis ojos se desvaneció y la habitación volvió a enfocarse. Enfrente de mí estaban sentados mis visitantes, los siete caballeros parecidos a Poe, impasibles y silenciosos. Los sonidos que habían emitido, el tararear y las extrañas palabras y ruidos tonales, habían cesado.

Me calmé y mi pulso se hizo más pausado.

—Lo que ha visto, señor Phillips, era una escena de otra estrella lejana —dijo el señor Allan—, muy alejada en el espacio. De hecho, pertenece a otro universo. ¿Le ha convencido?

—¡Basta ya! —grité.

No podía decir si mis visitantes se divertían o me despreciaban; no tenían expresión alguna, incluido su portavoz, que se limitó a inclinar la cabeza levemente y decir:

—Nos vamos, entonces, con su permiso.

Y silenciosamente, uno tras otro, desfilaron por la puerta que daba a la calle Angell.

Aquella experiencia me había dejado una impresión sumamente desagradable. No poseía pruebas de haber visto algo de otro planeta, pero podía atestiguar que había sido preso de una extraordinaria alucinación, indudablemente por influencia hipnótica.

¿Pero cuál era su razón de ser? Lo pensé mientras ordenaba el salón. No me era posible aducir ninguna razón sólida para demostrar lo que había presenciado. Era incapaz de negar que mis visitantes habían mostrado poseer facultades extraordinarias. Pero ¿con qué fin? Tenía que admitir que me confundía tanto la aparición de nada menos que siete hombres idénticos, como la experiencia alucinante que acababa de vivir. Quintillizos, era posible, sí, ¿pero alguien había oído hablar de siete gemelos? Tampoco eran usuales los nacimientos múltiples de niños idénticos. Y sin embargo había siete hombres poco más o menos de la misma edad e idénticos en apariencia, de cuya existencia no cabía la más mínima explicación.

Tampoco tenía ningún significado palpable la escena que había presenciado durante la demostración. De alguna forma había comprendido que los grandes cubos eran seres vivos y sensibles para quienes la radiación violeta era como la vida: me di cuenta de que las criaturas de los conos les servían en alguna forma, pero nada había descubierto que lo demostrase. La visión entera carecía de sentido: era una de esas escenas que podía haber sido creada por una imaginación altamente organizada, y telepáticamente dirigida a un sujeto que se prestase a ello, como, por ejemplo, yo mismo. Era ridículo demostrar así la existencia de vida extraterrestre; lo único que demostraba era que yo había sido víctima de una alucinación inducida. Pero, una vez más, se trataba de un círculo vicioso. Como alucinación, no tenía razón de ser.

Y sin embargo, esa noche no conseguí evitar una insistente inquietud que me atenazó durante largo tiempo, hasta que pude dormir.

#### 4

Lo raro es que mi malestar fue en aumento a medida que transcurría la mañana siguiente. Pese a estar acostumbrado a las curiosidades humanas, a los frecuentes e increíbles personajes y las extrañas cosas que encontraba en mis paseos nocturnos por Providence, las circunstancias que rodeaban al señor Allan y sus hermanos, todos tan parecidos a Poe, eran tan extraordinarias que no podía quitármelos de la mente.

Instintivamente, dejé mi trabajo esa tarde y me dirigí a la casa del callejón a orillas del Seekonk, dispuesto a enfrentarme con mi acompañante nocturno. Pero la casa, cuando llegué a ella, tenía aspecto de estar totalmente desierta; cortinas raídas colgaban por el antepecho de las ventanas y, en torno, todo era cenizas de abandono.

Sin embargo, llamé a la puerta y esperé.

No hubo respuesta. Llamé otra vez.

No parecía haber nadie dentro de la casa.

Arrastrado por la curiosidad, intenté abrir la puerta. Y se abrió nada más tocarla. Dudé aún, y miré a mi alrededor. No había nadie a la vista; por lo menos dos de las casas de la vecindad estaban desocupadas. Y si me estaban vigilando, yo no lo notaba.

Abrí la puerta y entré en la casa. Permanecí de pie durante un momento con mi espalda contra la puerta, para acostumbrarme a la oscuridad crepuscular que llenaba las habitaciones. Entonces anduve cautelosamente a través del pequeño vestíbulo hacia la habitación contigua, una salita llena de muebles tapizados por lo menos veinte años antes. Ni rastro de seres humanos, aunque existían indicios de que no hacía mucho alguien había andado por allí y había dejado huellas en el polvo visible del suelo sin alfombras. Crucé la habitación y entre en un pequeño comedor. Lo crucé también, y me encontré en una cocina. Al igual que el resto de las habitaciones tenía pocas trazas de haber sido utilizada, pues no había nada de comida, y la mesa parecía que no se había usado en años. Pero aquí también había un gran número de huellas que demostraban que la casa estaba habitada. Y la escalera demostraba asimismo un uso intenso.

Pero fue en la parte posterior de la casa donde descubrí lo que mayor desasosiego me produjo. Esta parte del edificio consistía en una gran habitación, aunque era evidente que antiguamente habían sido tres, pues en las paredes quedaban sin enfoscar los agujeros de los tabiques que las habían separado. Vi esto con el rabillo del ojo, pues lo que había en el centro de la habitación atraía poderosamente mi atención. Una luz violeta bañaba la habitación, un suave

resplandor que emanaba de una especie de largo bloque introducido en un cristal, rodeado, junto a un segundo bloque, similar y apagado, de maquinaria de una clase que nunca había visto antes, excepto en mis sueños.

Entré cautelosamente en la habitación, alerta por si alguien interrumpía mi intromisión. Nadie ni nada se movió. Me acerqué más a la caja de cristal encendida de violeta. Había algo dentro de ella, aunque al principio no me percaté de esto, pues me fijé en que estaba sobre una reproducción de tamaño natural de Edgar Allan Poe, iluminada, como todo lo demás, por la misma luz violeta. No podía determinar su origen, excepto que estaba envuelta en una sustancia parecida al cristal que formaba el envase. Pero cuando finalmente me di cuenta de qué era lo que había encima de la reproducción de Poe, casi grité de miedo, pues era una miniatura, una exacta reproducción de uno de esos conos rugosos que sólo había visto ayer por la noche en la alucinación a la que había sido inducido en mi casa de la calle Angell. ¡Y el sinuoso movimiento de los tentáculos de su cabeza —o lo que yo creía que era su cabeza— evidenciaba indiscutiblemente que estaba vivo!

Me retiré rápidamente con una ojeada al otro envase para asegurarme de que estaba vacío y sin ocupar, aunque conectado por muchos tubos metálicos al otro que estaba paralelo a él; me fui rápidamente haciendo el menor ruido posible, pues estaba convencido que los hermanos de la noche dormían arriba y en mi confusión por esta inexplicable revelación que situaba mi alucinación de la noche anterior en otras coordenadas, no quería encontrarme con nadie. Me fui de la casa sigilosamente, aunque me pareció ver la sombra de una de esas caras tan parecidas a la de Poe en una de las ventanas superiores. Corrí a lo largo de las calles que unían el Seekonk con el río Providence, corrí durante muchas manzanas antes de ponerme a caminar más despacio, pues empezaba a llamar la atención en mi loca carrera.

Mientras caminaba, intentaba poner en orden mis caóticos pensamientos. No podía dar ninguna explicación a lo que había visto, pero sabía intuitivamente que me había topado con un peligro amenazante demasiado oscuro y repelente, y quizá demasiado vasto para poder comprenderlo. Busqué un significado pero no pude hallar ninguno; nunca había tenido una preparación muy científica, aparte de la química y la astronomía, de modo que no estaba preparado para comprender el empleo de máquinas tan grandes como las que había visto en esa casa alrededor de ese bloque encendido de violeta donde estaba el cono rugoso en cálida y animadora radiación portadora de vida. De hecho no era capaz de asimilar siquiera la misma maquinaria, pues sólo existía una remota similitud con algo que podía haber visto antes, como la dínamo de una central eléctrica. Estaban todas las máquinas conectadas de algún modo a los dos bloques, y a los envases de cristal —si el material era cristal—, uno ocupado, el otro vacío y oscuro, también unidos entre sí por unos tubos.

Pero había visto suficiente para convencerme de que el oscuro clan fraternal que caminaba por las calles de Providence durante la noche con vestimenta y aspecto

de Edgar Allan Poe paseaba por motivos diferentes a los míos; los suyos no eran simple curiosidad acerca de los personajes nocturnos, de los colegas paseantes de la noche. Quizá la oscuridad era su estado más natural, al igual que la luz del sol era la de la mayoría de las personas; pero sus motivos eran siniestros, no podía dudarlo. Sin embargo, no lograba imaginarme lo que iba a suceder después.

Por fin dirigí mis pasos hacia la biblioteca, con la vaga esperanza de tropezarme con algo que me diese una clave para llegar a comprender lo que había visto.

Pero nada. Por mucho que busqué no encontré clave alguna, ningún indicio, aunque leí atentamente toda referencia concebible —incluso las de la estancia de Poe en Providence— a mi alcance sobre los estantes, y dejé la biblioteca tarde, tan desconcertado como cuando había llegado.

Quizá era inevitable que volviese a encontrarme con el señor Allan otra vez esa noche. No había forma de saber si mi visita a su casa había sido observada, a pesar de que creía haber visto a un observador en la ventana de arriba en el momento de mi huida, cuando estaba algo turbado. Pero esa sospecha mía no debía de tener fundamento alguno, pues cuando me encontré con el señor Allan más tarde, y le saludé en la calle Benefit, no había nada en su actitud o en sus palabras que dejase notar su posible conocimiento de mi intromisión. Ahora bien, yo ya conocía su habilidad para mantener su rostro impermeable a toda expresión: humor, disgusto, incluso enfado o irritación eran ajenos a sus facciones, que nunca abandonaban esa máscara introspectiva que caracterizaba a Poe.

—Espero que se haya recuperado de nuestro experimento, señor Phillips —dijo, después de intercambiar las frases de costumbre.

—Totalmente —le contesté, aunque no era cierto. Añadí algo acerca de un repentino marco, que había precipitado el final del experimento.

—Es uno de los mundos exteriores lo que vio, señor Phillips —continuó el señor Allan—. Son muchos. Cien mil por lo menos. La vida no es propiedad exclusiva de la Tierra. Tampoco la vida en forma de seres humanos. La vida toma muchas formas en otros planetas y estrellas, formas que aparecerían extrañas para los humanos, al igual que la vida humana resulta extraña a esas otras formas de vida.

Por una vez, el señor Allan se mostraba singularmente comunicativo, y yo tenía poco que decir. Estaba claro, creyese yo o no que lo que había visto era una alucinación —incluso ante el descubrimiento que había hecho en casa de mi acompañante— que él creía sin la menor reserva en lo que decía. Hablaba de muchos mundos, como si le fuesen familiares todos ellos. En un momento dado habló casi con reverencia de ciertas formas de vida, particularmente de aquellas que tenían una asombrosa capacidad de adaptación para tomar las formas de vida de otros planetas en su incesante búsqueda de las condiciones necesarias para su existencia.

—La estrella que ví —le interrumpí— estaba muriéndose.

—Sí —dijo simplemente.

—¿La ha visto usted?

—La he visto, señor Phillips.

Le escuché con alivio. Ya que era imposible que ningún hombre pudiese ver la vida propia del espacio exterior, lo que yo había experimentado no era más que la transmisión de una alucinación del señor Allan y sus hermanos. Comunicación telepática, ciertamente, ayudada con una especie de hipnosis que no había experimentado antes. Aun así no podía deshacerme de la inquietante sensación de peligro que rodeaba a mi acompañante nocturno, ni del malestar que se había apoderado de mí, pues aquella explicación que me había apresurado a aceptar resultaba sumamente ingenua.

En cuanto pude, presenté mis excusas al señor Allan y me marché. Me fui de prisa y directamente al Ateneo con la esperanza de encontrar a Rose Dexter, pero ya se había marchado, si es que estuvo allí. Fui al teléfono público del edificio y la llamé a su casa.

Contestó Rose, y confieso que sentí al instante una sensación de alivio.

—¿Has visto al señor Allan esta noche? —le pregunté.

—Sí —replicó—. Pero sólo unos instantes. Iba camino de la biblioteca.

—Yo también le he visto.

—Me pidió que fuese a su casa alguna noche para ver un experimento —continuó.

—No vayas —le dije en seguida.

Hubo un largo silencio al otro lado del teléfono.

—¿Por qué no?

Desafortunadamente no me di cuenta del acento de crueldad que había en su voz.

—Sería preferible que no fueras —dije con toda la firmeza que pude.

—¿No cree, señor Phillips, que soy yo quien debe decidirlo?

Me apresuré a asegurarle que yo no era quién para juzgar sus acciones; sólo le sugería que podría ser peligroso ir.

—¿Por qué?

—No puedo decírtelo por teléfono —contesté, plenamente convencido de que sonaba a tonto, y de que a la vez era cierto que no podría poner en palabras todas las terribles sospechas que habían empezado a aparecer en mi mente, pues eran tan fantásticas, tan extrañas, que nadie se las creería.

—Lo pensaré —dijo quebradamente.

—Intentaré explicártelo cuando te vea —le prometí.

Me dio las buenas noches y colgó con una intransigencia que no presagiaba nada bueno y que me dejó profundamente preocupado.

Llego ahora al final de los apocalípticos acontecimientos concernientes al señor Allan y al misterio que rodeaba la casa en el olvidado callejón. Dudo en ponerlos aquí, incluso ahora, pues sé de sobra que el cargo que ya pesa contra mí se agravaría y daría lugar a serias dudas con respecto a mi salud mental. Pero no me queda otro remedio. De hecho, el futuro entero de la humanidad, el curso de todo lo que llamamos civilización, puede verse afectado por lo que pueda o no pueda escribir acerca de esta cuestión. Los acontecimientos culminantes se desarrollaron con rapidez tras la conversación mantenida con Rose Dexter, ese insatisfactorio intercambio telefónico.

Tras un día de trabajo inquietante y lleno de desasosiego, llegué a la conclusión de que tenía que dar una explicación justificativa a Rose. A la noche siguiente, fui temprano a la biblioteca, donde solía encontrarme con ella, y me coloqué en un lugar desde el que podía ver la entrada principal. Allí esperé durante más de una hora hasta que se me ocurrió que a lo mejor no iba a la biblioteca aquella noche.

Otra vez recurrí al teléfono, con intención de preguntarle si podía acercarme a verla para explicarle lo de la noche anterior.

Fue su cuñada, y no Rose, quien contestó al teléfono.

Rose había salido

—Un caballero la llamó.

—¿Le conoce usted? —pregunté.

—No, señor Phillips.

—¿Oyó su nombre?

No lo había oído. De hecho sólo le había visto parcialmente cuando Rose salió presurosa a encontrarse con él, pero ante mi insistencia admitió que el caballero que había llamado a Rose tenía bigote.

¡El señor Allan! No necesitaba averiguar más.

Colgué y durante unos momentos no supe qué hacer. Quizá Rose y el señor Allan se dedicaban solamente a pasear a lo largo de la calle Benefit. Pero tal vez habían ido a esa casa misteriosa. Sólo pensar en ello me llenó de una aprensión tal que me hizo perder la cabeza.

Salí de la biblioteca y me dirigí a casa. Eran las diez cuando llegué a la casa de la calle Angell. Afortunadamente mi madre se había acostado, de modo que pude coger la pistola de mi padre sin molestarla. Una vez cargada, caminé apresuradamente a través de una Providence invadida por la noche, manzana tras manzana, hacia la orilla del Seekonk y el callejón en que estaba la extraña casa del señor Allan, sin percatarme del espectáculo que, para otros paseantes nocturnos, representaba la prisa incontrolada con la que caminaba. De todos modos, no me importaba, pues quizá la vida de Rose estaba en peligro, y más allá de eso, poco definido, rondaba un mal más espantoso aún y mayor.

Cuando llegué a la casa en que había desaparecido el señor Allan, me sorprendieron su soledad y sus ventanas oscuras. Aturdido, dudaba en continuar, y

esperé durante un minuto o dos para tomar aire y tranquilizar mi pulso. Entonces, siempre en las sombras, me moví silenciosamente hacia la casa, vigilando el menor rayo de luz.

Di la vuelta a la casa desde la puerta delantera a la trasera. No se veía el más mínimo rayo de luz. Pero sí podía oírse un tararear bajo, un sonido vibrante, como el silbido de un cable respondiendo al viento. Crucé hacia un extremo de la casa, y ahí ví indicios de luz, no luz amarilla, como de una lámpara en el interior, sino una pálida radiación color lavanda que parecía emanar tenuemente de la propia pared.

Me retiré, recordando vívidamente lo que había visto en la casa.

Pero mi papel no podía ser pasivo. Tenía que saber si Rose estaba en la casa oscura, quizá en aquella misma habitación de la maquinaria desconocida y el envase de cristal con el monstruo dentro de la radiación violeta.

Di la vuelta hacia la parte delantera de la casa, y subí los escalones que conducían a la puerta de entrada.

De nuevo la puerta estaba abierta. Cedió a la presión de mis dedos. Me paré únicamente para coger la pesada arma en mis manos, empujé la puerta y entré en el vestíbulo. Me detuve un instante para acostumbrar mis ojos a la oscuridad; ahí de pie, percibía mejor el sonido tarareante que había oído, y algo más: el mismo tipo de cántico que me había dejado en estado hipnótico cuando fui testigo de la turbadora visión que supuestamente era la vida en otro mundo.

Me di cuenta de su significado inmediatamente. Pensé que Rose estaría con el señor Allan y sus hermanos, pasando por una experiencia similar.

¡Ojalá no hubiese sido más que eso!

Pues cuando entré en la gran habitación de la parte trasera de la casa, ví algo que para siempre se quedará grabado en mi mente. Alumbrada la habitación por la radiación del envase de cristal, podía ver al señor Allan y sus hermanos postrados en el suelo alrededor de los dos envases, entregados a su cántico. Detrás de ellos, junto a la pared, yacía —en su tamaño natural— la reproducción de Poe que yo había visto bajo la extraña criatura en el envase de cristal bañado por la radiación violeta. Pero no era el señor Allan y sus hermanos lo que me produjo el profundo shock y me repelió. ¡Fue lo que ví en los envases de cristal!

En el que daba resplandor a la habitación con su pulsante y agitada radiación violeta, estaba Rose Dexter, completamente vestida, y ciertamente bajo hipnosis. Y encima de ella estaba, alargado y con sus tentáculos azotando furiosamente, la figura de cono rugoso que la última vez había visto encogerse sobre la silueta de Poe. Y en el envase que se conectaba —casi me espanta anotar aquí—, yacía, idéntica en todos los detalles, *¡un duplicado perfecto de Rose Dexter!*

Lo que ocurrió a continuación estaba confuso en mi mente. Sé que perdí el control, que disparé a ciegas contra los envases de cristal, intentando romperlos. Sé que le dí a uno o a ambos, pues el impacto de la radiación se desvaneció, la habitación quedó sumida en la oscuridad, gritos de miedo y de alarma por parte del

señor Allan y sus hermanos, y entre la sucesión de explosiones de la maquinaria, corrí hacia adelante y cogí a Rose Dexter.

No sé cómo, alcancé la calle con Rose.

Miré hacia atrás y ví que las llamas aparecían en las ventanas de la maldita casa, y entonces, inesperadamente, la pared norte se derrumbó, y algo —un objeto que no pude identificar— salió de la casa en llamas y se esfumó en el cielo. Salí corriendo, con Rose en mis brazos.

Una vez que recuperó el sentido, Rose se puso histérica, pero al fin logré calmarla y se quedó callada, sin querer decir nada. En silencio la llevé a casa. Sabía lo terrible que tenía que haber sido su experiencia, y estaba dispuesto a no decir nada hasta que se hubiese recuperado totalmente.

En el curso de la semana siguiente, pude darme cuenta con toda claridad de lo que había ocurrido en la casa del callejón, pero el delito de incendio —del que me culpaban, en lugar de otro mucho más serio, por la pistola que había abandonado en la casa ardiendo— había cegado a la policía y rechazaban cualquier interpretación de los hechos que tuvieran algo que ver con cuestiones extraterrestres. He insistido en que viesan a Rose Dexter cuando estuviese recuperada y pudiese hablar, y desease hacerlo. No puedo hacerles entender lo que yo ahora comprendo perfectamente. Pero los hechos están ahí, indiscutibles. Dicen que la carne achicharrada encontrada en la casa no es humana, al menos la mayor parte de ella no lo es. ¿Podían esperar otra cosa? ¿Siete hombres parecidos a Edgar Allan Poe? ¡Tienen que comprender que lo que había dentro de la casa procedía de otro mundo, de un mundo agonizante, que pretendía invadir y tomar posesión de la Tierra reproduciéndose con forma humana! Tienen que saber que el primer modelo humano elegido por esos seres para reencarnarse había sido, por casualidad, Poe, escogido porque ignoraban que no representaba el tipo medio de hombre. Y han de saber, como yo llegué a saber, que el cono rugoso provisto de tentáculos, en la radiación violeta, era el origen de su forma material, y que la maquinaria y los tubos —que decían habían quedado demasiado estropeados por el incendio para poder identificarlos, ¡como si hubiesen podido identificar su función aun sin estar destrozados!— creaba, a partir del material suministrado por el cono en la luz violeta, material que simulaba carne, unas criaturas con forma humana y parecidas a Poe.

El propio «señor Allan» me proporcionó la clave, aunque no lo supe entonces, cuando le pregunté por qué la humanidad era objeto de escrutinio interplanetario: «¿Para hacer la guerra? ¿Para invadimos?»; y respondió: «*Una forma de vida tan desarrollada no tendría necesidad de utilizar métodos tan primitivos*». ¿Podía algo servir de explicación mejor que esto para la extraña ocupación de la casa a orillas del Seekonk? Desde luego, era evidente ahora que lo que el «señor Allan» y sus hermanos me ofrecieron en mi propia casa era una visión del planeta de los cubos y los conos rugosos, su planeta.



Y seguramente lo más abominable de todo, evidente para cualquier observador imparcial, era la razón por la cual querían a Rose. Pretendían reproducir a su especie en la forma de hombres y mujeres, para poder mezclarse con nosotros, sin ser detectados, sin sospechar de ellos, y lentamente, a lo largo de décadas, quizá de siglos, mientras su mundo moría, tomar y preparar la Tierra para aquellos que viniesen después.

¡Sólo Dios sabe cuántos de ellos puede haber aquí, entre nosotros, incluso ahora!

Más tarde. No he podido ver a Rose todavía, esta noche, y no sé si llamarla. Me ocurre algo terrible. Me siento preso de horribles dudas. No lo pensé durante esa terrible experiencia, después de los disparos en la habitación iluminada de violeta, y es ahora cuando he empezado a preguntármelo, y mi preocupación ha ido creciendo hora tras hora, hasta convertirse en insoportable. ¿Cómo puedo estar seguro de que en esos minutos de locura rescaté a la *verdadera* Rose Dexter? Si lo hice, sin duda, ella me lo confirmará esta noche. Si no lo hice ¡Dios sabe lo que he soltado, sin quererlo, sobre Providence y el mundo!

Extracto de *The Providence Journal*, 17 de julio:

#### *UNA MUCHACHA DE LA VECINDAD MATA A SU AGRESOR*

*Rose Dexter, hija del señor Elisha Dexter y señora, del 127 de la calle de Benevolent, repelió y dio muerte ayer noche a un joven al que acusó de haberla agredido. La señorita Dexter fue encontrada en un estado de histeria mientras corría por la calle Benefit, en las cercanías de la Catedral de San Juan, cerca del cementerio donde tuvo lugar el suceso.*

*Su agresor fue identificado como un viejo amigo, Arthur Phillips...*

## La Habitación Cerrada

### 1

A la hora del crepúsculo, el salvaje y solitario campo cercano a la villa de Dunwich, en la parte central del norte de Massachusetts, parece más despojado y amenazador que durante el día. El crepúsculo tiñe los campos desolados y las colinas con raras tonalidades que hacen resaltar todos los elementos del paisaje. Desde los árboles antiguos, las paredes de piedra rodeadas de rosales y cercanas a la polvorienta carretera, los bajos pantanos con su profusión de luciérnagas y sus inevitables chotacabras que compiten con el croar de las ranas y el canto ronco de los sapos, hasta las sinuosas curvas que forma el Miskatonic en su curso superior al fluir entre las oscuras montañas hacia el mar y que parecen cerrarse en torno al visitante en un intento de agarrarle y no dejarle escapar, todo parece impregnado de una tensa vigilia sensiblemente hostil.

Camino de Dunwich, Abner Whateley sintió todo esto otra vez, como lo había sentido en una ocasión cuando era niño y había salido corriendo y pidiendo con gritos de terror a su madre que le llevase lejos de Dunwich y lejos del abuelo Luther Whateley. ¡Hacía tantos años! Había perdido la cuenta. Era curioso que aquel paisaje le siguiera afectando de aquel modo, pese a todos los años que habían transcurrido desde entonces —sus años en La Sorbona, en El Cairo, en Londres—, pese a todo lo que había aprendido y asimilado como experiencias desde aquel momento y que hacían parecer más remotas aún sus tempranas visitas al ceñudo y anciano abuelo Whateley en su vieja casa cercana al molino a orillas del Miskatonic. La campiña de su niñez salía ahora de la neblina del tiempo como si hubiese sido ayer cuando visitó por última vez a sus familiares.

Ya no quedaba nadie: mamá, el abuelo Whateley, la tía Sarah, a la que nunca había visto y sólo sabía que vivía en algún lugar de la vieja casa, el odioso primo Wilbur y su terrible hermano gemelo que pocos habían conocido antes de su espantosa muerte en la cima de Sentinel Hill. Pero, según pudo comprobar mientras atravesaba el puente cubierto, Dunwich no había cambiado. La calle principal se hallaba bajo el tenebroso pico de Round Mountain. Sus tejados, de estilo holandés, estaban tan podridos como siempre, sus casas desiertas, y sólo se mantenía en pie la vieja iglesia con el campanario roto. Pesaba sobre todo aquello un aura de destrucción.

Se desvió de la calle principal y tomó una carretera escarpada que ascendía por la ribera, hasta que llegó a un lugar en el que había una gran casa y un molino con una enorme rueda en la orilla del río. Era ahora propiedad suya. El testamento del

abuelo Whateley estipulaba que se asentase en la propiedad y «diese los pasos necesarios para llegar a la disolución que yo mismo no pude realizar». Una curiosa condición, pensó Abner. Pero, por otro lado, todo cuanto concernía al abuelo Whateley había sido extraño, como si la decadencia de Dunwich le hubiese contagiado irremisiblemente.

Nada resultaba más extraño que la llegada de Abner Whateley, abandonando una vida cosmopolita para cumplir con los deseos de su abuelo y hacerse cargo de una propiedad que casi no compensaba el esfuerzo que suponía llevarla adelante. Reflexionando tristemente, pensó que los parientes, que aún vivían cerca de, o en el propio Dunwich, podrían tomar a mal su regreso, teniendo en cuenta la extraña reclusión en que habían vivido la mayoría de los Whateley de la vecindad, particularmente desde los terribles acontecimientos que habían sacudido a la familia Whateley en Sentinel Hill.

La casa parecía estar como siempre. La parte que daba a la orilla del río estaba ocupada por el molino, que hacía ya mucho tiempo había dejado de funcionar, y cada vez aparecían más arrasados los campos que contorneaban Dunwich. Salvo una habitación sobre el molino —la de la tía Sarah—, la parte del edificio que lindaba con el Miskatonic había sido abandonada desde los tiempos de su juventud, desde la última vez en que Abner Whateley había visitado a su abuelo, que vivía solo, con excepción de la tía Sarah, a la que nadie veía nunca y que habitaba en su habitación cerrada, con la puerta atrancada. Nunca andaba por la casa porque se lo tenía terminantemente prohibido su padre, de cuya dominación sólo la muerte logró liberarla.

Una galería semiderruida en una de las esquinas de la casa rodeaba la parte habitada; en el entramado que soportaba el alero había grandes telarañas, a las que nadie, excepto el viento, molestaba a lo largo de los años. Y el polvo estaba en todas partes, dentro y fuera, según pudo comprobar Abner cuando descubrió la llave correcta entre todas las que le mandó el abogado. Encontró una lámpara y la encendió; el abuelo Whateley tenía proscrita la electricidad. Al amarillento resplandor de la luz, la vieja cocina que le era tan familiar, con su mobiliario del siglo XIX, le afligió con violencia. Su desolación, las sillas y mesas hechas a mano, el reloj de cien años en la repisa, la escoba gastada, todo eran tangibles recuerdos de su niñez obsesionada por el miedo que le producían sus visitas a la formidable casa y su aún más formidable ocupante, el viejo padre de su madre.

La luz de la lámpara dejaba entrever algo más. En la mesa de la cocina había un sobre dirigido a él, con una letra tan desgarrada que sólo podía ser de un hombre muy viejo o poco firme: su abuelo. Sin preocuparse de traer el resto de las cosas del coche, Abner se sentó a la mesa, sopló el polvo de la silla y un trozo de la mesa para permitirle poner los codos, y abrió el sobre.

Una escritura encrespada apareció ante él. Las palabras eran tan severas como recordaba que había sido su abuelo. Comenzaba bruscamente, sin una palabra de afecto, ni tan siquiera un saludo estereotipado.

«Nieto:

»Cuando leas esto, hará ya meses que me habré muerto. Quizá más, a no ser que te encuentren antes de lo que preveo. Te he dejado una cantidad de dinero — todo lo que tengo a la hora de mi muerte — que actualmente está en el banco de Arkham a tu nombre. No hago esto sólo porque seas mi único nieto, sino porque entre todos los Whateley —somos un clan numeroso, hijo— tú has recorrido mundo y has recopilado conocimientos suficientes como para permitirte mirar las cosas con mente inquisidora, sin la superstición de la ignorancia ni la superstición de la ciencia. Tú entenderás lo que quiero decir.

»Es mi deseo que por lo menos la parte de esta casa que da al molino sea destruida. Que se deshaga tabla a tabla. Si encuentras algo vivo en ella, te ordeno solemnemente que lo mates. No importa su pequeñez. No importa su forma. A lo mejor te parece humana, pero puede engañarte y poner en peligro tu vida y sabe Dios la de cuántos otros.

»Prométeme que lo harás.

»Si parece que suena a locura, por favor recuerda que algo peor que la locura ha caído sobre los Whateley. Yo me he librado. No ha ocurrido lo mismo con todo lo que me ha pertenecido. Aquellos que se niegan a creer en lo que no saben y niegan su existencia son locos aún más testarudos que aquellos de nuestra sangre que han sido culpables de terribles prácticas y blasfemias contra Dios, y cosas peores.

»Tu abuelo,

*Luther S. Whateley»*

¡Típico del abuelo!, pensó Abner. Recordó, traído a su recuerdo con esta enigmática y severa comunicación, que una vez en que su madre mencionó a su hermana Sarah, tapándose en seguida la boca con los dedos, él había corrido hacia su abuelo a preguntarle:

—Abuelo, ¿dónde está la tía Sarah?

El viejo hombre le había mirado con ojos del tamaño de una basílica y contestó:

—Muchacho, aquí no se habla de Sarah.

La tía Sarah había ofendido al abuelo en alguna forma espantosa —espantosa al menos para ese fanático de la disciplina—, pues desde ese día, en el recuerdo de Abner Whateley, su tía había sido simplemente el nombre de una mujer, hermana mayor de su madre, encerrada en una gran habitación sobre el molino, invisible tras esas paredes, con las contraventanas firmemente clavadas. Se les había prohibido a

Abner y a su madre pasar ante la puerta de la habitación cerrada. Pese a ello, en una ocasión Abner se había encaramado a la puerta y había pegado la oreja contra ella para escuchar los ruidos de respiración y los quejidos que provenían del interior, como si fuesen de una persona voluminosa. Había decidido que la tía Sarah debía de ser tan grande como una de esas gordas de circo. Había que ver lo que devoraba, a juzgar por los platos de comida. Principalmente comía carne, que debía prepararse ella misma, pues generalmente estaba cruda. Se la llevaba a la habitación dos veces al día el viejo Luther Whateley, pues no había criados en la casa. Y no los había habido desde que la madre de Abner se había casado, tras el regreso de la tía Sarah, que volvió muy extraña y aturdida de visitar a un pariente en Innsmouth.

Dobló la carta y la metió de nuevo en el sobre. Pensaría en el contenido otro día. Necesitaba ante todo encontrar un sitio para dormir. Salió fuera, sacó las dos maletas que había dejado en el coche y las trajo a la cocina. Entonces tomó la lámpara y entró en el interior de la casa. Pasó sin detenerse por el anticuado salón, que se mantenía cerrado salvo cuando venían visitas, y nadie más que los Whateley visitaban a los Whateley en Dunwich. Se dirigió a la habitación de su abuelo; era lógico que ocupase la habitación de su abuelo, ya que él era ahora, y no Luther Whateley, el dueño.

La gran cama doble estaba cubierta de ejemplares descoloridos del *Arkham Advertiser*, cuidadosamente colocados para proteger la delicada tela de la colcha, que había sido bordada con un trabajoso diseño, indudablemente una herencia de los Whateley. Colocó la lámpara en el suelo y retiró los periódicos. Cuando abrió la cama vio que estaba fresca y limpia, lista para ser ocupada; algún primo de su abuelo, conocedor de su próxima llegada, se habría ocupado de esto después de las exequias.

Tomó sus maletas y las llevó a la habitación, que estaba en una esquina de la casa, en el punto más alejado del pueblo: aunque apartadas de la orilla, sus ventanas daban al río. Abrió la que tenía una tela metálica en la parte inferior y se sentó en el borde de la cama, pensando en las circunstancias que le habían traído a Dunwich después de tantos años.

Se sentía agotado. El denso tráfico de Boston le había cansado. El contraste entre la región de Boston y el desolado territorio de Dunwich le deprimía y le resultaba incómodo. Además, le invadía una impalpable inquietud. De no haber necesitado la herencia para continuar sus investigaciones en el extranjero acerca de las antiguas civilizaciones del Pacífico Sur, no habría venido aquí. Pero los lazos familiares existían, por mucho que los negase. El viejo Luther Whateley siempre había sido severo y dictatorial, pero era el padre de su madre, y el nieto debía lealtad a su sangre.

Round Mountain se elevaba fuera, cercano a la habitación; sentía su presencia como la había sentido cuando era niño y dormía arriba. Los árboles, durante mucho tiempo sin podar, se apelotonaban contra la casa; y de uno de ellos, a esta hora de profundo crepúsculo, caía en el tranquilo aire de verano el sonido de las notas de un búho. Se reclinó por un momento, adormecido por el extraño y agradable canto del

búho. Un millar de pensamientos se acumularon en su mente, innumerables recuerdos. Se vio otra vez de pequeño, siempre algo asustado de divertirse a solas en estos vedados alrededores, siempre contento al llegar y más contento aún al marcharse.

Pero no podía permanecer así, aunque le resultase cómodo: había tanto que hacer antes de irse que no podía permitirse ni un mínimo descanso, si no quería comenzar con mal pie su nebulosa tarea. Se levantó de la cama, tomó otra vez la lámpara y empezó a hacer una ronda por la casa.

Fue al comedor, que estaba entre la habitación y la cocina. El comedor tenía un mobiliario duro, incómodo, artesanal. De ahí se dirigió al salón. El mundo que se ofrecía al abrir la puerta, por los detalles del mobiliario y la decoración, era más cercano al siglo XVIII que al XIX, y, desde luego, muy alejado del XX. La ausencia de polvo era debida a lo bien que ensamblaban las puertas que separaban esta habitación del resto de la casa. Subió por las escaleras al piso de arriba y recorrió habitación tras habitación. Todas estaban polvorientas, con las cortinas descoloridas, y el aspecto general era de no haber sido ocupadas durante muchos años, incluso antes de que muriese el viejo Luther Whateley.

Entonces llegó al pasillo que conducía a la habitación cerrada, el escondrijo o prisión de la tía Sarah, ya no podría saber qué había sido, e, impulsivamente, bajó y se paró delante de la puerta prohibida. Ningún sonido de respiración, ningún quejido le saludaba ahora, nada en absoluto mientras permanecía enfrente de ella, recordando, aún fascinado por el hechizo de la prohibición de su abuelo.

Pero no había razón alguna para continuar respetándola. Sacó el llavero y pacientemente probó una llave tras otra en la cerradura, hasta encontrar la que correspondía a ella. Saltó el pestillo y empujó. La puerta se abrió con un chirrido. Alzó la lámpara.

Había esperado encontrar el dormitorio de una mujer, pero la habitación cerrada ofrecía un aspecto sorprendente: había ropa de cama tirada por todas partes, almohadas en el suelo, restos de comida seca en una gran bandeja escondida detrás de un escritorio. Un extraño olor íctico dominaba el cuarto, y le abofeteó con tal dosis de humedad que casi no pudo reprimir una mueca de asco. La habitación estaba destrozada; además, tenía el aspecto de haber estado en ese desorden salvaje durante mucho, mucho tiempo.

Abner depositó la lámpara en el escritorio separado de la pared, cruzó hacia la ventana que daba al molino y la abrió. Forcejeó para abrir las contraventanas hasta que recordó que habían sido clavadas. Entonces se apartó, alzó un pie y dio una patada a las contraventanas para que una bocanada de aire fresco penetrara en la habitación.

Dio la vuelta y del mismo modo hizo saltar las contraventanas de la pared contigua. Hasta que se separó para ver lo que había hecho no se dio cuenta de que había roto la pequeña esquina de la ventana que se abría sobre la rueda del molino.

Un primer sentimiento de pesar se borró al recordar que su abuelo insistía en que el molino, al igual que la habitación, se destruyese. ¡Qué importaba una ventana rota!

Volvió para recoger la lámpara. Al hacerlo, dio un empujón al escritorio para colocarlo junto a la pared. En ese momento, a sus pies, escuchó un crujido. Miró hacia allí. Una rana de patas muy largas o quizá un sapo —no podía distinguir— se escabulló debajo del escritorio. Estuvo tentado de echar fuera al animal, pero pensó que su presencia no importaba demasiado. Si había sido capaz de sobrevivir en este cuarto, cerrado durante tanto tiempo, alimentándose de cucarachas y otros insectos, merecía que lo dejaran tranquilo.

Salió, cerró la puerta de nuevo y regresó al dormitorio principal. Pensó que, aunque fuera de modo superficial, por lo menos había dado un primer paso. Había examinado el terreno, por así decirlo. Y tras su pequeña ronda estaba el doble de cansado que antes. Aunque no era tarde, decidió irse a la cama y empezar temprano por la mañana. Había que ocuparse aún del viejo molino; quizá algo de su maquinaria, si quedaba alguna, podía venderse, y lo rueda era ahora una pieza rara: pocas ruedas de molino habían sobrevivido a su época.

Permaneció durante unos instantes en la galería. Acusó con cierta sorpresa los sonidos de los grillos y saltamontes, y el más sobrecogedor coro de chotacabras y ranas, que surgían de todas partes para asaltarle con una ensordecedora insistencia de tal proporción como para mitigar incluso el sonido procedente de Dunwich. Estuvo allí hasta que ya no pudo tolerar las voces de la noche por más tiempo; entonces volvió a entrar, cerró la puerta, y se dirigió al dormitorio.

Se desvistió y se metió en la cama. Al cabo de una hora no había logrado dormirse, enervado por el coro de sonidos naturales generados fuera de la casa y dentro de él mismo, y por una creciente confusión acerca de lo que había dicho su abuelo sobre la «disolución» que él no había sido capaz de realizar... Pero por fin entró en un sueño intranquilo.

## 2

Se despertó al amanecer. Había descansado poco. Toda la noche había soñado con lugares extraños y seres que le llenaban de belleza y admiración y terrores. Nadaba en las profundidades del océano y en el Miskatonic entre los peces, los anfibios, y unos seres con aspecto de hombres y de batracios. Monstruosas entidades yacían durmiendo en una misteriosa ciudad de piedra en el fondo del mar, todo ello acompañado de música terriblemente extraña: flautas mezcladas a inquietantes sonidos ululares de gargantas muy distintas de las gargantas humanas. El abuelo Whateley, de pie ante él, le miraba con gesto de acusación, derramando su cólera por haber osado entrar en la habitación de la tía Sarah.

Estaba preocupado, pero le distrajo la necesidad de ir a Dunwich a buscar las provisiones que había olvidado traer con tantas prisas. La mañana estaba clara y soleada; las avefrías y los tordos cantaban, y las perlas de rocío sobre las hojas y la hierba reflejaban la luz como miles de joyas por el camino de curvas que conducía a la calle principal del pueblo. A medida que se aproximaba se animaba más; silbaba alegremente, y esperaba cumplir cuanto antes sus compromisos, y después huiría de este desolado agujero con su humanidad decadente.

Bajo la luz del sol, la calle principal de Dunwich no era más acogedora que lo había sido bajo el crepúsculo del día anterior. El pueblo se escondía entre el Miskatonic y la abrupta falda del Monte Redondo. Era un oscuro y extraño nido de habitantes que no parecía haber entrado en el año 1900, como si el tiempo hubiese tropezado con un muro en el último recodo del siglo pasado. Su alegre silbido se desvaneció y murió. Desvió su mirada de los edificios ruinosos. Evitó las miradas sin expresión de los paseantes y fue directamente a la vieja iglesia convertida en tienda, que sabía encontraría fachosa y mal cuidada, igual que el resto del pueblo.

Un dependiente de cara delgada le observó acercarse por la nave lateral. Oteaba en sus facciones algo conocido.

Abner se dirigió a él y le pidió tocino, café, huevos y leche.

El dependiente le escudriñó. El permaneció quieto.

—Usted debe ser un Whateley —dijo por fin—. No creo que me conozca. Soy su primo Tobías. ¿Cuál de ellos es usted?

—Soy Abner, el nieto de Luther —dijo de mala gana.

La cara de Tobías Whateley se heló.

—El hijo de Libby. Sí, Libby, la que se casó con Jeremiah. ¿Pero es que han vuelto otra vez a casa de Luther? ¿No iban a empezar cosas raras otra vez?

—No hay nadie más que yo —dijo Abner secamente—. ¿A qué cosas sé refiere?

—Si tú no lo sabes, no soy yo quien tiene que decírtelo.

Y Tobías Whateley no volvió a decir nada. Dio a Abner lo que éste necesitaba, tomó el dinero de mal humor y, mal encarado, le siguió con la mirada cuando salía de la tienda.

Abner estaba desagradablemente afectado. El brillo de la mañana se había atenuado para él, aunque el sol brillaba desde el mismo cielo despejado. Se apresuro a salir de la calle principal y de la tienda, y corrió por el camino hacia la casa que no hacía mucho tiempo había dejado.

Le molestó aún más descubrir, delante de la casa, un antiguo carromato tirado por un viejo caballo de labor. A su lado, estaba un niño de pie. Dentro se sentaba un viejo de barbas blancas que, al ver acercarse a Abner, pidió ayuda al niño para descender trabajosamente al suelo y permanecer de pie esperando a Abner.

Mientras Abner se acercaba, el niño tomó la palabra sin sonreír.

—El bisabuelo le hablará.



—Abner —dijo el anciano con voz temblorosa, mientras Abner se fijaba por primera vez en lo viejo que era.

—Este es el bisabuelo Zebulón Whateley —dijo el niño.

El hermano del abuelo Luther Whateley. El único Whateley que vivía de su generación.

—Venga, señor —dijo Abner ofreciendo su brazo al viejo.

Zebulón Whateley lo tomó.

Los tres anduvieron lentamente hacia la galería, donde el viejo se detuvo enfrente de los escalones. Volvió hacia Abner unos ojos negros rematados en tupidas cejas blancas, y movió la cabeza suavemente.

—Ahora, si me traes una silla, me sentaré.

—Trae una silla de la cocina, niño —dijo Abner.

El niño corrió hacia las escaleras y entró en la casa. Salió con la misma rapidez, trayendo una silla para el viejo. Le ayudó a sentarse y permaneció de pie a su lado, mientras Zebulón Whateley tomaba aliento.

Clavó la mirada en Abner. Observaba con especial detenimiento su ropa, que, a diferencia de la suya, no estaba hecha a mano.

—¿Por qué has venido, Abner? —preguntó ahora con voz más firme.

Abner le contestó tan simple y directamente como pudo.

Zebulón Whateley movió la cabeza.

—No sabes más que los demás, y menos que algunos —dijo—. Lo que hacía Luther sólo Dios lo sabe, porque ahora Luther se ha ido. Pero lo que te puedo decir, Abner, y te lo juro por Dios, es que no sé por qué Luther se encerró, y a Sarah con él, desde aquella vez en que ella volvió de Innsmouth. Lo que si sé, y te lo puedo decir, es que fue algo terrible, terrible, y lo que ocurrió fue terrible. Ahora ya nadie puede echarle la culpa a Luther, ni a la pobre Sarah. Pero ten cuidado, ten cuidado, Abner.

—Estoy para cumplir la voluntad de mi abuelo —dijo Abner.

El viejo asintió. Pero sus ojos mostraban preocupación y estaba claro que confiaba poco en Abner.

—¿Cómo supo que estaba aquí, tío Zebulón? —preguntó Abner.

—Me llegó la noticia de que habías venido. Era mi deber hablar contigo. Pesa un maleficio sobre los Whateley. Algunos que ahora están bajo tierra han tenido que ver con el demonio, otros silbaban cosas terribles en el aire, y otros tenían que ver con cosas que no eran del todo humanas, ni del mar, pero vivían en el mar y nadaban —hasta muy lejos— en el mar. Y hubo quienes se encerraron en sí mismos y se convirtieron en seres extraños y aturdidos. Eso fue lo que ocurrió en Sentinel Hill aquella vez. Wilbur, el de Lavinny. Y ese otro de Sentinel Stone. Dios, tiemblo al pensar en ello.

—Bien, abuelo, no se excite —le reprendió el niño.

—No lo haré, no —dijo el viejo trémulamente—. Todo está muerto ahora. Está olvidado, por todos menos por mí y por aquellos que tomaron los signos que

apuntaban hacia Dunwich, diciendo que era un lugar demasiado horrible para conocer...

Movió la cabeza y se quedó callado.

—Tío Zebulón —dijo Abner—. Nunca ví a mi tía Sarah.

—Claro que no, chico. Estaba encerrada en aquella época. Antes de que tú nacieses, creo que fue.

—¿Por qué?

—Sólo Luther lo sabía. Y Dios. Ahora Luther se ha ido, y parece que Dios no recuerda que Dunwich aún está aquí.

—¿Qué hacía la tía Sarah en Innsmouth?

—Visitaba a un pariente.

—¿Hay algún Whateley también allí?

—Whateley, no. Marsh. El viejo Obed Marsh, que era primo de papá. El y su mujer estaban en el comercio. En Ponapé, si sabes dónde está.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Yo no lo sabía. Dicen que Sarah había ido a visitar a alguno de los Marsh. Al nieto o al hijo de Obed. Nunca supe cuál. Nunca lo oí. No me importa. Allí pasó algo. Dicen que cuando vino estaba diferente. Inconstante. Desequilibrada. Le respondía de mala forma a su padre. Y luego, no mucho después, la encerró en esa habitación hasta que murió.

—¿Cuánto tiempo después?

—Tres, cuatro meses. Y Luther nunca dijo por qué. Nadie volvió a verla desde ese día hasta que fue sacada en el ataúd. Hace dos años, puede que tres. Un día por la noche, al año de haber vuelto de Innsmouth, ocurrieron cosas en esta casa. Peleas, gritos, chillidos. Casi todo el mundo en Dunwich lo oyó, pero nadie fue a ver lo que era, y al día siguiente Luther dijo que era sólo Sarah, víctima de un ataque de nervios. Pudiera ser. Pudiera ser algo más...

—¿Qué más, tío Zebulón?

—Obra del demonio —dijo el viejo inmediatamente—. Pero me olvido de que tú eres persona con estudios. No hay muchos Whateley que hayan recibido una educación. Lavinny leía libros, unos libros terribles que no eran buenos para ella. Y Sarah leyó algunos. Es mejor no tener ninguna instrucción que tener poca; no se puede andar por la vida sabiendo un poco, se anda mejor no sabiendo nada.

Abner sonrió.

—¡No te rías, muchacho!

—No me río, tío Zebulón. Estoy de acuerdo con usted.

—Entonces si te encuentras cara a cara con ello sabrás qué hacer. No te pararás a pensar. Simplemente lo harás.

—¿Con qué?

—Ojalá lo supiera, Abner, No lo sé, Dios sí lo sabe. Luther lo sabía. Pero Luther está muerto. Yo creo que Sarah también lo sabía. Y Sarah está muerta. Ahora nadie

sabe qué era aquello tan terrible. Si yo rezase, rezaría para que no lo averigües tú. Pero si lo haces, no vayas más allá de lo que descubras, sólo haz lo que tienes que hacer. Tu abuelo tenía unas notas, búscalas. Puedes enterarte de qué clase de personas eran los Marsh. No eran como nosotros. Algo terrible les ocurrió. Y puede que también a Sarah...

Algo se interponía entre el viejo y Abner Whateley, algo no dicho, quizá desconocido; pero era algo que dio a Abner escalofríos, a pesar de sus esfuerzos conscientes para restar importancia a lo que sentía.

—Me enteraré de lo que pueda, tío Zebulón —prometió.

El viejo asintió e hizo una señal al niño. Le indicaba que deseaba levantarse, para volver al carro. El niño se apresuró.

—Si me necesitas, Abner, díselo a Tobías —dijo Zebulón Whateley—. Vendré si puedo.

—Gracias.

Abner y el niño ayudaron al viejo a subirse al carro. Zebulón Whateley levantó el brazo en señal de despedida. El niño azotó el caballo y el carro se puso en marcha.

Abner se quedó un instante mirando el vehículo que se alejaba. Estaba molesto y de mal humor. Molesto ante la sospecha de que algo terrible se escondía bajo las palabras de advertencia de Zebulón Whateley. De mal humor porque su abuelo, a pesar de todos sus deseos, le había dejado poco campo donde actuar. Pero esto pudo haber sido porque su abuelo creyese firmemente que Abner Whateley no se encontraría con nada peligroso al llegar a la vieja casa. No podía haber otra explicación.

Pero Abner no estaba plenamente convencido. ¿Era algo tan horrible que Abner no tenía necesidad de saberlo, a menos que fuese imprescindible? ¿O había dejado Luther Whateley alguna clave en algún otro lugar de la casa? Lo dudaba. No era el estilo del abuelo, siempre tan brusco y directo.

Entró en la casa con la compra, la guardó, y se sentó para establecer un plan de actuación. Lo primero que había que hacer era revisar el molino para ver si la maquinaria estaba en buen uso y podía ser aprovechada. Luego debía encontrar a alguien para que tirase el molino y la habitación que estaba encima. Luego tendría que alquilar o vender la casa y la propiedad adjunta. Un sentimiento de fatalidad le tenía convencido de que nadie querría instalarse en un lugar tan aislado del extremo de Massachusetts como era Dunwich.

Empezó de inmediato a cumplir con su obligación.

Su revisión del molino, sin embargo, le descubrió que la maquinaria que había estado allí —a excepción de las piezas que estaban fijas a la rueda— había sido retirada y posiblemente vendida. Quizá parte de la venta era el legado que Luther Whateley había depositado en el banco de Arkham. Abner ya no tendría que tirar la maquinaria antes de demoler el molino. El polvo que había en el molino casi le sofocaba; había más de una pulgada en todas partes, y se levantaba en grandes nubes

a su alrededor cuando caminaba a través de las habitaciones vacías y llenas de telarañas. El polvo envolvía sus pisadas, y estaba contento de dejar el molino para dar la vuelta y observar la rueda.

Se abrió paso por el borde del listón que sujetaba el eje de la rueda, poco seguro, puesto que la madera podía ceder y dejarle caer al agua; pero la construcción era firme, la madera no cedió, y pronto estaba en la rueda. Parecía ser un espléndido ejemplar de mediados del siglo XIX. Sería una pena destruirla, y podía hallarse un lugar para ella, bien en un museo o en alguno de esos edificios que estaban siendo reconstruidos por gente rica, interesada en conservar la herencia americana.

Estaba dispuesto a marcharse de la rueda, cuando sus ojos se posaron en una serie de huellas húmedas en las paletas. Se inclinó para observarlas mejor. Aparte de comprobar que estaban parcialmente secas, se dio cuenta de que eran huellas dejadas por algún animal pequeño, probablemente batracio —una rana o sapo— que aparentemente había subido a las paletas en las horas tempranas de la salida del sol. Elevó sus ojos y siguió la línea de las huellas hasta las ventanas rotas de la habitación de arriba.

Se paró un momento a pensar. Recordó el batracio que había visto en la habitación cerrada. ¿Se habría escapado por la ventana rota? O quizá alguno de su especie había acusado su presencia y había subido. Una cierta aprensión le sacudió, pero la eludió de su mente con irritación. A un hombre de su inteligencia no podía conmoverle la atmósfera de ignorancia, el misterio supersticioso que se desprendía del recuerdo de su abuelo.

Pero a pesar de todo, dio la vuelta y subió a la habitación cerrada. Esperaba, al abrir la puerta, encontrar algún cambio significativo en la habitación. Algo diferente de como la recordaba de la noche anterior, pero aparte de la luz poco usual, no había alteración alguna.

Cruzó hacia la ventana.

Había huellas en el antepecho. Había dos pares de ellas. Una parecía dirigirse al exterior, y la otra al interior. Las que salían eran pequeñas, sólo medían una pulgada de ancho. Las que entraban eran el doble de tamaño. Abner se inclinó y las miró fijamente, con fascinación.

No era zoólogo, ni tampoco un ignorante en el tema. Las huellas eran algo que nunca antes había visto, ni siquiera en sueños. Excepto en el hecho de ser o parecer palmípedas, eran las huellas perfectas en miniatura de manos y pies humanos.

Aunque buscó precipitadamente al animal, no vio señal de él, y finalmente, un poco turbado, salió de la habitación, y cerró la puerta tras de sí. Se arrepentía de haberse dirigido allí en un primer momento, haberse sentido impulsado a abrir las contraventanas que durante tanto tiempo habían aislado la habitación del mundo exterior.

No le sorprendió del todo encontrarse con que nadie en Dunwich estaba dispuesto a llevar a cabo la demolición del molino. Incluso carpinteros que no habían trabajado durante mucho tiempo y estaban deseando hacer alguna obra dieron una serie de excusas, que Abner interpretó como subterfugios para encubrir el miedo supersticioso hacia el lugar en donde trabajarían. Se vio en la necesidad de encaminarse a Aylesbury, pero aunque no tuvo dificultad en contratar a un equipo de fuertes jóvenes para efectuar la demolición del molino, se vio forzado a esperar a que terminasen sus contratos en vigor y regresó a Dunwich con la promesa de que irían en «una semana o diez días».

Entonces se puso a ver las cosas de Luther Whateley que aún había en la casa. Había montones de periódicos —especialmente el *Arkham Advertiser* y el *Aylesbury Transcript*— amarillentos por el tiempo y la humedad, y llenos de polvo, que apartó para quemar. Había libros que decidió mirar uno por uno para no deshacerse de algo valioso. Y había cartas que hubiese quemado de inmediato, de no haberle saltado a los ojos el nombre «Marsh». Las leyó.

«Luther, lo que le ocurrió al primo Obed es una cosa peculiar. No sé cómo decírtelo. No sé cómo haré para que me creas. No estoy seguro de tener todos los datos. Pienso si no será otra cosa que patrañas deliberadamente inventadas para ocultar algo de naturaleza escandalosa, pues sabes que los Marsh siempre han sido exagerados y tienen una acusada inclinación al engaño. Es gente de intenciones poco claras. Siempre lo han sido.

»Pero la historia, según la escuché del primo Alizah, es que cuando él era joven, Obed y algunos otros de Innsmouth, navegando con sus barcos mercantes a las Islas Polinesias, encontraron allí gentes extrañas, que se llamaban los ‘Profundos’ y que eran capaces de vivir tanto en la tierra como en el agua. Anfibios, serían. ¿Parece esto creíble? A mí no. Lo más asombroso es que Obed y algunos de los otros se casaron con mujeres de ésas y las trajeron a vivir con ellos.

»Ahora bien, ésa es la *leyenda*. He aquí los *hechos*. A partir de ese momento, los Marsh han prosperado mucho en el comercio. A la señora Marsh nunca se la ve, excepto en aquellas ocasiones en que va a determinados asuntos secretos de la Orden de Dagon Hall. ‘Dagon’, según dicen, es un dios del mar. Yo no sé nada de estas religiones paganas, ni deseo saber. Los niños de Marsh tienen *un aspecto muy raro*. No exagero, Luther, al decirte que tienen la boca enorme y las caras sin barbilla y los ojos grandísimos y de mirada fija, ¡te juro que a veces parecen ranas en vez de seres humanos! No tienen, por cuanto yo puedo distinguir, *agallas*. Dicen que los Profundos sí tienen agallas, y que pertenecen a Dagon o alguna otra deidad del mar cuyo nombre no puedo pronunciar, y menos aún transcribir. No importa. Es un galimatías tal que pueden haberlo inventado los Marsh para servir a sus propósitos.

¡Pero por Dios, Luther, a juzgar por los barcos que el capitán Marsh tiene en la India, que se mantienen a flote sin el más leve desperfecto ocasionado por tormentas o desuso —el bergantín *Columbia*, la barca *Sumatra Queen*, el *Hetty*, y algunos otros— parece como si hubiese hecho algún tipo de trato con el mismo Neptuno!

»Luego están todas las cosas que ocurren en la costa donde viven los Marsh. Nadan de noche. Nadan muy lejos, hasta el Arrecife del Diablo que, como sabes, esta a milla y media del puerto de aquí, de Innsmouth. La gente se aleja de los Marsh, excepto los Martin y algunos otros que estuvieron también comerciando en el este de la India. Ahora que Obed ha muerto —y supongo que la señora Marsh también, puesto que no se la ve por ninguna parte— los hijos y nietos del capitán continúan comportándose extrañamente.»

La carta continuaba con una relación de precios. Las cifras eran ridículamente bajas comparadas con las actuales, siglo y medio después, pues Luther Whateley sería un hombre joven, soltero, en la época en que esta carta fue escrita por Ariaah, primo del que Abner nunca había oído hablar. Lo que tenía que decir de los Marsh no era nada, o era todo, quizá, si Abner hubiera tenido la clave. Creía, con gran irritación, que sólo tenía en sus manos algunas partes inconexas.

Pero si Luther Whateley se creyó estas patrañas, ¿habría permitido, años después, que su hija visitase a los Marsh? Abner lo dudaba.

Miró algunas otras cartas —facturas, recibos, relatos triviales de viajes hechos a Boston, Newburyport, Kingsport, tarjetas—, y llegó por fin a otra carta del primo Ariaah, escrita, si la comparación de las fechas servía de evidencia, inmediatamente después de la que Abner acababa de leer. Había diez días de diferencia, y Luther pudo haber tenido tiempo para contestar a la primera.

Abner la abrió ansiosamente

La primera parte trataba de asuntos familiares concernientes al matrimonio de otra prima, evidentemente una hermana de Ariaah; la segunda especulaba acerca del comercio futuro al este de la India, con un párrafo sobre un nuevo libro de Whitman, evidentemente Walt; pero la tercera parte era sin duda una respuesta a algo que el abuelo Whateley había preguntado acerca de la rama de la familia Marsh.

«Bien, Luther, puede que tengas razón en cuanto a que es un prejuicio racista el causante de los sentimientos contra los Marsh. Conozco cómo piensan aquí las gentes acerca de otras razas. Es una desgracia, pero quizá radica en la falta de educación la base de esos prejuicios. Aunque no estoy convencido de que *todo* se deba a un prejuicio de raza. No sé qué clase de raza podría dar a los Marsh, descendientes de Obed, ese extraño *aspecto*. La gente del este de la India que he visto y recuerdo de mis primeros días en el comercio tiene facciones similares a las nuestras, y sólo es diferente el color de su piel, algo cobriza, diría yo. Una vez vi a un nativo de aspecto similar, pero evidentemente no era un indígena, pues le eludían los trabajadores que

rondaban los barcos en el puerto donde le vi. He olvidado ya dónde fue, pero creo que era en Ponapé.

»A decir verdad, los Marsh se mantenían siempre muy unidos entre ellos y con esas familias que formaban su mismo clan. Más o menos controlaban el pueblo. Puede ser significativo —quizá se trató de un accidente— que un hombre conocido que habló contra ellos apareciese ahogado poco después. Soy el primero en admitir que coincidencias más apabullantes que éstas ocurren a menudo, pero puedes estar seguro de que la gente que sentía hostilidad hacia los Marsh se aprovechó de lo ocurrido.

»Como sé que tu mente analítica rechaza fríamente las habladurías, no quiero contarte más.»

Después de eso, ninguna otra alusión. Lo que Arianh escribió en las cartas siguientes trataba exclusiva y escrupulosamente de asuntos familiares de lo más trivial. Luther Whateley evidentemente había despreciado los rumores; ya de joven debió de haber sido una persona de férrea autodisciplina. Aparte de esa última carta, Abner no volvió a encontrar más que una sola referencia a algún hecho misterioso en Innsmouth. Era un recorte de periódico. Los términos poco concretos en los que se expresaba el reportero ponían de manifiesto que el propio autor del artículo no supo en realidad qué había ocurrido: se refería a la presencia de agentes del gobierno federal en los alrededores de Innsmouth, en el año 1928, a su intento de destruir el Arrecife del Diablo y la voladura de grandes zonas del puerto, y a la detención de varios miembros de las familias Marsh, Martin y algunos otros. Sea como sea, aquel artículo y los hechos a los que se refería eran bastante posteriores —en decenas de años— a las cartas de Arianh.

Abner se echó al bolsillo las cartas que trataban de los Marsh y quemó el resto de los papeles en una hoguera que hizo en la orilla del río. Vigiló un rato para que las pavesas no prendiesen la hierba de alrededor, que estaba muy seca. Agradeció el olor a humo, porque del río venía un olor a muerte producido por los restos de peces que habían servido de festín a algún animal, una nutria, pensó.

Mientras permanecía al lado del fuego, sus ojos vagaron por el viejo edificio Whateley, y vio, con tristeza, que había llegado el momento de derruir el molino, que los marcos de las ventanas que había roto en la habitación de la tía Sarah se habían caído y trozos de la ventana estaban esparcidos por las aspas de la rueda.

Cuando el fuego estaba lo suficientemente extinguido como para poder dejarlo, el día tocaba a su fin. Tomó una frugal comida, y sin querer leer una línea más aquel día; decidió no intentar hallar las ‘notas’ de su abuelo a las que se había referido el tío Zebulón Whateley. Salió a contemplar el crepúsculo y la noche a la galería, desde donde se oían de nuevo in crescendo los coros de ranas y chotacabras.

Se retiró pronto, extrañamente cansado.

El sueño, sin embargo, no le venía. Por un lado, la noche de verano era calurosa; casi no había brisa. Por otro lado, sobre el croar de las ranas y de la demoníaca insistencia de los chotacabras, los sonidos del interior de la casa invadían su conciencia. Crujidos y gemidos de una casa de madera acomodándose en la noche; un peculiar sonido, como si algo se arrastrase, un medio saltar y un medio arrastrarse, que Abner achacó a las ratas, las cuales probablemente abundarían en la zona del molino. Los sonidos eran amortiguados y parecían llegarle desde muy lejos; y en una ocasión oyó un romper de madera y de cristal que, Abner pensó, probablemente venía de la ventana que daba al molino. La casa se estaba cayendo virtualmente a pedazos a su alrededor; era como si él mismo sirviese de agente catalítico para llegar a la disolución final de la estructura.

Esto le divirtió, puesto que, sin quererlo, estaba dando cumplimiento a lo que pedía su abuelo. Y así, confundido, se dejó vencer por el sueño.

Se despertó pronto esa mañana con el timbre del teléfono, cuya instalación había previsto durante su estancia en Dunwich. Ya había descolgado el receptor del viejo aparato colocado en la pared, cuando se dio cuenta de que se trataba de un cruce y no de una llamada para él. Sin embargo, la voz de mujer que estalló sobre él le dejó dolorido el oído con los gritos insistentes y se quedó helado con el auricular en la mano.

«Le diré, señorita Corey, oí cosas ayer por la noche. La tierra estaba hablando otra vez, y cerca de medianoche escuché ese grito. Nunca pensé que una vaca gritase de esa forma. Igual que un conejo, sólo que más fuerte. Era la vaca de Lutey Sawyer, la encontraron esta mañana, más de la mitad se la habían comido los animales...»

«Señora Bishop, no querrá usted decir... ¿Ha vuelto?»

«No lo sé. Por Dios espero que no. Pero es igual que la última vez.»

«¿Sólo atrapó esa vaca?»

«Sólo esa. No he oído de ninguna otra. Pero así fue como empezó la última vez, señora Corey.»

Silenciosamente, Abner colgó el auricular. Sonrió con una mueca irónica ante estas desbordadas supersticiones de los vecinos de Dunwich. Nunca había sospechado a qué profundidades de ignorancia y superstición podían llegar los habitantes de lugares tan retirados como Dunwich, y esta manifestación era tan sólo una pequeña muestra.

Tenía poco tiempo, sin embargo, para entretenerse con el asunto. Debía ir al pueblo por leche fresca, y salió a la mañana de sol y nubes con una sensación de desahogo que le provocaba la pequeña escapada de la casa.

Tobías Whateley estaba más serio y hosco que nunca cuando Abner entró en la tienda. Abner sintió no sólo resentimiento, sino también un miedo tangible. Se quedó sorprendido. A todos los comentarios de Abner, Tobías respondía con monosílabos. Con objeto de hilvanar una conversación, empezó a contarle a Tobías lo que había escuchado en la línea telefónica



—Lo sé —dijo Tobías, bruscamente y mirando por primera vez a la cara de Abner con expresión aterrorizada.

Abner se sumió en el silencio. Al terror se mezclaba la animosidad en los ojos de Tobías. Abner leyó claramente cuáles eran sus sentimientos al verle bajar la mirada y tomar el dinero que le ofrecía.

—¿Has visto a Zebulón? —preguntó en voz baja.

—Estuvo en casa —dijo Abner.

—¿Hablaste con él?

—Sí, hablamos.

Era como si Tobías confiase en que ambos hubiesen tratado de ciertas cuestiones. A la vez, su actitud sugería que estaba aturdido por acontecimientos recientes. También parecía indicar que Zebulón no le había dicho lo que Tobías había esperado que el viejo le dijese, o que Abner había descuidado algunos de los consejos del tío. Abner empezó a sentirse totalmente perplejo; además de la conversación telefónica de las vecinas supersticiosas y de las misteriosas alusiones que el tío Zebulón había dejado entrever, la actitud de su primo Tobías le desconcertaba aún más. Tobías no parecía más inclinado que Zebulón a traducir en palabras lo que ocultaba tras sus ásperas facciones. Uno y otro actuaban como si Abner supiese de qué iba la cosa.

Se marchó desconcertado y se encaminó hacia la casa Whateley. Decidió no parar más hasta acabar con su tarea para poder alejarse cuanto antes de esa aldea perdida y de sus extraños y supersticiosos vecinos, incluidos sus mismos familiares.

Con este fin, apenas había acabado su desayuno reanudó su tarea y siguió inventariando las cosas de su abuelo. Había comido poco, pues la desagradable visita a la tienda le había quitado el apetito que había sentido antes de salir.

Tardó bastante en encontrar el documento que buscaba: un viejo libro mayor en el que, con su letra quebradiza, Luther Whateley había hecho algunas anotaciones.

#### 4

Después de haber comido algo, Abner permaneció sentado y, a la luz de la lámpara, abrió el libro sobre la mesa de la cocina. Las primeras hojas habían sido arrancadas, pero examinando los fragmentos de las hojas que aún estaban pegados a los hilos que cosían las páginas, Abner llegó a la conclusión de que estas hojas no habían contenido más que simples números. Pensó que su abuelo había querido aprovechar un viejo libro de contabilidad a medio rellenar, y había quitado las hojas utilizadas para apuntes más prosaicos que sus actuales anotaciones.

Desde el principio las notas eran misteriosas. Carecían de fecha y no llevaban más que el día de la semana.

«Este sábado, Ariaah ha contestado a mi pregunta. S. fue vista algunas veces en compañía de Ralsa Marsh, el bisnieto de Obed. *Nadaban* juntos de noche.»

Esa primera anotación se refería claramente a la estancia de la tía Sarah en Innsmouth, y definía el tipo de preguntas que el abuelo había podido hacer a Ariaah acerca de ella. Algo había inducido a Luther a llevar a cabo esa investigación, y por lo que sabía del carácter de su abuelo, Abner llegó a la conclusión de que la había iniciado después de la vuelta de Sarah a Dunwich.

La anotación siguiente consistía en un trozo de carta mecanografiada recibida por Luther Whateley, y que éste había pegado a continuación.

*¿Por qué?*

«Ralsa Marsh es probablemente el más repelente de la familia. Su aspecto alcanza casi la *degeneración*. Sé, porque tú mismo lo dijiste, que Libby es la más encantadora de tus hijas. De todos modos, no podemos comprender cómo Sarah pudo dar con alguien tan repulsivo como Ralsa... Un ser en el que todas esas características recesivas que se han dado en la familia Marsh, desde Obed y su matrimonio con la mujer polinesia (los Marsh han negado que la esposa de Obed fuese polinesia; pero él comerciaba por allí en aquella época, y no me creo esas historias de una isla que no aparece en el mapa y donde sostienen que habría encontrado a esa mujer) parecen haber alcanzado su máximo desarrollo.

»Por lo que ahora deduzco —después de todo han transcurrido más de dos meses, cerca de cuatro, me parece, desde su regreso a Dunwich— estuvieron constantemente juntos. Me sorprende que Ariaah no te lo haya contado. A ninguno de nosotros se nos había encargado ni dado permiso para impedir que Sarah se viese con Ralsa. Además son primos, y es a los Marsh, no a nosotros, a quienes ella estaba visitando.»

Abner pensó que esta carta había sido escrita por una mujer, otra prima, que parecía reprochar a Luther, en un tono dolido, el haber enviado a Sarah a casa de los Marsh en lugar de mandarla a la suya. Era obvio que Luther, sin embargo, le había hecho ciertas preguntas sobre Ralsa.

La tercera anotación estaba de nuevo escrita por Luther, y resumía una carta de Ariaah.

«Sábado. Según Ariaah, los Profundos son una secta o un grupo semi-religioso. Son subhumanos. Se dice que viven en el agua y adoran a Dagon y a otro dios llamado Cthulhu. Tienen agallas. Se parecen más a las ranas o a los sapos que a los peces, pero sus ojos son ícticos. Asegura que la esposa de Obed era una de ellos. Afirma que todos los hijos de Obed llevaban las mismas características. ¿Los Marsh tendrían agallas? Si no, ¿cómo lograrían nadar milla y media, hasta el Arrecife del Diablo, y volver? Los Marsh comen poco. Pueden estar sin comer y sin beber durante

mucho tiempo, disminuyen o aumentan de tamaño rápidamente.» (A esto Luther había añadido cuatro desdeñosos signos de exclamación.)

«Zadok Allen jura haber visto a Sarah nadar hacia el Arrecife del Diablo. Los Marsh la llevaban. Todos *desnudos*. Jura haber visto que los Marsh tienen la piel dura y cuarteada ¡algunos con *escamas*, como peces! ¡Jura haberlos visto bucear y comerse peces crudos! Los devoraban como bestias.»

La siguiente anotación consistía de nuevo en un párrafo de una carta, sin lugar a dudas en respuesta a otra escrita por el abuelo Whateley.

«Preguntas quién es el responsable de estas historias *ridículas* que circulan sobre los Marsh. Pues bien, Luther, sería imposible designar a alguien en particular, ni tampoco a una docena de personas, y eso en varias generaciones. Estoy de acuerdo en que el viejo Zadok Allen habla demasiado, bebe, y puede inventar muchas historias. Pero él es sólo uno entre muchos. El hecho es que esta leyenda —o *galimatías*, como tú dices— se ha extendido de una generación a otra, a lo largo de tres de ellas. No tienes más que mirar a algunos de los descendientes del Capitán Obed para comprender cómo pudieron surgir tales cuentos. Se dice de algunos hijos de los Marsh que eran demasiado horribles para mirarlos a la cara. ¿Habladurías de viejas? Quizá, pero una vez, como el doctor Rowley Marsh estaba demasiado viejo para poder atender a una de las mujeres de Marsh, llamaron al doctor Gilman, y Gilman ha sostenido siempre que lo que trajo al mundo entonces era un ser que podía serlo todo, menos humano. Nunca nadie llegó a ver a ese Marsh, aunque, después, hubo gentes que afirmaron haber visto *cosas que se movían sobre dos piernas pero que no eran seres humanos*.»

A continuación venía una breve, pero reveladora, referencia de dos palabras: «Sarah castigada».

Esto debió marcar la fecha en que Sarah Whateley fue encerrada en la habitación encima del molino. Seguían varias páginas en las que Luther no mencionaba para nada a su hija en sus anotaciones. Pese a que las notas no llevaban fecha alguna y se seguían una tras la otra, a juzgar por la diferencia en el color de la tinta, debían de haber sido escritas en épocas distintas.

«Muchas ranas. Parecen habitar en el molino. Parecen más numerosas que en los pantanos de la otra orilla del Miskatonic. Impiden dormir. ¿Aumenta también el número de chotacabras, o será mi imaginación?. Esta noche he llegado a contar treinta y siete ranas sobre los escalones del porche.»

Seguían más anotaciones de este mismo tipo. Abner las leyó todas, pero no encontró en ellas nada que le aclarara lo que el viejo había querido decir. Desde ese

momento Luther Whateley parecía haber dedicado su libro a las ranas, a la niebla, a los peces, y a sus movimientos en el Miskatonic, cuando saltaban del agua, etcétera. Daban la impresión de ser datos sueltos, y no relacionados con el problema de Sarah.

Venía otro silencio a continuación, y luego aparecía una nota, una sola nota, y además subrayada.

«¡Ariah tenía razón!»

¿Pero en qué había tenido razón? se preguntaba Abner. ¿Y cómo supo Luther Whateley que Ariah había tenido razón? No había nada que indicara que Luther y Ariah hubieran seguido escribiéndose, ni siquiera que Ariah lo hubiera hecho sin que el irascible Luther le preguntara nada.

A continuación venía una sección compuesta de recortes de periódicos pegados. Parecían no tener la menor relación entre sí, pero permitieron a Abner estimar que había pasado poco más de un año desde la última hasta la siguiente anotación de Luther, una de las más sorprendentes que Abner encontró. De hecho, el tiempo transcurrido parecía ser de casi dos años.

«R. ha vuelto a salir.»

Si Luther y Sarah eran los únicos habitantes de la casa, ¿quién era «R.»? ¿Podía ser que Ralsa Marsh hubiese venido de visita y que fuera a él a quien se refería Luther? Abner lo dudaba, pues nada demostraba que hubiera podido existir un especial afecto de Ralsa Marsh por su lejana prima; de haber existido tal sentimiento, indudablemente no habría esperado tanto para ir en busca de ella.

La siguiente anotación parecía no tener nada que ver con la precedente.

«Dos tortugas, un perro, los restos de una marmota. Las dos vacas de Bishop, encontradas al final de la pradera, cerca de la orilla del Miskatonic.»

Un poco más adelante, Luther había apuntado otros datos similares.

«Después de un mes un total de 17 vacas y 6 ovejas. Horribles alteraciones; el tamaño está en proporción con la cantidad. Se ha presentado Z. Preocupado por lo que se rumorea por ahí.»

¿Podía Z. significar Zebulón? Abner pensaba que sí. Pero, por lo poco que Zebulón le había podido contar sobre la situación en la casa cuando la tía Sarah había sido encerrada, Abner dedujo que la visita del anciano había sido inútil. Zebulón — pensaba Abner, al recordar su conversación con él — sabía menos que él mismo después de haber leído las anotaciones de su abuelo. Pero sí conocía la existencia del libro, lo cual hizo suponer a Abner que Luther, al menos, había confiado a Zebulón que apuntaba ciertos datos.

Todas esas anotaciones parecían incompletas, misteriosas, como si, para entenderlas, se necesitara disponer de una clave, un conocimiento básico guardado por Luther Whateley. Y, sin embargo, un sentimiento de apremio empezó a manifestarse claramente en las notas siguientes del viejo.

«Ada Wilkerson ha muerto. Rastros de pelea. Profundo pesar en Dunwich. John Sawyer me amenazó con el puño, desde el otro lado de la calle, donde no le podía responder.»

«Lunes. Esta vez Howard Willie. Encontraron un zapato, ¡calzaba aún su piel!»

Las anotaciones llegaban ahora a su fin. Por desgracia muchas hojas habían sido arrancadas —algunas violentamente— pero no había ninguna aplicación que justificara esa violencia. No podía haberlo hecho nadie más que el propio Luther. Quizá, reflexionó Abner, Luther pensó que había hablado demasiado, e intentó destruir cualquier cosa que hubiera podido revelar a quien lo leyese posteriormente los verdaderos motivos del confinamiento de la tía Sarah. Si tal había sido su propósito, lo había logrado.

La siguiente anotación también hacía alusión al misterioso «R.».

«R. ha vuelto por fin.»

Luego: «Clavé las contraventanas de la habitación de Sarah.»

Y finalmente: «Una vez que haya perdido peso, habrá que mantenerle en una dieta rigurosa y un tamaño controlable.»

En cierto modo, esta era la anotación más enigmática de todas. ¿Era «él» también «R.»? Y si así era, ¿por qué había que mantenerle en una dieta rigurosa? ¿y qué quería decir Luther Whateley con lo de controlar su tamaño? Ni en el material que Abner había manejado hasta el momento, ni en estas anotaciones, ni en los fragmentos de relatos que quedaban en el libro, ni en las cartas previamente consultadas, por ninguna parte aparecía la respuesta a estas preguntas.

Apartó el libro y refrenó el impulso de quemarlo. Estaba exasperado, y su irritación no hacía más que crecer a medida que aumentaba en él la necesidad de conocer con urgencia el secreto inmerso en este viejo edificio.

Era ya muy tarde. Hacía mucho tiempo que la noche había caído. El inevitable clamor de las ranas y de las chotacabras había empezado de nuevo y llenaba toda la casa. Abner apartó momentáneamente de su pensamiento las anotaciones en apariencia inconexas que había estado leyendo. Todas las supersticiones de su familia le vinieron a la mente. Recordó especialmente aquellas en las que las ranas, las chotacabras y los búhos presagiaban la muerte. Por asociación de ideas, las ranas trajeron la imagen de la grotesca caricatura de un miembro del clan Marsh de Innsmouth, según la describía una de las cartas que Luther Whateley había conservado durante años.

Con asombro, Abner se dio cuenta de que un pensamiento tan casual le sumía en la perplejidad. El croar de las ranas y de los sapos se volvía cada vez más insistente. Pero, como los batracios siempre habían abundado en Dunwich, no había forma de saber cuánto tiempo llevaban croando en torno a la vieja casa de los Whateley. Abner no pensó ni un solo instante que su llegada tuviera algo que ver con aquello. Lo achacaba a la proximidad del Miskatonic. A su juicio, la vieja zona

pantanosa que lindaba con Dunwich en la otra orilla del río explicaba la presencia de tantas ranas.

La exasperación y la preocupación que le causaban las ranas se desvanecieron. Estaba cansado. Se levantó y puso el libro de Luther Whateley dentro de una de sus maletas, con la intención de llevárselo cuando se marchase y no deshacerse de él hasta arrancarle alguna deducción. En alguna parte tenía que existir una clave. Si era cierto que habían ocurrido espeluznantes acontecimientos en aquella zona, tenía que existir algo más completo que las anotaciones lacónicas de Luther Whateley. No se conseguiría nada con preguntar a la gente de Dunwich; Abner sabía que mantendrían un silencio absoluto ante un forastero como él, a pesar de su parentesco con muchos de los vecinos.

Entonces pensó en los montones de periódicos, aún colocados fuera para ser quemados, y a pesar de su cansancio, empezó a repasar los montones del *Aylesbury Transcript*. Allí, de cuando en cuando, encontraba algún apartado relacionado con Dunwich.

Tras una hora de intensa búsqueda, recortó tres artículos de escasa entidad, pero que no habían aparecido en las secciones habituales reservadas a Dunwich. Corroboraban algunas de las anotaciones de Luther Whateley. El primero se titulaba: *Animal salvaje mata ganado cerca de Dunwich*.

«Algunas vacas y ovejas han sido degolladas en fincas de las afueras de Dunwich por lo que parece ser un animal salvaje. Las huellas dejadas en el lugar del suceso permiten suponer que se trata de una bestia de gran tamaño, pero el Profesor Bethnall, del Departamento de Antropología de la Universidad de Miskatonic, señala que no se puede descartar la presencia de manadas de lobos en el territorio salvaje que rodea Dunwich. Hasta ahora, y desde que el hombre se ha instalado en la Costa Este, por allí no se ha sabido nunca de ninguna bestia del tamaño que sugieren las huellas encontradas. Las autoridades del territorio están investigando.»

Por mucho que buscó, Abner no pudo encontrar ningún artículo que completase o ampliase esta información. Sin embargo, se tropezó con la historia de Ada Wilkerson.

«Una viuda, Ada Wilkerson, de 57 años de edad, que vivía sola a orillas del Miskatonic, cerca de Dunwich, puede haber sido víctima de un crimen vesánico hace tres noches. Al ver que no acudía a la cita que tenía en Dunwich con una amiga, ésta se hizo acompañar hasta el domicilio de la viuda. No encontraron huellas suyas. Sin embargo, la puerta de la casa había sido forzada y los muebles destrozados, como si se hubiese desarrollado una pelea. Por lo visto un fuerte hedor inundaba toda la casa. Hasta el momento de escribir este artículo, no se han vuelto a tener noticias sobre la señora Wilkerson.»

Los dos párrafos siguientes comunicaban que las autoridades no habían encontrado ningún rastro, ni ninguna explicación a la desaparición de la señora Wilkerson. Se volvió a mencionar la «gran bestia», así como las declaraciones del

Profesor Bethnall sobre la posible existencia de una manada de lobos, pero nada más, pues la investigación había concluido y establecido que la señora Wilkerson no tenía ni dinero, ni enemigos, y que no existía nadie con motivos para matarla.

Finalmente aparecía el relato de la muerte de Howard Willie, con este titular. *Espantoso crimen en Dunwich.*

«En algún momento de la noche del día veintiuno, Howard Willie, de 37 años, nacido en Dunwich, fue brutalmente despedazado cuando se dirigía a su casa después de haber ido a pescar en el Miskatonic. El señor Willie fue atacado a una distancia de una milla y media del molino de Luther Whateley, mientras caminaba por un camino arbolado. En el suelo aparecieron huellas que permiten afirmar que hubo una salvaje pelea. El pobre hombre fue vencido. Sus agresores debieron haberle literalmente despedazado, pues los únicos restos que se encontraron de la víctima consistían en su pie derecho, aún con el zapato puesto. No cabe duda de que había sido arrancado salvajemente de su pierna.

»Nuestro corresponsal en Dunwich nos comunica que las gentes del lugar están muy inquietas y viven en un estado de terror y de cólera. Existen sospechas de que ciertas personas conocidas puedan tener parte de culpa, aunque niegan rotundamente que alguien de Dunwich haya podido matar a Willie o a la señora Wilkerson, que desapareció hace dos semanas y de la que no se ha vuelto a saber nada.»

El relato concluía con algunos datos referentes a la familia de Willie. Luego, en posteriores ediciones del *Transcript*, sólo se mencionaba la ausencia de información sobre los sucesos de Dunwich, donde las autoridades y los periodistas tropezaron con un férreo muro de silencio; los vecinos se negaron en redondo a hacer el menor comentario sobre los recientes sucesos. Sin embargo, por algunos datos de la investigación que se filtraron a la prensa, era insistente la versión de que las huellas encontradas se perdían todas en las aguas del Miskatonic. Con eso, se sugería que si el responsable de la matanza de Dunwich era la misteriosa bestia, tenía que haber venido del río y haber vuelto al río.

Era cerca de medianoche cuando Abner acabó ese último artículo. Pese a la hora tardía, amontonó de nuevo los periódicos que no le interesaban, guardó los tres recortes que había leído, y el resto lo sacó a la orilla del río y le prendió fuego. Con la hoguera anterior, había quemado una considerable extensión de hierba y como no había aire, los riesgos de incendio eran nulos. Abner pensó entonces que no era preciso quedarse para vigilar el fuego. Mientras se alejaba oyó de repente, por encima del ulular de las chotacabras y el croar de las ranas, ahora en un desesperado crescendo, el ruido que hace la madera al desgarrarse y romperse. Pensó inmediatamente en la ventana de la habitación cerrada, y volvió sobre sus pasos.

A la tenue luz que el fuego proyectaba sobre la casa, Abner entreveía la ventana, y le pareció que era más ancha que antes. ¿Podía ser que el molino entero y

parte de la casa se estuviesen derrumbando? Entonces, en un instante, pudo ver una sombra amorfa que desaparecía tras la rueda del molino, y unos segundos después oyó un chapoteo en el agua. El croar de las ranas había adquirido un volumen tan intenso que no pudo oír nada más.

Dispuesto a olvidarse de la sombra, la achacó al reflejo que las llamas proyectaban sobre la rueda. En cuanto al ruido del agua, podía haber sido producido por un banco de peces saltando en el agua. De todas formas, pensó que no estaría de más echar otra ojeada a la habitación de la tía Sarah.

Volvió a la cocina, tomó la lámpara, y subió las escaleras. Al abrir la puerta, el fuerte hedor que emanaba de la habitación cerrada le produjo casi un desmayo. El olor del Miskatonic, de los pantanos, la fetidez de ese resbaladizo material que queda depositado entre las piedras y los escombros hundidos cuando las aguas del Miskatonic bajan de nivel, la mareante y violenta pestilencia que impregna la guarida de ciertos animales: todo esto se condensaba en la habitación cerrada.

Indeciso, Abner permaneció un momento de pie en el umbral. Pensó que el olor de la habitación podía haber entrado por la ventana abierta. Levantó la lámpara, de modo que la luz alumbrase más la parte superior de la pared, encima de la rueda del molino. A pesar de la distancia, vio inmediatamente que no sólo había desaparecido la ventana, sino también el marco. ¡Aun desde la puerta se notaba que el marco había sido roto *desde el interior*!

Se echó hacia atrás y cerró la puerta de un portazo. Bajó las escaleras corriendo, mientras en su cabeza su esquema de raciocinio empezaba a derrumbarse.

## 5

Abajo, intentó tranquilizarse. Después de todo, lo que había visto no era más que un detalle añadido a la proliferante acumulación de datos que parecían inconexos y en que tropezaba, una y otra vez, desde que llegó a casa del abuelo. Ahora, sin embargo, estaba convencido de que todos esos datos estaban relacionados entre sí, por muy inverosímil que esto le hubiera parecido hasta entonces. Y ahora lo único que necesitaba averiguar era qué hecho, qué elemento, los unía entre sí.

Se sentía muy perturbado, especialmente por la convicción de que poseía todos los datos que necesitaba, y sólo su rigor científico le impedía formular una primera suposición, establecer la premisa de la que se derivaban los hechos que se presentaban irrefutables. Todos sus sentidos le demostraban que algo —alguna bestia— habitaba en esa habitación. Era inimaginable pensar que los olores del exterior se condensaran en la habitación de la tía Sarah, y en cambio no se apreciaban fuera de la cocina o desde la ventana de su propia habitación.

La costumbre de racionalizar sus pensamientos estaba fuertemente enraizada en él. Tomó la última carta de Luther Whateley, la que le era dirigida, y otra vez, la



volvió a leer. Eso era lo que su abuelo había querido decir con «tú has recorrido mundo y has recopilado conocimientos suficientes como para permitirte mirar las cosas con mente inquisidora, sin la superstición de la ignorancia ni la superstición de la ciencia». ¿Estaba este rompecabezas, con todas sus horribles consecuencias, más allá de la racionalización?

El timbre del teléfono interrumpió bruscamente la escalada de su confuso razonamiento. Guardó la carta en su bolsillo, corrió hacia el hall, y levantó el auricular.

La voz de un hombre chilló en la línea, entre un caos de voces inquisitivas, como si todo el mundo hubiese descolgado el auricular simultáneamente, a la espera, como Abner Whateley de alguna comunicación sobre nuevas tragedias. Una de las voces —todas eran desconocidas para Abner— identificó a la persona que llamaba.

—¡Es Luke Lang!

—Reunan a un grupo de hombres y vengan en seguida —gritó Luke con voz ronca—. Está merodeando fuera, en la puerta, en las ventanas, intenta abrir.

—Luke, ¿qué es? —preguntó una voz de mujer.

—¡Oh Dios! No pertenece a este mundo. Da saltos como si fuese demasiado grande para poder moverse normalmente; parece gelatinoso. Pero date prisa, date prisa antes de que sea demasiado tarde. Agarró a mi perro...

—Deja la línea para que podamos llamar pidiendo ayuda —interrumpió otro.

Pero Luke nunca escuchó esto.

—Está empujando la puerta, está derribando la puerta...

—Luke, Luke. ¡cuelga el aparato!

—Está intentando forzar la ventana ahora —la voz de Luke Lang se transformó en un grito de terror—. Ha roto el cristal. ¡Dios! ¡Dios! ¿Es que no van a venir? ¡Oh, esa mano! ¡Ese terrible brazo! ¡Dios! ¡Esa cara...!

La voz de Luke dejó de oírse tras un horrible chillido. Se oyó el ruido del cristal que se rompía y el crujir de la madera que se desgarraba, y luego la casa de Luke Lang quedó en silencio, al igual que, por unos instantes, la línea. Entonces las voces irrumpieron de nuevo en un tono de pánico y de furia.

—¡Hay que pedir ayuda!

—Nos encontraremos en la casa de Bishop.

Y alguien dijo:

—¡Ha sido cosa de Abner Whateley!

Mareado por el duro golpe y medio paralizado por la evidencia, Abner luchó para retirar el auricular y desconectarse de la algarabía de dementes concentrados en la línea telefónica. Lo logró pero no sin un gran esfuerzo. Confundido, molesto, atemorizado, se quedó un instante apoyado en la pared. Sus pensamientos se arremolinaban en torno a un mismo eje: los vecinos de Dunwich le hacían responsable y le culpaban por lo que había ocurrido. Y esa convicción general —lo

intuía— se basaba en algo más que en la proverbial desconfianza del hombre del campo frente a cualquier forastero.

No quería pensar en lo que le había ocurrido a Luke Lang y a los otros. La voz de Luke, empavorecida, agonizante, aún resonaba en sus oídos. Se alejó de la pared. Casi tropezaba con las sillas de la cocina. Permaneció un instante al lado de la mesa, sin saber qué hacer, pero a medida que su mente se iba aclarando, pensaba que lo más urgente era escapar. Pero estaba aprisionado entre el deseo de huir, y la obligación con Luther Whateley, que no había cumplido aún.

Había venido, había repasado las cosas del viejo —todo excepto los libros— había hecho los preparativos necesarios para que derribasen la parte del edificio que daba al molino. En cuanto a la casa, podía venderla a través de alguna agencia. En resumidas cuentas, su presencia aquí ya no era necesaria. Sin pensarlo dos veces, corrió a su habitación y volvió a introducir en la maleta cuanto había sacado de ella, además del libro de Luther Whateley. La cerró y salió en dirección al coche.

Pero una vez instalado al volante, recapacitó y pensó que no tenía por qué huir. El no había hecho nada. Y no veía por qué tenía que recaer sobre él la menor culpa. Volvió a la casa. Todo estaba quieto, salvo el incesante e incansable coro de las ranas y de las chotacabras. Se quedó parado, sin saber qué hacer; entonces se sentó a la mesa y sacó, una vez más, la última carta de Luther Whateley.

La leyó de nuevo, despacio. ¿Qué había querido decir el viejo cuando, en su referencia a la locura de los Whateley, había dicho «No ha ocurrido lo mismo con todo lo que me ha pertenecido», aunque él se había librado de la locura? La abuela Whateley había muerto mucho antes de nacer Abner; su tía Julia había fallecido muy joven; su madre había llevado una vida intachable. Quedaba su tía Sarah. ¿Cuál había sido su locura entonces? Luther Whateley no podía referirse a nadie más. Sólo quedaba Sarah. ¿Qué había hecho para que la encerraran hasta su muerte?

¿Y qué pretendía con aquella orden a Abner para que matara cualquier cosa en la parte del molino, cualquier cosa viva? *No importa su pequeñez. No importa su forma...* ¿Incluso algo tan pequeño e inofensivo como un pequeño sapo? ¿Una araña? ¿Una mosca? Luther Whateley escribía en forma de acertijos, cosa que resultaba bastante irritante para un hombre inteligente. ¿O tal vez pensaba su abuelo que Abner era un esclavo de la superstición científica? Hormigas, arañas, moscas, diversas clases de insectos, ciempiés, todos ellos plagaban la parte vieja del molino; e indudablemente, en sus paredes también había ratones. ¿Esperaba Luther Whateley que su nieto exterminase todos estos bichos?

Detrás de él, de repente, el cristal de la ventana se hizo añicos y cayó al suelo, junto con otro objeto. Abner se puso de pie y dio media vuelta. Fuera se oían unos pasos que se alejaban a ritmo de carrera.

Vio una piedra en el suelo, entre los cristales rotos. Había un trozo de papel atado alrededor con una cuerda. Abner lo tomó, rompió la cuerda y desplegó el papel.

Se presentó a sus ojos una tosca letra: «¡Lárgate antes de que te maten!» El papel provenía de la tienda, así como la cuerda que lo ataba a la piedra. Más que una amenaza era una bien intencionada advertencia. Y era claramente obra de Tobías Whateley, pensó Abner. La tiró con desprecio sobre la mesa.

Su cabeza era un auténtico revoltijo de pensamientos, pero llegó a la conclusión de que no era necesario huir precipitadamente. Se quedaría, no sólo para saber si sus sospechas acerca de Luke Lang eran ciertas —como si la evidencia del teléfono diese lugar a dudas—, sino también en un intento desesperado para descubrir la solución del acertijo que Luther Whateley había dejado tras de sí.

Apagó la luz y, a oscuras, se dirigió a su habitación; se echó en la cama sin desnudarse.

No podía dormir. Intentaba ordenar sus pensamientos, encontrar un sentido a este cúmulo de datos, aferrado a su convicción de que existía un dato básico, clave de todos los demás, y que tenía que encontrarlo porque lo tenía delante de sí había sido incapaz hasta el momento de reconocerlo e interpretarlo.

Llevaba menos de media hora tumbado, cuando oyó, más fuerte que el coro de las ranas y de las chotacabras, un chapoteo que provenía del Miskatonic. El ruido se acercaba, como si una gran ola barriese las orillas. Se sentó para escuchar mejor. Pero el ruido también cambió, y éste, desgraciadamente, sí podía identificarlo: alguien intentaba trepar por la rueda del molino.

Se levantó y salió del cuarto.

De la habitación cerrada provenía el ruido de un cuerpo pesado que se arrastraba y caía. Luego se oyó un curioso y entrecortado quejido, parecido al de un niño llamando desde lejos, y finalmente se restableció la calma y el silencio. Incluso el croar de las ranas pareció desvanecerse y morir.

Volvió a la cocina y encendió la lámpara.

Proyectando la luz amarillenta de la lámpara hacia delante, Abner se dirigió lentamente escalera arriba, en dirección a la habitación cerrada. Andaba suavemente, despacio, sin hacer ruido.

Al llegar a la puerta, escuchó. Al principio no oyó nada, pero al poco rato un susurro llegó a sus oídos.

¡Algo en aquella habitación *respiraba*!

Luchando contra el miedo, Abner puso la llave en la puerta. Abrió y levantó la lámpara.

El asombro y el terror le paralizaron.

Allí, agazapado en medio de la cama deshecha y tanto tiempo abandonada, se sentaba un monstruo, una criatura de piel dura, que no era ni hombre ni rana, ahíta de comida, con unos hilos de sangre que caían aún de sus mandíbulas batracias y goteaban entre sus dedos palmípedos. Era una cosa monstruosa que tenía unos brazos largos y fuertes, que salían de su cuerpo bestial como las patas anteriores de

una rana, y terminaban en algo que, de no ser por las membranas que unían los dedos entre sí, hubieran podido ser unas manos humanas.

La escena no duró más que unos breves instantes.

Entonces, con un gruñido enfurecido —«*Eh-ya-ya-ya-yaa-haah-ngh'aaa-h'yuh-h'yuh*»—, el gigantesco monstruo se levantó y se abalanzó sobre Abner.

Su reacción fue instantánea, nacida de una terrible y explosiva revelación. Lanzó la lámpara llena de petróleo hacia el monstruo que se echaba sobre él.

El fuego envolvió a la bestia. Se detuvo y empezó a tocarse desesperadamente el cuerpo ardiendo, sin percatarse de las llamas que surgían de la cama, detrás de ella, y en el suelo de la habitación. Al mismo tiempo, el timbre de su voz varió, y de profundo gruñido se transformó en un escalofriante gemido: «¡*Mama-mama-ma-aa-ma-aa-ma-aah!*»

Abner cerró la puerta y salió corriendo.

Bajó las escaleras, tropezando, cruzó apresuradamente las habitaciones de abajo; con el corazón latiendo locamente, salió de la casa. Medio cegado por el miedo, se metió en el coche, dio al contacto, y se alejó de ese maldito lugar del que ya salía humo, mientras las llamas se extendían por la armazón de madera de la casa y empezaban a reflejar su rojizo color en el cielo.

A través de Dunwich, por el puente cubierto, conducía como un poseso. Mantenía los ojos entrecerrados, como para borrar para siempre la escena que había presenciado, mientras las oscuras montañas parecían querer atraparlo y el coro de las ranas y de las chotacabras se burlaba de él.

Pero nada podía borrar esta definitiva y fulgurante revelación que se había grabado en su mente. Ahora sabía que la clave la había tenido todo el tiempo, pese a que no lograra reconocerla, en sus propios recuerdos y en las anotaciones de Luther Whateley. A esa nueva luz, todas las piezas del rompecabezas se ensamblaban y todo cobraba su pleno sentido. La carne cruda que subían a la habitación y que Abner, de niño, creía que la tía Sarah preparaba en su cuarto, en realidad estaba destinada a ser *comida cruda*. La corta e incomprensible nota sobre «R.» que «por fin» había vuelto después de su escapada, implicaba que había regresado al único hogar que «R.» conocía. También entre las aparentemente inconexas anotaciones de su abuelo, la mención de las desapariciones de vacas, ovejas y otros animales aclaraba ampliamente esa otra referencia de Luther Whateley a «R.» ya que «el tamaño está en proporción con la cantidad de comida», y explicaba también lo que significaba otra nota que decía: «habrá que mantenerle en una dieta rigurosa y un tamaño controlable» —¡como la gente de Innsmouth!— «controlado» hasta casi extinguirse tras la muerte de Sarah. Entonces Luther pensó que, dejando a la criatura encerrada sin comida en la habitación, acabaría por matarla irremisiblemente. Sin embargo, ante la duda de que aquello fuera imposible ordenó a Abner que matara «cualquier cosa viva» que pudiera encontrar en el cuarto. *La cosa que Abner había liberado sin darse cuenta al romper las ventanas y contraventanas, la había liberado para que buscara su propia*

*comida y volviese a crecer endiabladamente, al principio con peces del Miskatonic, luego con pequeños animales, luego ganado, y finalmente con seres humanos. Esa cosa que era mitad batracio mitad ser humano, pero lo suficiente humana como para regresar al único hogar que conocía y llamar aterrorizada a su madre ante el terrible desenlace, la cosa que había nacido de la unión no bendita de Sarah Whateley y Ralsa Marsh, llena de sangre, el monstruo que merodearía para siempre en la mente de Abner Whateley. ¡Su primo Ralsa, obligado a permanecer en la vieja casa por el deseo férreo de su abuelo, en lugar de haber sido soltado hace tiempo al mar para que se uniese a los Profundos entre los súbditos de Dagon y del Gran Cthulhu!*

## La Sombra Fuera Del Espacio

*Si hay algo que nos salva en este mundo...  
es la incapacidad de la mente humana  
para correlacionar todos sus contenidos.  
Vivimos en una isla de ignorancia en medio  
de los mares negros del infinito,  
y no estamos hechos para viajar lejos...*

### 1

Si es cierto que el hombre vive siempre al borde de un abismo, entonces casi todos los hombres deben experimentar momentos de algo que llamaríamos nivel precognoscitivo, cuando las vastas e imperceptibles profundidades que existen siempre bordeando el pequeño mundo del hombre se convierten por un momento en tangibles, cuando el terrible pozo de conocimientos sin frontera, que incluso las mentes más brillantes sólo han vislumbrado, asume una apariencia borrosa capaz de llenar de terror al corazón más duro. ¿Conoce algún ser viviente los verdaderos orígenes de la humanidad? ¿O el lugar que al hombre le corresponde en el universo? ¿Sabe si el hombre está destinado al ignominioso final de un gusano?

Hay terrores que caminan por los pasillos de los sueños cada noche, que embrujan el mundo de los sueños, terrores que pueden relacionarse con los aspectos más mundanos de la vida cotidiana. Cada vez estoy más convencido de la existencia de un mundo fuera de éste en que estamos, lindante con él pero quizá completamente alucinatorio. Sin embargo, no ha sido siempre así. No fue así hasta que conocí a Amos Piper.

Mi nombre es Nathaniel Corey. He practicado el psicoanálisis durante más de cincuenta años. Soy autor de un libro y de varias monografías publicadas en periódicos dedicados a ese tipo de conocimientos. Practiqué durante muchos años en Boston, después de haber estudiado en Viena, y hace diez años, en el semirretiro, me trasladé a la ciudad universitaria de Arkham, en el mismo Estado. Me había ganado, con mi trabajo, una reputación de persona seria e íntegra, que me temo ponga en duda este relato. Aunque espero que ofrezca una conclusión bien distinta.

Es un firme presentimiento el que me lleva por fin a dejar testimonio de lo que ha sido quizá el problema más interesante y provocativo con que me he encontrado en todos estos años de práctica. No acostumbro a hacer observaciones públicas acerca de mis pacientes, pero me veo obligado a ello dadas las circunstancias peculiares que se dieron en el caso de Amos Piper: a través de ellas se plantean

ciertos puntos que, a la luz de otros, sin relación aparente, podrían adquirir más relieve de lo que en principio presumí. Hay poderes de la mente que permanecen en las tinieblas, y quizá también poderes de las tinieblas que van más allá de la mente: no me refiero a brujas, a fantasmas o a duendes, ni a cualquier otra invención creada por civilizaciones primitivas, sino a poderes infinitamente más vastos y terribles que cualquier concepto humano.

El nombre de Amos Piper no será desconocido para mucha gente, especialmente para aquellos que recuerden la publicación de investigaciones antropológicas que llevan su nombre, hará cosa de unos diez años, más o menos. Le conocí por primera vez cuando su hermana, Abigail, le trajo a mi consulta un día de 1933. Era un hombre alto, que parecía haber sido grueso: sobre su cuerpo huesudo colgaban las ropas como si hubiese perdido mucho peso en un tiempo relativamente corto. Este parecía ser el problema: al primer vistazo, Piper necesitaba más la ayuda de un médico que de un psicoanalista, pero su hermana explicó que había acudido a los mejores especialistas y todos le habían indicado que su problema era esencialmente mental y se escapaba a sus facultades terapéuticas. A la señorita Piper le había sido recomendado por varios colegas, y también algunos compañeros de Piper en la facultad de la Universidad de Miskatonic, habían insistido en esa recomendación emanada del consejo médico que le había atendido. La suma de estas razones fue la que les condujo a pedirme una cita.

La señorita Piper me adelantó el problema de su hermano, mientras él descansaba en una habitación contigua a la consulta. Expuso el fondo del problema con admirable concisión... Piper parecía ser víctima de terribles alucinaciones, visiones que se apoderaban de él cada vez que cerraba los ojos o bajaba los párpados, mientras estaba despierto, y en sueños, mientras dormía. No dormía, sin embargo, desde hacía tres semanas. En ese tiempo había perdido tanto peso que a ambos les alarmaba su estado. Como preámbulo, la señorita Piper señaló que su hermano había sufrido un colapso nervioso tres años antes en un teatro; este colapso había durado tanto que hasta este último mes Piper no había vuelto a ser la misma persona. Su más reciente obsesión —si de una obsesión se trataba— se había manifestado una semana después de volver a su estado normal; según la señorita Piper, podía haber alguna relación lógica entre el estado en que se encontraba después del colapso y estas nuevas obsesiones, tras una corta etapa de normalidad. Las drogas habían demostrado su eficacia para inducirle a dormir, pero aun así no habían eliminado los sueños, que al parecer eran de una naturaleza espantosa, tanto que el doctor Piper era reacio a hablar de ellos.

La señorita Piper contestaba con franqueza a las preguntas que yo le hacía, pero revelaba falta de conocimiento acerca de la verdadera situación de su hermano. Me aseguró que en ningún momento había dado muestras de espíritu agresivo, pero que andaba distraído con frecuencia y establecía entre él y el mundo en que vivía una

clara línea de separación, como si viviese encerrado en un caparazón que le aislase de ese mundo.

La señorita Piper se marchó, y yo me puse a examinar a mi paciente. Le vi sentado junto a mi escritorio con los ojos muy abiertos a costa de un gran esfuerzo, pues el globo del ojo estaba inyectado en sangre, y el iris parecía estar nublado. Se le notaba agotado, y empezó a excusarse en seguida por estar allí, explicando que su hermana había insistido y tomado la determinación sin permitirle otra opción que ceder. Lo había hecho para complacer a su hermana, ya que él era consciente de que su caso no tenía remedio.

Le dije que la señorita Abigail había hablado a grandes rasgos de su problema, e intenté calmarle los ánimos. Le hablé en un tono consolador y en términos generales. Piper escuchó con paciencia y respeto. Aparentemente cedía ante mi modo natural, reconfortante, con que pretendía siempre inspirar confianza, y cuando por fin le pregunté por qué no cerraba los ojos, me contestó sin titubear, y con sinceridad, que tenía miedo a hacerlo.

—¿Por qué? ¿Puede decir por qué?

Recuerdo su respuesta.

—En cuanto cierro los ojos aparecen en mi retina extrañas figuras geométricas y diseños, junto con tenues luces y formas de lo más siniestras, parecidas a unas enormes criaturas inimaginables por un hombre; y lo más terrible de ellas es que son criaturas inteligentes e inconmensurablemente desconocidas.

Le pedí que intentase describir a estos seres. Tropezaba con dificultades para hacerlo. Sus descripciones eran vagas, pero asombraba lo que sugerían. Ninguno de estos seres parecía estar claramente formado, excepto algunos conos rugosos, que tanto podían ser de origen vegetal como animal. Hablaba con una convicción rotunda, y me describía con esfuerzo aquellas sorprendentes criaturas con las que soñaba tan intensamente. Me chocó la intensidad de su imaginación. ¿Quizá existía un nexo entre esas visiones y la larga enfermedad que había sufrido? Parecía poco dispuesto a hablar de esto, pero al cabo de un rato lo hizo, algo inseguro, en un lenguaje inconexo. Era a mí a quien correspondía unir las piezas de los acontecimientos que me relataba.

La historia comenzó cuando tenía cuarenta y nueve años. Fue entonces cuando sobrevino su enfermedad. Estaba asistiendo a una representación de *La carta* de Maugham, cuando, a mitad del segundo acto, se desmayó. Le llevaron a la oficina del empresario y se esforzaron por reanimarle. Fue inútil y al fin le trasladaron a su casa en una ambulancia de la policía. De nuevo los médicos estuvieron un buen rato intentando reanimarle. Fracasaron en su intento y Piper fue hospitalizado. Estuvo en estado de coma durante tres días, transcurridos los cuales recobró el conocimiento.

Se observó de inmediato que ya no era «el mismo». Su personalidad había sufrido un profundo desequilibrio. Se creyó al principio que había sido víctima de un ataque de algún tipo, pero al no apreciarse síntomas que lo corroboraran, esta tesis



hubo de ser abandonada. Tan profundo era el achaque que incluso algunas elementales actividades del ser humano las realizaba él con extrema dificultad. Por ejemplo, en seguida se apreció que tenía dificultad para coger objetos; sin embargo, físicamente no tenía ningún defecto y sus articulaciones funcionaban normalmente. Sus intentos de agarrar algún objeto hacían pensar en la maniobra ejecutada por una criatura sin dedos; o sea, que apartaba los dedos y el pulgar como si formaran una pinza rígida, en un movimiento que hacía pensar más en las garras de un animal que en el movimiento de una mano humana. No era este el único aspecto sorprendente de su «recuperación». Tuvo que aprender a caminar otra vez, pues parecía avanzar como si careciera de capacidad motriz. Le fue también extraordinariamente difícil aprender a hablar: sus primeros intentos los hizo con las manos, como si fuesen garras que intentasen coger objetos; al mismo tiempo emitía curiosos sonidos, como silbidos, cuya falta de significado le irritaba. Pero su inteligencia no parecía haber sufrido ningún daño, pues en menos de una semana dominaba todos los actos vulgares que componen la vida cotidiana de un hombre.

Pero si bien su inteligencia no se había visto afectada, se había borrado cuanto componía el pasado de su propia vida. No había reconocido a su hermana, ni a ninguno de sus compañeros de Facultad y miembros del cuerpo docente de la Universidad de Miskatonic. Decía no saber nada de Arkham, Massachusetts, y poca cosa de los Estados Unidos. Fue necesario enseñarle todo esto otra vez. Necesitó poco tiempo —menos de un mes— para asimilar cuanto se le puso delante. Redescubrió el conocimiento humano en un tiempo sorprendentemente corto, y demostró una memoria excepcional, pues asimiló con exactitud todo lo que se le dijo y todo lo que leyó. Con el cambio —una vez completado el adoctrinamiento— se puso de manifiesto durante su enfermedad que la parte de su cerebro que alojaba la memoria era infinitamente más valiosa que antes.

Fue después de hacer todos estos ajustes a su nueva situación cuando Piper comenzó a actuar de una forma que él mismo denomina «inexplicable». Obtuvo una excedencia por tiempo indefinido de la Universidad de Miskatonic, y comenzó a viajar extensamente. Pero no le quedaba ningún recuerdo directo o personal de estos viajes cuando me visitó en la consulta, o de ningún momento tras su «recuperación», durante la enfermedad que había sufrido durante tres años. No había nada en su relato de estos viajes que se pareciese a un recuerdo; y tampoco era capaz de decir lo que había hecho durante los mismos: esto era algo extraordinario, si se pensaba en la fabulosa memoria que demostró durante su enfermedad. Le habían dicho cuando se «recuperó» que había ido a extraños y lejanos lugares del mundo —el Desierto Árabe, las extensiones de Mongolia, el Círculo Ártico, las Islas de Polinesia, las Marquesas y el antiguo país Inca del Perú. No recordaba en absoluto lo que había hecho allí, ni tampoco había nada en su equipaje que probase sus recorridos, excepto uno o dos curiosos trozos de piedra cubiertos de lo que podría ser escritura jeroglífica antigua, adecuados para formar parte de la colección de un turista.

Cuando no estaba ocupado en estos viajes extraños, pasaba su tiempo leyendo, con inconcebible rapidez, en las grandes bibliotecas del mundo. Su recorrido le había llevado desde la biblioteca de la Universidad de Miskatonic en Arkham —muy conocida por sus manuscritos y libros prohibidos, acumulados a lo largo de siglos, a partir de los tiempos coloniales—, hasta El Cairo. Pero la mayor parte del tiempo lo había pasado en el Museo Británico de Londres y en la Biblioteca Nacional de París. Había consultado innumerables bibliotecas privadas, cuando se lo permitían sus dueños.

De todas formas, los datos que había comprobado durante su breve semana de «normalidad» —usando de todos los medios disponibles: cables, telegrama, radio, a causa de la urgencia, decía— demostraban que había leído, devorado, mejor dicho, ciertos libros muy antiguos que antes de caer enfermo desconocía por completo o conocía únicamente a través de las más vagas referencias. Estos libros, relacionados con remotas sabidurías, eran *Los Manuscritos Pnakóticos*, el *Necronomicon* del árabe loco Abdul Alhazred, los *Unaussprechlichen Kulten* de von Juntz, los *Cultes des Goules* del conde d'Erlette, *De Vermis Mysteriis* de Ludvig Prinn, el *Texto de R'lyeh*, los *Siete libros Crípticos de Hsan*, los *Cánticos de Dhol*; el *Liber Ivonis*; los *Fragmentos de Celaeno* y muchos otros similares, alguno de los cuales existían sólo en forma fragmentaria, esparcidos por toda la superficie de la tierra. Por supuesto, había también otros de historia, pero de acuerdo con las fichas de retirada, las lecturas de Piper habían comenzado siempre con libros de leyendas o que trataban de cuestiones sobrenaturales. A partir de ahí seguía sus estudios de historia y antropología, en progresión directa, como si Piper asumiese que la historia de la humanidad había empezado, no en los tiempos antiguos, sino en un mundo increíblemente viejo, que ya existía antes de que el hombre midiese el tiempo según lo conocen los historiadores, y del que se habla en algunos temibles libros de ciencias ocultas.

También se sabía que había tenido contactos con otras personas a las que no conocía previamente, pero que al encontrarse, en el lugar que fuese, parecían tenerlo todo preparado; personas unidas por los mismos propósitos, relacionadas con investigaciones macabras, o miembros del cuerpo profesoral de alguna Universidad o escuela. Siempre existían puntos comunes entre ellos, según dedujo Piper en sus averiguaciones telefónicas intercontinentales, tras haber encontrado entre sus papeles, cuando volvió a la normalidad, algunos mensajes. Todos y cada uno habían sufrido un idéntico o muy similar estado de postración al que había pasado Piper a partir de la noche del teatro.

Aunque esta forma de actuar no tenía nada que ver con la vida de Piper antes de su enfermedad, una vez adoptada se mantuvo bastante consistente durante todo el tiempo en que estuvo enfermo. Los extraños e inexplicables viajes que había hecho poco después de haberse acostumbrado de nuevo, tras su 'recuperación', a vivir entre sus colegas y familiares, habían continuado durante los tres años en que no había sido «el mismo». Dos meses en Ponapé, un mes en Angkor-Vat, tres meses en

las tierras antárticas, una conferencia con un colega experimentado en París, y cortos períodos en Arkham entre un viaje y otro. Este era el patrón de su vida; de esta forma pasó los tres años anteriores a su completo restablecimiento. Este período había sido seguido por otro de profundo desequilibrio, que no permitía a Amos Piper conservar la memoria de lo que había hecho en esos tres años, y le esclavizaba el terror de no cerrar los ojos. para no ver aquello que sugería a su mente subconsciente algo espantoso y aterrador, ligado estrechamente a sus sueños.

## 2

Al cabo de tres visitas, logré convencer a Amos Piper para que me contase algún fragmento de sus extraños y gráficos sueños, esas aventuras nocturnas de su subconsciente que le torturaban. Se parecían mucho unos a otros en esencia: no existía una fase de transición entre el momento de estar despierto y el momento de estar dormido. Pero, a la luz de la enfermedad de Piper, eran desafiadoramente significativos. El más común de ellos repetía un lugar; esto, con algunas variaciones, ocurría repetidamente en la secuencia que Piper me expuso. Reproduzco aquí su propio relato del sueño que se repetía:

«Yo era un erudito que trabajaba en la biblioteca de un edificio colosal. La habitación en la que estaba sentado, y en la que transcribía algo de un libro escrito en un idioma que no era el inglés, era tan grande que las mesas tenían la altura de una habitación normal. Las paredes no eran de madera, sino de basalto, y los estantes que cubrían las paredes eran de una clase de madera negra que no conocía. Los libros no estaban impresos, sino totalmente holografiados, algunos escritos en el mismo extraño idioma en que yo escribía. Pero había algunos idiomas que podía reconocer —este reconocimiento, sin embargo, se remontaba a ancestrales recuerdos—, sánscrito, griego, latín, francés, incluso inglés, pero un inglés muy mezclado, desde el inglés de Piers Plowman hasta el de hoy. Las mesas aparecían iluminadas por grandes globos de cristal, unidos a extrañas máquinas hechas de tubos de vidrio y barras de metal, sin cables que las conectasen.

»Aparte de los libros en los estantes, el lugar daba la impresión de un austero vacío. En la piedra se veían extraños grabados, todos ellos dibujos matemáticos curvilíneos, junto con inscripciones en la misma escritura jeroglífica estampada en los libros. La mampostería era megalítica: en bloques convexos se encajaban las hiladas cóncavas que descansaban en ellos; se elevaban de un suelo compuesto por grandes losas octogonales de un basalto similar al de las paredes. Nada había colgado en ellas, y nada decoraba los suelos. Las estanterías iban desde el suelo hasta el techo, y entre las paredes solamente había las mesas en las que trabajábamos de pie, pues no había nada ante nuestra vista que se pareciese a una silla, ni tampoco sentía necesidad de sentarme.

»Durante el día podía mirar afuera, a un vasto bosque de árboles como helechos. Durante la noche podía mirar las estrellas, pero no reconocía ninguna: ni una sola constelación de esos cielos se parecía siquiera remotamente a las estrellas familiares, a las acompañantes nocturnas de la tierra. Esto me llenaba de terror, pues sabía que estaba en un lugar muy extraño, alejado de los lugares terrestres que había conocido y que ahora aparecían como recuerdos de una existencia increíblemente lejana. Tenía conciencia de que formaba parte integral de aquel mundo y a la vez de que no tenía nada que ver con él; era como si una parte de mí perteneciese a este medio y otra parte no. Estaba muy aturdido, y en especial me confundía darme cuenta de que estaba escribiendo una historia de la tierra de un tiempo que me parecía haber vivido, es decir, del siglo XX. Estaba transcribiéndolo en sus detalles más nimios, como si fuese para estudiarla, pero no sabía con qué propósito. Quizá para añadir una opresora acumulación de saber a todo el saber que se concentraba en los innumerables libros de la habitación en que estaba, y en las habitaciones que la rodeaban, ya que el edificio entero al que pertenecía esta habitación era un gran almacén del saber. Tampoco era el único: por las conversaciones oídas en torno a mí, sabía que había otros más lejanos, y que en ellos había otros escribanos como nosotros, con tareas similares, y que el trabajo que realizábamos era vital para el retorno de la Gran Raza —raza a la que pertenecíamos— a los lugares de los universos donde una vez, hacía mucho, estuvo nuestro hogar, hasta que la guerra con los Primordiales nos obligó a huir.

»Trabajaba siempre con mucho miedo. Todo me inspiraba terror. Tenía miedo de mirarme a mí mismo. Tenía omnipresentemente un miedo terrorífico a un extraño descubrimiento intrínseco en la más fugaz ojeada a mi cuerpo, derivado de la convicción de que me había mirado con anterioridad y me había asustado profundamente al verme. Quizá tenía miedo de ser como los demás, puesto que mis compañeros, que me rodeaban, eran todos iguales. Aparentaban grandes conos de un material rugoso, como la estructura de un vegetal; medían más de diez pies de alto; su cabeza, así como sus manos, en forma de garras, estaban unidas a unas anchas extremidades que salían del vértice del cono. Caminaban merced a la expansión y contracción de la capa viscosa que formaba su base, y aunque no hablaban un lenguaje reconocible, podía entender los sonidos que emitían, pues, en mi sueño, me sabía instruido en ese idioma desde el momento en que llegué a aquel lugar. No hablaban con algo parecido a una voz humana, ni yo tampoco, sino con una extraña combinación de silbidos y golpes y rasguños de las grandes garras con que finalizaban sus cuatro extremidades enraizadas en lo que supuestamente podían ser sus cuellos, aunque esa parte de sus cuerpos no se veía.

»Parte de mi miedo sobrevino al entender ligeramente que era un prisionero dentro de un prisionero, que aun cuando estaba preso dentro de un cuerpo similar a los que me rodeaban, este cuerpo estaba, a su vez, preso dentro de la gran biblioteca. Buscaba en vano cosas que me fueran familiares. Nada de lo que allí había me

recordaba a la Tierra que había conocido desde la niñez, y todo indicaba que nos encontrábamos en un punto lejano del espacio. Comprendía que todos mis compañeros eran también cautivos de alguna forma, aunque algunos hacían el oficio de guardianes. Muy similares a los otros en forma, tenían un cierto aire de autoridad, y caminaban entre nosotros muchas veces para ayudarnos. Estos guardianes no amenazaban, sino que se comportaban de un modo cortés y a la vez firme.

»Aunque nuestros guardianes no tenían por qué hablarnos, uno de ellos actuaba sin ningún género de restricciones. Era evidentemente el instructor; se movía entre nosotros con más soltura que los demás y me di cuenta que incluso los otros guardianes eran diferentes a él. Esto no se debía exclusivamente al hecho de que fuera instructor, sino también a que le sabían condenado a muerte, porque la Gran Raza no estaba aún preparada para moverse y el cuerpo en que habitaba estaba destinado a morir antes de que tuviese lugar la migración. Había conocido a otros hombres, y tenía la costumbre de detenerse ante mi mesa: al principio sólo me decía unas palabras para darme ánimo, y más tarde hablaba durante largos ratos.

»Por él supe que la Gran Raza había existido en la Tierra y en otros planetas de nuestro universo, así como de otros universos, billones de años antes de que se escribiese la historia. Los conos rugosos que les daban la apariencia actual los habían ocupado hacía sólo algunos siglos, y estaban lejos de ser su propia forma, que se asemejaba más a un rayo de luz, pues eran una raza de mentes libres, capaces de invadir cualquier cuerpo y de desplazar la mente que lo habitaba anteriormente. Habían habitado la Tierra hasta que se vieron envueltos en la titánica batalla entre los Dioses Arquetípicos y los Primordiales por la dominación del cosmos. De aquella batalla, según me dijo, se derivaba la explicación del Mito Cristiano para la humanidad, pues las mentes simples de los hombres primitivos habían concebido sus recuerdos ancestrales como una batalla entre el Bien y el Mal. Desde la Tierra, la Gran Raza escapó al espacio, en un principio al planeta Júpiter, y luego más lejos, a esa estrella en la que ahora se encontraban, una estrella oscura de Tauro, donde se quedaron a esperar la siempre pendiente invasión de la región del Lago de Hali, que era el lugar del destierro de Hastur —uno de los Primordiales— después de la derrota de los Primordiales por los Dioses Arquetípicos. Pero ahora su estrella agonizaba, y se estaban preparando para una migración masiva a otra estrella, ya fuese hacia adelante o hacia atrás en el tiempo, y para ocupar los cuerpos de otras criaturas de vida mas larga que los conos rugosos donde ahora se alojaban.

»La preparación consistía en el desplazamiento de mentes a criaturas que existían en varias épocas y en muchos lugares del universo. Había entre mis compañeros, afirmó, no sólo hombres-árboles de Venus, sino también miembros de la raza medio vegetal de la Antártica paleogena; no sólo representantes de la gran raza Inca del Perú, sino también miembros de la raza de hombres que vivirían la era post-atómica de la Tierra, horriblemente alterados por las mutaciones causadas por el desprendimiento de materiales radioactivos de las bombas de hidrógeno y cobalto de

las guerras atómicas; no sólo seres como hormigas de Marte, sino también hombres de la antigua Roma, y hombres de un mundo de cincuenta mil años después. Había muchos más, de todas las razas, de todos los tipos de vida, de mundos que conocía y de mundos separados de mi tiempo por miles y miles de años. Era así porque la Gran Raza podía viajar cuando lo deseaba en el tiempo y en el espacio. Los conos rugosos que ahora constituían su cuerpo no eran sino un hábitat temporal, más breve que la mayoría de los que habían ocupado. Y el lugar en el cual desarrollaban ahora sus investigaciones, llenando sus archivos con la historia de la vida en todos los tiempos y en todos los lugares, era para ellos una esporádica residencia hasta emprender una existencia nueva y más duradera en otro lugar, en otra forma, en algún otro mundo.

»Todos los que trabajábamos en la gran biblioteca les ayudábamos a recopilar datos, puesto que cada uno de nosotros escribía la historia de su propio tiempo. Con el envío de sus miembros al vacío sideral, la Gran Raza podía ver por sí misma cómo era la vida en otros tiempos y lugares, y conocerla a través de los seres que en ese determinado momento vivían allí, porque de éstos eran las mentes que habían sido enviadas para ocupar el lugar de los miembros ausentes de la Gran Raza, hasta el momento en que se hallasen preparados para volver. La Gran Raza había construido una máquina para ayudarles en sus vuelos a través del tiempo y del espacio, pero no una de esas máquinas que puede imaginarse la humanidad, sino una que funcionaba en un cuerpo para separar y proyectar la mente; y cada vez que intentaba un viaje hacia adelante o hacia atrás en el tiempo, el viajero se sometía a la máquina y el viaje proyectado se realizaba. Así se trasladaban, sin traba alguna, a dondequiera que dirigieran sus migraciones en masa; todo lo accesorio, los aviones, los inventos, incluso la gran biblioteca, se dejaría atrás; la Gran Raza empezaría a construir su civilización, siempre esperando escapar de la destrucción que vendría cuando los Primordiales —el Gran Hastur, el Inefable, y Cthulhu que yace en las profundidades del agua, y Nyarlathotep el Mensajero, y Azathoth y Yog-Sothoth y toda su terrible progenie— escapasen a sus ataduras y se enzarzasen otra vez en una titánica batalla con los Dioses Arquetípicos en sus remotas fortalezas entre las estrellas distantes.»

Este era el sueño más corriente de Piper. De hecho, era probable que no se tratase de un sueño seguido, en el sentido de que se desarrollase en la misma ocasión, sino de uno que se repetía con detalles añadidos, hasta llegar a la versión final que había expuesto y que a él le parecía un mismo sueño repetido, cuando en realidad había sido una acumulación de diversas situaciones. Su forma de actuar en su breve período de «normalidad» en relación con su sueño era clara, pues representaba el reverso de la realidad: en la vida él imitaba las acciones de lo que posteriormente describió como conos rugosos, que habitaban sueños que luego se convertían en realidad. El orden tenía que ser, normalmente, el contrario; si sus acciones —sus intentos de agarrar objetos como si tuviese garras, y de hablar con las manos, y demás— hubiesen tenido lugar después de estos intensos sueños, la

progresión normal habría podido ser observada. Era significativo que no hubiese ocurrido de esta forma.

Un segundo sueño parecía ser una simple continuación del primero. De nuevo Piper se encontraba trabajando en la alta mesa de la gran biblioteca, sin poder sentarse, ya que no había sillas, y además la forma de cono rugoso no permitía estar sentado. De nuevo el instructor que iba o morir se había parado a hablar con él, y Piper le había preguntado acerca de la vida de la Gran Raza.

«Le pregunté que cómo podía esperar la Gran Raza mantener sus planes en secreto, si reemplazaba a las mentes que se habían desplazado a otro lugar. Dijo que se conseguiría de dos formas. Primero, todo rastro de recuerdo de este sitio sería cuidadosamente borrado antes de que cualquiera de las mentes desplazadas regresase, bien fuese enviada hacia atrás o hacia adelante en el espacio y en el tiempo. Segundo, si quedase alguna señal, resultaría ser tan difusa e inconexa que carecería de sentido. Cualquier reconstrucción sería tan increíble para los demás, que la considerarían un invento de la imaginación, o incluso una enfermedad.

»Continué diciéndome que a las mentes de la Gran Raza se les autorizaba para que eligiesen su hábitat. No se les enviaba fortuitamente a ocupar la primera «vivienda» con la que tropezaban, sino que tenían el poder de elegir entre las criaturas que divisaban aquella que deseaban ocupar. La mente desplazada era trasladada al lugar actual de residencia de la Gran Raza, mientras que el miembro de la raza se adaptaba a la vida de la civilización a la que había ido hasta encontrar los rastros de la vieja cultura que había culminado en el gran levantamiento entre los Dioses Arquetípicos y los Primordiales. Incluso tras el regreso, cuando la Gran Raza había aprendido cuanto deseaba acerca de la forma de vida y los puntos de contacto con los Primordiales —particularmente con sus servidores, que podrían oponerse a la Gran Raza, amante de la paz y de la soledad, y más allegada a los Dioses Arquetípicos que a los Primordiales—, en ocasiones se enviaban mentes para asegurarse de que las mentes desplazadas habían quedado limpias de todo recuerdo, o para emprender un nuevo desplazamiento, caso de que no hubiera sido así.

»Me llevó a las habitaciones subterráneas de la gran biblioteca. Había libros por todas partes, todos holografiados. Grupos de ellos estaban empaquetados en cámaras rectangulares alineadas, labradas en un desconocido metal brillante. Los archivos se ordenaban según las formas de vida, y tomé nota del hecho de que los conos rugosos de la estrella negra estaban considerados como superiores al hombre, puesto que el hombre no aparecía muy separado de los reptiles, que inmediatamente le precedían en la tierra. Cuando le interrogué acerca de esto, el instructor respondió que estaba en lo cierto. Explicó que el contacto con la Tierra sólo se mantenía porque en su día había sido el centro de las batallas entre los Dioses Arquetípicos y los Primordiales, y los servidores de estos últimos vivían allí, desconocidos para la mayoría de los hombres: los Profundos en las profundidades del océano, los batracios de Polinesia y área de Innsmouth en Massachusetts, el temible Pueblo

Tcho-Tcho del Tíbet, los Shantaks de Kadath en el Desierto de Hielo, y muchos otros, y quién sabe si ahora resultaría necesario para la Gran Raza regresar otra vez al planeta verde que había sido su primer hogar. Me dijo que ayer mismo —un tiempo que parecía infinitamente largo, pues la duración de los días y las noches allí era equivalente a una semana en la Tierra— había regresado una de las mentes de Marte y comunicado que el planeta estaba tan cerca de la muerte, o más, que su propia estrella, y que se había perdido, por tanto, otra de las alternativas.

»De este subterráneo me llevó a la parte de arriba del edificio. Era una gran torre con una cúpula de una sustancia como el cristal, a través de la cual podía mirar el paisaje exterior. El bosque de helechos que había visto era de hojas verdes secas, no frescas, y lejos del borde del bosque se extendía un gran desierto interminable que descendía a un oscuro golfo: la cuenca ya seca de un gran océano, según explicó mi guía. La estrella negra había entrado en la órbita mas alejada de una nova y ahora moría lenta e implacablemente. ¡Qué extraño parecía el paisaje! Los árboles se veían enanos en comparación con los grandes edificios de piedras megalíticas desde donde los contemplábamos; ningún pájaro volaba por el cielo gris; no había ninguna nube, ni niebla en el abismo; y la luz del lejano sol que iluminaba la estrella negra venía indirectamente del espacio, de modo que el paisaje estaba siempre bañado en una irrealidad gris.

»Me estremecí al mirar.»

Los sueños de Piper aparecían cada vez más inmersos en el terror. Este miedo se materializaba en dos planos: uno que le ataba a la Tierra, y otro a la estrella negra. Había pocas variaciones. Un segundo tema, que se produjo dos o tres veces en una misma secuencia, era que se le permitía acompañar al guardián instructor a un curioso cuarto circular, que debía estar en la parte baja de la colosal torre. En cada uno de esos casos, uno de los conos rugosos se hallaba tendido en una mesa entre cúpulas de resplandeciente cristal de una máquina que emitía una luz intermitente, como si se tratase de una especie de electricidad, aunque, al igual que las lámparas de las mesas de trabajo, no había cables que fuesen hacia ellas o saliesen de ellas.

A medida que aumentaban las vibraciones de la luz y la intensidad de su brillo, el cono rugoso que estaba en la mesa entraba en estado de coma, y permanecía así por un tiempo, hasta que la luz oscilaba y el zumbido de la máquina se detenía. Entonces el cono volvía a la vida otra vez, e inmediatamente empezaba a emitir un torrente de silbidos y sonidos. La escena no variaba. Piper comprendía lo que decían, y creía que lo que presenciaba cada vez era el regreso de una mente perteneciente a la Gran Raza, y el envío de la mente desplazada que había ocupado el cono rugoso en su ausencia. La sustancia de la rápida charla del cono redivivo era siempre muy similar: venía a ser un resumen de la estancia de la gran mente lejos de la estrella negra. En una ocasión la gran mente había venido de Inglaterra después de una estancia de cinco años como antropólogo inglés, y pretendía habervisto los lugares en que los sicarios de los Primordiales aguardaban. Algunos habían sido



parcialmente destruidos como, por ejemplo, cierta isla no lejos de Ponapé, en el Pacífico, y el Arrecife del Diablo, cerca de Innsmouth, y una montaña de cavernas y un lago cerca de Machu Pichu. Otros servidores estaban dispersos, sin ninguna organización, y los Primordiales que permanecían en la Tierra estaban prisioneros bajo la estrella de cinco puntas que era el sello de los Dioses Arquetípicos. De los lugares que se nombraron como lugares potenciales para un futuro de la Gran Raza, la Tierra era siempre el que figuraba en cabeza, a pesar de los peligros de una guerra atómica.

Estaba claro, a medida que Piper progresaba en el relato de sus sueños, y a pesar de su confusión, que la Gran Raza pretendía volar a otro planeta o estrella muy distante de la estrella moribunda que ahora ocupaba, y las extensas regiones del planeta verde donde vivían pocos hombres —lugares cubiertos de hielo, regiones arenosas en los países cálidos— se presentaban como un paraíso para la Gran Raza. Básicamente los sueños de Piper eran todos muy similares. Existía siempre la enorme estructura de bloques megalíticos de basalto, siempre el interminable trabajo de esos seres extraños que no necesitaban dormir invariablemente la sensación de estar preso y, en la vida real, concomitante, el miedo siempre presente del que Piper no podía liberarse.

Llegué a la conclusión de que Piper, incapaz de relacionar los sueños con la realidad, era, víctima de una profunda confusión, uno de esos hombres desdichados que han perdido la capacidad de distinguir si el mundo real es el de los sueños o aquel en que habla y se mueve durante el día. Pero esta conclusión no me satisfacía del todo. Pronto supe que acertaba al poner en duda la veracidad de mi juicio.

### 3

Amos Piper fue mi paciente por un corto período de tres semanas. Pude observar durante ese tiempo, para mi pesar y para descrédito del tratamiento aplicado, que su condición se deterioraba paulatinamente. Empezaron a producirse alucinaciones, o al menos lo parecían, particularmente según el proceso típico de las ilusiones paranoicas de ser perseguido y observado. Este proceso llegó a su punto álgido en una carta que Piper me escribió y me envió por un mensajero. Sin duda, la carta había sido escrita precipitadamente...

«Querido Dr. Corey: Como es posible que no le vea más, quiero decirle que ya no tengo duda alguna respecto a mi situación. Sé que alguien me ha estado vigilando durante algún tiempo, y no es un ser terrestre, sino una de las mentes de la Gran Raza. Ahora estoy convencido de que todas mis visiones y sueños se derivan de ese período de tres años durante el cual estuve desplazado, o 'no era yo' según decía mi hermana. La Gran Raza existe aparte de mis sueños. Ha existido durante más tiempo

que la medida humana del tiempo. No sé dónde está. En la estrella negra de Tauro o aún más lejos. Pero se preparan para trasladarse otra vez, y uno de ellos está muy cerca.

»No he estado ocioso entre visita y visita a su consulta. He tenido tiempo de hacer más investigaciones por mi cuenta. Muchos hilos atados a mis sueños me habían alarmado y me desconcertaban. ¿Qué ocurrió, por ejemplo, en Innsmouth en el año 1928 para que el gobierno federal hiciese explotar grandes cargas en el Arrecife del Diablo, en la costa atlántica, cerca de esa ciudad? ¿Qué es lo que había en ese pueblo de la costa que dio lugar a la detención y consecuente desaparición de casi todos los ciudadanos? ¿Y qué lazo unía a los polinesios y a la gente de Innsmouth? Además, ¿qué fue lo que descubrió la expedición Miskatonic Antartic de 1930-31 en las Montañas de la Locura, de tal naturaleza que se ha mantenido en secreto para todo el mundo excepto para los sabios de la universidad? ¿Cómo explicar la narración de Johannsen sino como un relato corroborativo de la leyenda de la Gran Raza? ¿Y no ocurre lo mismo con las antiguas ciencias de las naciones Incas y Aztecas?

»Podría continuar así durante muchas páginas, pero no hay tiempo. He descubierto datos de esos inquietantes incidentes, muchos de ellos acallados para no perturbar a un mundo cargado de problemas. El hombre, después de todo, es sólo una pequeña manifestación en la faz de un solo planeta en uno solo de los muchos universos que llenan el espacio. Solamente la Gran Raza conoce el secreto de la vida eterna, moviéndose en el tiempo y en el espacio, ocupando un lugar después de otro, convirtiéndose en animal, vegetal o insecto, según las circunstancias.

»Debo darme prisa. Tengo tan poco tiempo... Créame, mi querido doctor, sé lo que escribo...»

No me sorprendió mucho recibir esta carta, pues sabía por la señorita Abigail Piper que su hermano había sufrido una «recaída», al parecer pocas horas después de escribir esta carta. Me apresuré a ir a casa de los Piper. En la puerta me encontré a mi paciente. Estaba completamente cambiado.

Demostró tener una seguridad en sí mismo que no había tenido durante su visita a mi consulta ni en ningún momento desde el día que le conocí. Me aseguró que por fin había logrado el control sobre sí mismo, que las visiones a las que había estado expuesto habían desaparecido, y que ahora podía dormir libre de esos sueños que tanto le habían molestado. Desde luego, no podía dudar que se había recuperado, y no me era posible comprender por qué la señorita Piper me había escrito esa nota desesperada, a menos que se hubiese acostumbrado a que su hermano se hallase en un estado desconcertante y que hubiese confundido su mejoría con una «recaída». Esta recuperación era extraordinaria, ya que el incremento de su miedo, sus alucinaciones, su intenso nerviosismo y finalmente su

rápida carta indicaban, con la misma evidencia que un síntoma físico indicaría una enfermedad, el derrumbe de su precario estado mental.

Me satisfacía esta recuperación; y le felicité. Aceptó mi felicitación con una sonrisa débil, y luego se excusó diciendo que tenía mucho que hacer. Le prometí telefonear una vez a la semana, más o menos, para vigilar cualquier retorno a la sintomatología de su desesperado estado anterior.

Diez días después le vi por última vez. Le encontré amable y cortés. La señorita Abigail Piper estaba delante, algo turbada, pero sin lamentarse. Piper no había vuelto a tener visiones o sueños, y era capaz de hablar con franqueza de su «enfermedad», desaprobando cualquier mención de «desorientación» o «desplazamiento» con una insistencia que sólo podía interpretar como un ansioso deseo por su parte de que yo borrara de mi mente todas aquellas impresiones. Pasé una hora muy agradable con él; pero no podía escapar a la convicción de que, mientras el hombre preocupado que había conocido en mi consulta era un hombre de una inteligencia pareja a la mía, el «recuperado» Amos Piper era un hombre de una inteligencia muy superior.

En el momento de mi visita, me impresionó el hecho de que se estaba preparando para unirse a una expedición a la región del Desierto Árabe. No se me ocurrió entonces relacionar sus planes con los curiosos viajes que había realizado durante sus tres años de enfermedad. Pero los hechos posteriores me hicieron recordarlo.

Dos noches después, entraron en mi consulta y la saquearon. Todos los documentos originales pertenecientes al caso Amos Piper habían sido robados de los archivos. Afortunadamente, movido por una intuición que no podría explicar, había hecho copias de los más importantes relatos de sus sueños, así como de la carta que me escribió al final, que también había desaparecido. Los documentos no podían tener valor para alguien que no fuese Amos Piper, y Piper estaba ya supuestamente curado de su obsesión, así que la única explicación de este extraño hurto era tan rara que me resistía a admitirla. Además, me enteré de que Piper salía para su viaje al día siguiente, lo que establecía la posibilidad de ser el instrumento —escribo «instrumento» deliberadamente— del robo.

Ahora bien, un Piper curado no podía tener razón alguna para desear de forma tan manifiesta que los datos permaneciesen en su poder. Y en cambio, un Piper «recaído» tendría todos los motivos para desear que estos papeles fuesen destruidos. ¿Cabía suponer que Piper había sido desplazado nuevamente? En este caso, el hecho no habría sido tan obvio como la vez anterior, porque la mente que desplazaba la suya para cobijarse en su cuerpo lo conocía ya y no habría tenido necesidad de acostumbrarse otra vez a los hábitos y formas de comportamiento del hombre...

Por increíble que pareciera esta hipótesis, trabajé en ella iniciando unas investigaciones por mi cuenta. Mi intención era, en principio, pasar una semana —posiblemente dos— buscando respuesta a algunas de las preguntas que Amos Piper me había hecho en su carta. Pero unas semanas no fueron suficientes; el trabajo se

prolongó durante meses, y a finales de año estaba más confundido que nunca. Además me encontraba en el borde del mismo abismo en el que había caído Piper.

Pues algo había pasado en Innsmouth en 1928, algo que había ocupado al gobierno federal, y acerca de lo cual nada podía averiguarse, excepto los vagos y terroríficos indicios de una relación con los batracios de Ponapé. Y había extraños y alarmantes descubrimientos en algunos de los templos de Angkor-Vat, descubrimientos que estaban relacionados con la cultura de los polinesios así como de algunas tribus indias del noroeste americano, y de otros descubrimientos hechos en las Montañas de la Locura por una expedición de la Universidad de Miskatonic.

Había relatos de incidentes similares, todos ocultos en misterio y oscuridad. Y los libros —los libros prohibidos que Amos Piper había consultado— estaban en la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic, y lo que en esas páginas leí resultaba horriblemente sugestivo a la luz de lo que había dicho Amos Piper, y de todo lo que posteriormente comprobé. Lo que allí se exponía, aunque indirectamente, era que en algún lugar existió una raza de seres infinitamente superiores —llamémoslos dioses o la Gran Raza, o con cualquier otro nombre— que trasladaban sus mentes libres a través del tiempo y del espacio. Y si esto era aceptado como una premisa, entonces podía ser también cierto que la mente de Amos Piper había sido de nuevo desplazada por una mente de la Gran Raza, enviada a investigar si todos los recuerdos de su estancia entre ellos habían sido borrados.

Pero los hechos más inquietantes de todos son los que han ido saliendo a la luz gradualmente. Me tomé la molestia de indagar cuanto podía descubrir acerca de los miembros de la expedición al Desierto Arábigo a la que Amos Piper se había unido. Venían de todos los rincones del mundo, y eran todos hombres de los que podía esperarse que tuvieran un interés especial en una expedición de esta naturaleza: un antropólogo inglés, un paleontólogo francés, un sabio chino, un egiptólogo, y muchos más. Y supe que cada uno de ellos, al igual que Amos Piper, había sufrido en algún momento durante la última década algún tipo de ataque, descrito variadamente, pero que innegablemente consistía en un desplazamiento de la personalidad, lo mismo que Piper.

En alguna parte de esas remotas tierras del Desierto Arábigo ¡la expedición entera desapareció de la faz de la tierra!

Fue quizá inevitable que mis persistentes investigaciones provocasen interés en sectores ajenos a mí. Ayer un paciente vino a mi consulta. Había algo en sus ojos que me hizo pensar en Amos Piper, la última vez que le vi: una superioridad condescendiente, altiva, que me hizo encogerme de miedo, así como cierta torpeza en sus manos. Y ayer por la noche volví a verle, pasando bajo la farola de la calle de mi casa. Otra vez esta mañana, como un hombre que estudia a otro, y a sus hábitos, por alguna razón enrevesada para ser conocida por su víctima...

Y ahora cruzando la calle...

*Las hojas sueltas del anterior manuscrito fueron encontradas en el suelo de la consulta del doctor Nathaniel Corey, cuando su enfermera acudió a la policía a causa de unos ruidos alarmantes tras la puerta de la consulta, que estaba cerrada. Cuando irrumpió la policía, el doctor Corey y un paciente no identificado estaban arrodillados, intentando en vano empujar las hojas hacia las llamas de la chimenea situada en la pared norte de la habitación.*

*Los dos hombres parecían incapaces de agarrar las hojas, pero las empujaban hacia delante con un movimiento similar al de los cangrejos. Ajenos a la presencia de la policía, se ocupaban sólo de la destrucción del manuscrito y persistían en sus esfuerzos poco naturales para conseguirlo con histérica precipitación.. Ninguno fue capaz de dar una explicación inteligible a la policía o a los médicos asistentes, ni era coherente lo que decían.*

*En vista de que, tras un examen minucioso, ambos parecen haber sufrido un profundo cambio de personalidad, han sido trasladados para internamiento indefinido al Instituto Larkin, el famoso sanatorio privado para dementes...*